Descenso Oscuro
Christine Feehan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1

Vetas de relámpagos iluminaban las nubes, látigos danzantes de blanca energía iluminando el cielo de medianoche. La tierra retumbó y se retorció, inestable y titubeante mientras la criatura se abría camino a través del suelo hasta alcanzar el aire, ensuciando instantáneamente a cada criatura viviente que tocaba. Salió marchita y ennegrecida. El aire vibró con alarma. El vampiro se colocó sobre la tierra, girando la cabeza de un lado a otro, escuchando, esperando, su astuta mente corría, su podrido corazón latía con una mezcla de triunfo y miedo. Él era la presa, y sabía que el cazador no estaba muy lejos a su espalda, justo sobre su pista, dirigiéndose directamente al corazón de la trampa.

Traian Trigovise se abrió paso a través del suelo, siguiendo el hedor del no-muerto. Fue demasiado fácil, el rastro estaba demasiado bien marcado. Ningún vampiro sería tan obvio a menos que fuera uno muy reciente, y Traian tenía la certeza de que estaba tratando con uno fuerte y astuto. Él era un ancestral cazador Carpato, una especie casi inmortal, bendecida y maldita con la longevidad, con dones eternos y la necesidad de una compañera que lo completara. Era por encima de todo un predador, capaz de convertirse en la más detestable y malvada de todas las criaturas, el no-muerto. Era su enorme fuerza de voluntad y el deber hacia su raza lo que le mantenía a salvo de caer presa de los insidiosos susurros y la llamada del poder.

Cuando el túnel giró hacia arriba, hacia el cielo, Traian continuó hacia adelante, empujando más profundamente en el tierra, sintiéndola, escuchando el latido de su corazón y la energía de la tierra a su alrededor. Todo estaba en silencio, incluso los insectos, criaturas a menudo convocadas por la maldad. Examinó la superficie, estudiando una gran área, y descubrió tres puntos pálidos, evidencia de que más de un vampiro estaba cerca.

Encontró una telaraña de raíces, espesa y nudosa, rebosante de vida, que se extendía profundamente en la tierra. Susurró suavemente, respetuosamente, tocando la artería más larga y profunda, sintiendo su fuerza vital. Canturreó suavemente en la lengua ancestral, solicitando la entrada, sintiendo la respuesta moviéndose a través del grueso y viejo árbol. Las hojas se estremecieron cuando el árbol se extendió hacia la luna, abrazando la noche, como si se encogiera ante la presencia de seres impuros. Impartiendo secretos y conspirando para ayudar, el árbol extendió sus raices para permitir a Traian entrar en el intrincado sistema de protección y nutrición del gran tronco.

El cazador tuvo cuidado de no perturbar el suelo o el sistema de raíces cuando se abrió camino cuidadosamente a través del laberinto, empujando hacia la superficie lo bastante lejos como para explorar los alrededores desde dentro de la jaula de seguridad de las superpuestas raíces sobre la tierra. Cambió de forma cuando emergió, una sombra oculta entre las espesas ramas y hojas.

Durante un momento pudo ver solo a su presa, la figura alta y delgada de Gallent. Reconoció al vampiro como uno de los más antiguos enviado fuera por su principe varios siglos antes, como lo había sido él. El no-muerto se retorcía continuamente, olfateando el aire suspicazmente, lanzado miradas atentas a su alrededor. Golpeado sus largas uñas unas contra otras en un peculiar y repetitivo ritmo.

El viento golpeó a través de la arboleda, y las hojas crujieron y susurraron. Traian dejó que su mirada vagara, examinando el área, buscando con su mente más que con su aguda visión. La brisa le trajo el eco de ese extraño ritmo, aproximándose por su derecha. Después por su izquierda. Dos más de los no-muertos esperaban para caer sobre él y despedazarle. Cambió de nuevo, flotando con la brisa a través de la maraña de

raíces, elevándose como moléculas en la noche, permitiendo que un viento amigo le llevara más alto entre las hojas.

Nubes oscuras se arremolinaban en un caldero hirviente. Un relámpago veteó la oscura masa. Revoloteó allí con una pequeña sonrisa sin humor en su mente. La discreción era en realidad la mejor parte del valor en algunas circunstancias. Elegiría su propio campo de batalla. Entonces oyó el golpeteo de las uñas de nuevo. El sonido era cada vez más alto. Con cada golpe, gotas de agua caían de la nube. Gruesas gotas que nunca alcanzaban el suelo. Se agrupaban en medio del aire, formando una gran piscina brillante. Podía ver su reflejo claramente en la piscina. No las moléculas esparcidas, o una ilusión, sino el hombre real entre las hojas. Fue su única advertencia, y llegó justo un latido de corazón antes del ataque.

Captó movimiento por el rabillo del ojo e instantáneamente reaccionó, dando un salto mortal hacia el cielo, cambiando a su verdadera forma, agradeciendo las hojas que estorbaron la casi invisible red plateada impidiendo que se enredara sobre él. Lanzas se movieron en espiral a través del aire, junto con gruesos dardos impregnados con veneno de rana, y que lucían penachos rojos que se clavaban en la piel y ardían durante semanas. Los insectos nublaron los cielos, y todo el rato el golpeteo de uñas siguió implacablemente.

Traian se lanzó hacia la oscura figura que orquestaba la lucha, ignorando a los dos vampiros restantes. Gallent estaba dirigiendo la acción, un líder en el mal, como había sido un líder entre los Cárpatos. Traian se lanzó a través del cielo, con el puño ya golpeando, dirigiéndose hacia el pecho del vampiro.

Gallent resplandecía transparentemente. El puño pasó a través de su cuerpo inofensivamente incluso cuando el no-muerto devolvió el golpe con garras como navajas de afeitar afiladas. La mano vino por la izquierda de Traian, el veloz y seguro movimiento de un maestro. Las uñas como afilados cuchillos se introdujeron profundamente a través de carne y músculo, hasta llegar al hueso. Uno de los restantes vampiros se lanzó hacia la espalda de Traian, hundiendo sus dientes en la diana de su expuesto cuello.

Traian simplemente se evaporó, dejando una mancha de sangre en las estremecidas hojas y el olor del antiguo don que conducía a los vampiros a un frenesí de rabia y hambre. Viajó rápidamente a través de la noche. Las Montañas de los Cárpatos eran un laberinto, una red de cavernas, donde la rica y profunda tierra esperaba para darle la bienvenida. Estaba cerca de casa. Había estado en realidad viajando de vuelta a su tierra natal para ver a su principe pero se había desviado cuando se cruzó con los vampiros.

Su hombro latía y quemaba. Su cuello era un tormento feroz. Había cien lugares en su cuerpo que dolían a causa de las lanzas y los dardos. Encontró una apertura en el fresco interior de la montaña, se introdujo todavía más profundo, a través del laberinto de túneles, en el interior de la tierra. Flotó hacia abajo dentro de la cama de rica tierra y se tendió allí, sintiendo una sensación de paz y solaz en la riqueza de los bienvenidos minerales.

Austria

Las puertas del teatro se abrieron para permitir la salida a la elegante multitud. Emergieron riendo y hablando, una amalgama de gente feliz complacida por la actuación que habían presenciado. Un relámpago atravesó el cielo, un brillante y deslumbrador despliegue de naturaleza elemental. Durante un largo momento, la gente

vestida con pieles y trajes de variados colores, quedó iluminada como captados por un reflector. El trueno estalló directamente sobre sus cabezas, y el suelo y los edificios temblaron bajo el asalto. La luz se marchitó, dejando la noche casi negra y a la multitud casi ciega. La muchedumbre se dividió en parejas o grupos, apresurándose hacia sus limusinas y coches, mientras los aparcacoches intentaban trabajar rápido antes de que la lluvia empezara a caer.

El Senador Thomas Goodvine permaneció bajo el arco de la entrada, inclinando la cabeza hacia su esposa para oírla por encima del zumbido de la muchedumbre, riendo ante sus suaves palabras, asintiendo en acuerdo. La empujó hacia su hombro para evitar que fuera empujada por la firme marea de gente que se apresuraba para evitar el mal tiempo.

Dos árboles formaban el único arco hacia el teatro, las ramas se entrelazaban sobre las cabezas formando una pequeña protección contra los elementos. Las hojas crujían y las ramas golpeaban unas contra otras con el empuje del viento. Las nubes se arremolinaban y deshilachaban, ondeando en la oscuridad, tejiendo amenazadores hijos que cruzaban la luna.

Otro estallido de un relámpago iluminó a dos hombres grandes esforzándose por avanzar contra la marea de los asistentes al teatro, aparentemente decididos a ganar resguardo en el edificio. La llamarada de luz se marchitó, dejando solo la oscura iluminación del arco y las farolas fluctuaron amenazadoramente. Thelma Goodvine agarró la chaqueta de su marido para atraer su atención de nuevo hacia ella.

- ¡Abajo!¡Agáchense! - Joie Sanders se lanzó sobre el senador y su esposa, con los brazos extendidos, tirándolos a ambos al suelo. En un solo movimiento se volvió a levantar sobre su rodilla delante de ellos, con un arma en su mano extendida. - ¡Una arma, un arma, todo el mundo al suelo! - Gritó.

Y una llamarada roja explotó de dos revólveres directamente hacia la pareja que le habían designado proteger. Joie devolvió el fuego con su calma usual y su mortal puntería, observando al hombre empezó a rodar, casi con un movimiento lento, con el arma todavía disparando pero saltando en el aire.

La gente gritaba, corría en todas direcciones, caía al suelo, y se agachaba detrás de endebles coberturas. El segundo hombre armado agarró a una mujer con una larga piel y la arrastró delante de él como escudo. Joie estaba ya empujando al senador y su esposa en un esfuerzo por conseguir que se arrastraran hacia atrás dentro de la relativa seguridad del teatro. El segundo pistolero empujó a la mujer sollozante hacia adelante mientras disparaba hacia Joie, que se giró de nuevo para cubrir la retirada de sus protegidos.

Una bala cortó la carne de su hombro, quemando un camino de dolor y rociando sangre sobre los pantalones del senador. Joie gritó, pero mantuvo su objetivo, ignorando el revoltijo de su estómago. Su mundo se redujo a un hombre, un objetivo. Apretó el gatillo lentamente, precisamente, observando el feo y pequeño agujero florecer en medio de la frente del hombre. Se vino a abajo como una piedra, llevándose a su rehén con él, cayendo en un amasijo de brazos y piernas.

Se hizo un pequeño silencio. Solo podía oírse el golpeteo de las ramas, un extraño e inquietante ritmo. Joie parpadeó, intentando aclarar su visión. Parecía estar mirando dentro de una gran piscina resplandeciente, mirando fijamente a un hombre de ojos fríos y con algo metálico brillando en la mano. Se elevó sobre la multitud, deslizándose hasta Joie antes de que ella pudiera apartarse del camino. Se retorció justo lo suficiente como para escapar de la letal hoja, dirigiendo la culata de su arma hacia arriba sobre la mandíbula del hombre, y después deslizándola hacia abajo sobre la mano del cuchillo. Él gritó, dejando caer la hoja que fue a deslizarse a lo largo de la acera. Su

puño encontró la cara de Joie, lanzándola hacia atrás. El hombre la siguió hacia abajo, con la cara convertida en una máscara de odio.

Algo lo golpeó con fuerza en la parte de atrás de la cabeza, y Joie se encontró mirando fijamente a uno de sus hombres

- Gracias, John, creo que me ha destrozado cada hueso del cuerpo al caerseme encima.

Tomó su mano, permitiéndole que la ayudará a salir de debajo del enorme cuerpo. Joie pateó el arma de la mano flácida del primer hombre al que había disparado, incluso aunque la debilidad la agobiaba. Se sentó abruptamente cuando sus piernas se volvieron de goma.

- Pon al senador y la señora Goodvine a salvo, John. -Los aullidos de las sirenas estaban fluctuando dentro y fuera. -Que alguien ayude a esa pobre mujer a levantarse.

- Lo tenemos, Joie. - Le aseguró uno de los agentes. - Tenemos al conductor ¿Como de mala es tu herida? ¿Cuándo golpes recibiste? Dame tu arma.

Joie bajó la mirada hacia el arma en su mano y notó con sorpresa que estaba apuntando al atacante inconsciente.

- Gracias Robert. Creo que dejaré que John y tú manejéis las cosas durante un rato.

- ¿Está bien? - Pudo oír la voz ansiosa del senador- ¿Sanders?¿Está usted herida? No quiero dejarla simplemente aquí ¿A donde nos lleva?

Joie intentó levantar el brazo para indicar que estaba bien, pero su brazo parecía pesado y poco dispuesto a cooperar. Cerró los ojos y respiró profundamente. Solo necesitaba estar en alguna otra parte, solo durante un momento mientras los médicos la atendían. No era la primera vez que le habían disparado y dudaba que fuera la última. Tenía ciertos instintos que la habían llevado a la cima de su profesión. Y era una cima muy peligrosa.

Joie podía mezclarse. A algunos de los hombres les gustaba llamarla el camaleón. Podía parecer sorprendentemente hermosa, sencilla o simplemente pasable. Se podía mezclar con una muchedumbre dura, con los vagabundo, o con los ricos y glamorosos. Era un valioso don, y lo usaba de buena gana. La llamaban para los casos difíciles, esos donde la acción era inevitable. Pocos tenían su habilidad con cuchillos o armas, y ninguno podía desaparecer en una multitud de la forma en que ella podía.

Se sacó a sí misma de su cuerpo, observó la frenética escena a su alrededor con interés durante unos pocos minutos. Los otros asignados al senados y los agentes austriacos lo tenían todo bajo control. La estaban colocando en el interior de una ambulancia y se empujó lejos de la escena. Más que otra cosa, detestaba los hospitales. Simplemente se marchó, volando libre. Quería estar fuera, bajo el cielo o bajo tierra en un mundo de belleza subterránea, no importaba, mientras no estuviera entre las paredes de un hospital.

Joie se sentía ingrávida, libre, deslizándose a través de las montañas que había estudiado tan cuidadosamente. Mientras volaba libre, planeaba una excursión a las cuevas con su hermano y su hermana tan pronto como el senador y su esposa estuvieran a salvo de vuelta a casa. Cruzó el espacio. Olió la lluvia. Sintió la fresca y húmeda llovizna de las montañas. Lejos, bajo ella, vio la entrada a una cueva, iluminada por un pequeño rayo de luna que se las había arreglado para atisbar a través de la espesa cobertura de nubes. Sonriendo, se dejó caer hacia abajo entrando en un mundo de cristal y hielo. Si estaba soñando o alucinando no importaba; todo lo que le importaba era estar escapando del dolor de sus heridas y el olor del hospital.

Traian, tendido en la tierra, miraba fijamente hacia arriba, al techo como el de una catedral. Su cuerpo estaba herido en tantos lugares, solo quería descanso. La

belleza de la cueva era impresionante y alejaba su mente del dolor físico. Entonces volvió su cabeza y la vió. Estaba flotando justo sobre su cabeza a la izquierda. Una mujer con un gorro de pelo negro y grandes ojos. Estaba mirando hacia abajo, hacia él, completamente atónita.

- Estás herido. – Dijo. - Si fueras real, enviaría a los paramédicos.

- ¿Que te hace pensar que no soy real?

- Que no estoy realmente aquí; estoy en un hospital a muchas millas de distancia. Ni siquiera sé donde es aquí.

- Pareces lo bastante real para mí.

- ¿Qué demonios haces tendido en el barro en medio de una cueva? - Su suave risa ondeó a través de él. - ¿No habrás confundido esto con una sauna, verdad?

Su corazón casi dejó de latir. Esa simple pregunta volvió su mundo del revés. Era consciente de cada cosa, la frialdad del interior, el azul del hielo, la dramática arquitectura formada miles de años antes. Era sobre todo consciente de que su pelo era de un rico castaño y sus ojos de un fresco gris. Su boca era amplia y curvada en las comisuras, y tenía arrugas de risa.

Estaba viendo en color. Después de cientos de años de una existencia yerma y gris, viviendo en un mundo sin color o emoción, allí estaba ella. La otra mitad de su alma. Mirando fijamente hacia él con ojos curiosos y una mueca divertida. Había sangre en su hombro, cardenales en su cara, y un desgarrón en la ropa que vestía.

- Pareces un poco demasiado bien vestida para una cueva. - Señaló él.

Ella se encogió de hombros, rió suave e invitadoramente.

- Si, bueno, a una dama le gusta tener su mejor aspecto cuando los grillos de la cueva vienen a llamar.

- Tú también estás herida.

- Un pequeño problema con una compañeros desagradables. ¿Qué hay de ti?¿Vas a menudo a nadar en el barro con un agujero abierto en tu hombro?¿Has oído hablar de la infección y la gangrena, verdad?

- Como bien podrás notar, una pequeña peripecia con un grupo de insípidos rufianes. Fui atípicamente lento.

- Tienes un acento increíblemente sexy. ¿Hace que las mujeres caigan rendidas ante el mero sonido de tu voz? - Era muy buena identificando la procedencia de la gente por sus acentos, pero el de él era diferente; había un giró rico en sus palabras. Para ser un sueño, este era uno divertido.

- No he notado tal fenómeno, pero estaré atento en el futuro.

- Bonita cueva, adoro las cuevas. Esta parece un maravilloso lugar para explorar.

- No creo que haya sido descubierta todavía. - Contestó él agradablemente. La paz rezumaba en su cuerpo. Su alma. La risa genuina encontró el camino hacia su corazón.

- ¿En serio?¿Simplemente tropezaste con ella en la oscuridad, verdad? Una forma interesante de explorar cuevas ¿Donde estoy? Me gustaría volver aquí.

Arqueó las cejas. - ¿Flotaste a través del aire a ciegas?

Ella le sonrió ampliamente.

- Lo hago a veces cuando no quiero estar donde estoy. Un mal hábito. - Su forma brilló débilmente y su sonrisa se marchitó. - Están haciéndome algo asqueroso, no puedo mantener la proyección.

El se sentó, soltó un gruñido cuando los dardos penetraron su piel ardiendo fieramente.

- No te vayas todavía.

- Lo siento.

Ella miró abajo hacia su brazo, volvió la mirada hacia él, con lágrimas bañando sus ojos.

- Están limpiando mi herida. Duele como el demonio.

Y entonces se fue. Así de rápido. Se desvaneció sin dejar rastro. Él sentado allí, solo en la oscuridad de la cueva, atónito ante como la vida podía cambiar en un parpadeo. Era real. Sus capacidades psíquicas eran fuertes. Había compartido con ella su espacio, compartido su mente, y el camino estaba impreso en su cerebro. No podía escapar de él

Traian se tendió de espaldas de nuevo y ondeó su mano para cerrar la tierra sobre él, inmovilizando su corazón, su aliento, permitiendo que la canción de la tierra le enviara dentro del profundo y reparador sueño.

CAPITULO 2

- Te estás volviendo loca, Joie, aquí no hay nada. - Gabrielle Sander se levantó graciosamente del suelo y se limpió la rodilla mientras estudiaba a su hermana con sus ojos grises. - Deja de volverte loca y disfruta de la vista. Esto es impresionante. Has estado frenética durante horas. - Inclinando la cabeza hacia atrás, alzó la mirada al cielo- Hemos estado escalando siempre. Si fueramos a encontrar algo, ya lo habríamos hecho.

- No me estoy volviendo loca, Gabrielle. - Insistió Joie. - Ya lo estoy.

Hubo un súbito silencio. El viento se detuvo. Un halcón gritó como si hubiera perdido su presa. Gabrielle intercambió una larga mirada con su hermano, Jubal. Ambos miraron fijamente a su hermana pequeña. Parecía completamente ensimismada con la superficie de la piedra que estaba estudiando.

- Bueno, es un alivio.- Replicó Gabrielle, riendo. - Todo este tiempo he pensado que yo era la única anormal.

Joie dejó escapar el aliento despacio. Sabía que estaba actuando como una loca, quizás fuera de control. ¿Qué había estado diciendo a Gabrielle y Jubal?¿Que ya había perdido la cabeza hacía algunas semanas y que este era su último esfuerzo por recuperar la cordura? No estaba bromeando, ¿y si debía estar encerrada bajo llave fuertemente medicada?

¿Qué estás haciendo?

La voz vino de ninguna parte, inesperadamente como siempre hacía, cogiéndola por sorpresa. Masculina. A veces divertida. A veces fastidiando. Siempre tentando. Intentó no oírla. Intentó no responder. Pero nunca lo conseguía. Siempre hablaba con él. Reía con él. Le deseaba. A pesar de la belleza de su voz, esta vez sonaba infinitamente débil, tensa, como si estuviera sufriendo dolor.

- Vamos, estoy tan cerca de la entrada que debería ser capaz de verlo, Jubal - Joie apeló a su hermano.- Sabes que tengo razón. Siempre la tengo. Hay una red de cuevas, la mayoría inexploradas, y estamos en lo alto de ella.

Joie estaba ciertamente donde en realidad había empezado su descenso a la locura. Se sentía mejor con esa voz en su cabeza que con cualquier persona real en el mundo. Vivía para oír esa voz. Pensaba en él día y noche, se estaba consumiendo por él. Joie alzó la barbilla.

Estoy probando que no existes para así poder superarte. Tengo una lista de posibles amantes de un kilómetro de largo, y me gustaría tener un poco de diversión para variar.

Ahora no es el momento. Lárgate de aquí. Es peligroso.

Por supuesto, sabía que dirías eso. No quieres que sepa que no eres real. Mira, cariño, ha sido divertido, pero tenemos que romper. No puedo tener un amante mítico, aun cuando eres un amante imponente en mis sueños. Una chica quiere tener algo real de vez en cuando. No veo como podría presentarte a mi familia. Eh, chicos, esta es mi pareja invisible, Traian. Tiene nombre de locomotora, pero eso es por mi fantástica imaginación.

Traian es un nombre antiguo y respetado. Márchate de aquí, Joie. No haré comentarios sobre tu nombre, porque sería considerado extremadamente grosero.

Comenta lo que quieras, Traian. No eres real lo mismo que ninguna de estas conversaciones, así que insúltame todo lo que quieras.

- Estás siempre mirando hacia abajo cuando deberías estar mirando hacia arriba, Joie. - Dijo Gabrielle con un suspiro. - Si llegas a enderezarte, podrás captar una nube. ¿Has notado al menos las flores? Son magníficas. Desearía saber como se llaman. Por una vez en tu vida, piensa en algo además de en cuevas. - Ondeó los brazos para abarcar el campo. - Este es el país de Drácula. Si olvidaras tu obsesión por las cuevas, podríamos explorar viejos castillos para variar.

Las flores rosas con amarillo en el medio de llaman Tratina. Las margaritas blancas son Marguarete. No puedo recordar como se llaman las azules, pero vendrá a mi.

¿Estas espiando nuestra conversación?

Están pensando muy ruidosamente. Y negando mi existencia, lo que parece ser un hábito para ti últimamente.

Joie soltó un pequeño resoplido. Era un producto de su imaginación y sabía el nombre de las flores.

- Gabrielle, las rosas son Tratina, y las margaritas blancas son Marguarete. No tengo ni idea de como se llaman las azules.

- Eres una enciclopedia andante. - Dijo Gabrielle, impresionada.

Jubal miró fijamente al paisaje salvaje que los rodeaba, a ambos lados y abajo. Había muchas gargantas profundas y varias cuevas. Verdes valles y mesetas ofrecían una vista impresionante. Debajo de ellos, en la más profunda depresión, el agua había empapado la tierra, provocando pantanos de turba. Había vívidas camas de musgo verde y numerosos estanques poco profundos que se abrían camino alrededor de pinos y abedules. Era mágico, e incluso para Jubal era un descenso difícil. El aire estaba crispado y frío y el cielo parecía despejado, una extraña neblina cubría aún las superficies sobre ellos. En esos momentos pensó que algo se había movido en la niebla, algo vivo y espantoso.

- Joie, déjalo y salgamos de aqui. – Dijo. - Este lugar me da escalofríos. No me gustan las vibraciones.

Gabrielle volvió la cabeza

- ¿De veras? - Arqueó una ceja castaña hacia él. - Es extraño, Jubal, yo me siento igual. Como si no debiéramos estar aquí, o como si nos hubiéramos inmiscuido de alguna forma. ¿Crees que es por todas las historias de vampiros que hemos estado escuchando en la posada la noche pasada? Normalmente, las historias de miedo son divertidas, pero definitivamente me siento aprensiva. - Levantó la voz. - ¿Qué hay de ti, Joie? ¿Este lugar te da escalofríos?

- Hemos venido a explorar cuevas. - Dijo Joie firmemente. - Siempre somos muy respetuosos cuando practicamos espeleología, así que no hay razón para estar nerviosos. Sé que la entrada está aquí; estoy tan cerca. - Caminó alrededor de la montaña, pasando por encima de las piernas extendidas de su hermano sin ni siquiera mirarle. - La entrada está aquí, lo sé. - Murmuró.

Los otros sienten la amenaza de los vampiros. Debes irte, Joie.

Oh, ahora vas a decirme que crees en vampiros. Acabas de pillar esa idea de Gabrielle. No eres real, así que tranquilo y deja de intentar asustarme para que me aleje. No voy a irme hasta que lo sepa con certeza.

En realidad lo sabes; solo que no quieres admitir la verdad. Estoy atrapado y no seré capaz de rescatarte si llegas a encontrarte con ellos.

- ¿Rescatarme? - Joie casi gritó las palabras, sus ojos oscuros relampajearon de indignación. Volvió la cabeza para sonreír con tranquilidad a sus hermanos.

Gabrielle y Jubal intercambiaron una larga y divertida mirada, acostumbrados a Joie y sus divagaciones cuando estaba tras el rastro de una nueva cueva. Pocas personas eran tan aficionadas como su hermana a descubrir mundos mágicos bajo la superficie.

¿Rescatarme? Siseó en su mente. Solo puedes morderme, Traian. ¿Tienes alguna idea de lo molesto que es para alguien como yo ser tratada como un mujercita enclenque que no puede defenderse a sí misma?

No me importaría morderte. Esta vez su voz ronroneó con una indirecta sexual. Pero en otro momento sería mejor.

Joie se estremeció a pesar de sí misma, todavía el calor se enroscaba en lo más profundo de sí misma. Si sigues con esto, mis hermanos van a pensar que estoy loca y tengo responsabilidades. Entonces ¿donde estás? Mechones de pelo negro volaron cruzando su cara, ocultando su expresión a sus hermanos. Y solo para tu información, Sir Galahad, no soy del tipo de "necesito que me rescaten", así que supéralo rápido. Dios. Primero vampiros y ahora rescatarme. ¿Te vas a estar simplemente callado y me dejarás deducir esto? Supongo que no querrás ayudarme, darme una indicación o dos, si realmente están ahí abajo y sabes donde está la entrada.

Jubal apoyó la espalda en el césped alto con las manos detrás de la cabeza, estudiando las formaciones de nubes. No quería mirar los inusuales jirones de niebla que parecían enroscarse alrededor de las piernas de Joie mientras caminaba cuidadosamente alrededor de la cima. - Eres como un perro rastreador tras la pista de un criminal, Joie. – Dijo. - Habrías sido un gran detective.

- Lo habría sido. - Estuvo de acuerdo Gabrielle con una pequeña sonrisa. Se concentró en las brillantes flores azules con los pétalos simétricos. La hermosa masa de flores era inusual, incluso algo siniestro parecía estar tendido bajo la tierra, solo a centímetros de los suaves pétalos, una presencia obscena y maliciosa. Mirando fijamente hacia las flores, Gabrielle juraría que la tierra se había elevado un centímetro más o menos como si algo estuviera excavando bajo ella. El viendo sopló sobre la ladera de la montaña. Se sentó enderezándose rápidamente, parpadeando.

- ¿Qué ha sido eso? - Preguntó Jubal.

- No lo sé. Por un momento pensé que veía algo moverse bajo el suelo. Este lugar me da escalofríos.

- Joie, vamos. Nos vamos de aquí. - Decidió Jubal, extendiendo un largo brazo para agarrarla de la ropa. - El Sol se habrá puesto en un par de horas.

Joie examinó cada pulgada de la cima y cada nicho a ambos lados. La piedra terminaba en matorrales y césped. Flores silvestres se elevaban hacia el sol. Joie entrecerró la mirada y caminó tan cerca como era posible, totalmente concentrada en la superficie saliente y cada crujido y sombra.

- Nunca me he sentido tan cerca en mi vida. No creo que pueda dejarlo sin encontrarla. - Admitió honestamente. - Lo siento, si los dos queréis marcharos, adelantaos. Iré tan pronto como pueda.

Jubal y Gabrielle intercambiaron una mirada larga y sabedora.

- Seguro, si, te dejaremos simplemente aquí arriba sola. Sabiendo que desaparecerías dentro de una cueva y te ligarías con un troll. - Dijo Gabrielle.

- Aja. - Respondió Joie.

- ¿Cual es el nombre de esta cordillera? - Preguntó Jubal ociosamente, pero su mirada estaba atenta en Joie mientras ella exploraba la superficie de la roca. - Incluso los pantanos son bonitos. Si no fuera tan escalofriante estar aquí arriba, podría vivir en esta zona. - Cuando Gabrielle arqueó una ceja oscura hacia él, rió. - Podría. No necesito vivir en una ciudad. Tengo los mismos genes que vosotras dos. Simplemente me gusta

tener dinero, ¿sabeis? Lo necesito por vosotras dos, para sacaros de todos los problemas en los que os meteis.

- Idiota. - Dijo Joie afectuosamente, aunque no le miró. - Tienes suficiente dinero para retirarte de ese estúpido trabajo tuyo y hacer algo útil con tu vida. Algo humanitario. Hay una pequeña apertura que rompe la línea de la piedra aquí. Hay algo curioso en esto, Jubal, ven a mirarlo. No tiene sentido.

- Mi humanitaria contribución al mundo es cuidar de vosotras dos, buscadoras de emoción. - Señaló Jubal mientras se ponía perezosamente en pie. - Sin mí refrenando vuestras inclinaciones estrafalarias el mundo sería un lugar aterrador. - Levantó la mirada hacia la extraña niebla en movimiento. - Como este lugar. - Se acercó despacio para examinar la superficie del afloramiento.

- Estamos en las Montañas Apuseni, parte de los Cárpatos, eres un pagano. - Informó Gabrielle a su hermano. - Si prestaras la más mínima atención a algo de lo que digo, lo sabrías. Y no podrías dejar tú cómoda y lujosa vida y vivir en las montañas más de lo que podrías nadar atravesando Canal de la Mancha. Y, podría añadir, que nosotras cuidamos de ti.

- ¡Eh! yo puedo nadar. - Objetó Jubal. Recorrió con su mano la piedra, frunciendo el ceño mientras lo hacía. - Solo porque no me gusta nadar no significa que no pueda. No nací con agallas como vosotras dos. Ha encontrado algo, Gabrielle. Esto es un patrón, pero tiene que ser... - Se arrastró hacia afuera, excavó con los dedos alrededor de varias piedras pequeñas, y empezó a recolocarlas.

- Hay una sorpresa. - Dijo Gabrielle y se puso en pie también. El frío aire montañés vibraba de excitación. - Siempre podrías venir e investigar virus conmigo. - Le invitó, deslizando un brazo alrededor de su hermano.

- Si, eso me encantaría Gabrielle, porque estoy loco y quiero morir de una muerte miserable pero noble. - Dijo Jubal, rizando el pelo oscuro de su hermana. - Creo que continuaré con mis acciones y bonos y te dejaré tus investigaciones todas para ti. Allá va. Guau, mirad esto. - La apertura se ensanchó cuando colocó la última piedra en su sitio .- Esto está hecho por el hombre, no es natural. Demonios, Joie, no entres.- Agarró su mochila y sacó un libro de bitácora, cuidadosamente anotó la hora. - Estamos haciendo solo una exploración superficial, y casi ha anochecido. Nadie sabe que estamos aquí. - Murmurando, apenas había colocado el libro de bitácora cerca de la apertura cuando su hermana se deslizó dentro.

Gabrielle se colgó su equipo y la siguió.

- Es extremadamente estrecho, Jubal. - Le previno. - Pásame tu equipo; es la única forma de que consigas entrar.

Jubal echó un último vistazo al cielo, notando que las nubes que habían estado flotando perezosamente estaban ahora deshilachándose amenazadoramente, una recolección de enorme fuerza. Se raspó el pecho cuando maniobró a través de la apertura dentada y entró en la estrecha entrada. Detrás de él el viento se elevó en un repentino aullido y azotó la montaña, mientras extraños y fantasmales lamentos resonaban sobre las crestas. La niebla se arremolinaba alrededor de la cima de la montaña, un pequeño tornado cogió el libro de bitácora y lo envió revoloteando colina abajo hasta aterrizar en uno de los muchos pantanos, donde se hundió despacio bajo las oscuras aguas.

Joie se movía rápidamente a través de la estrecha entrada, bien adelantada a sus hermanos. El techo bajaba más a cada paso, así que se veía forzada a inclinarse, incluso a agacharse a cuatro patas y después

A arrastrarse sobre el estómago. Podía sentía el aire frío llegando de la cámara subterránea. Todo en su interior le exigía que siguiera adelante, incluso cuando tenía que maniobrar su cuerpo en ángulos raros para deslizarse a través del tunel.

- Más despacio, Joie. - La previno Jubal.- Quédate a la vista.

- No me gusta como está actuando. - Susurró Gabrielle.- Nunca la había visto así. Siempre obedece las reglas de seguridad, ya lo sabes, Jubal. Algo está realmente mal. - Se sentía enferma, su estomago se retorcía, su mente estaba llena de miedo. - Algo terrible va a ocurrir si no la detenemos.

Jubal esperó, pero Gabrielle no se movió, se mantenía atascada en la estrecha entrada, bloqueándole el camino.

- Sigue adelante, Gabrielle. – Dijo. - La alcanzaremos y hablaremos sensatamente con ella. Ha estado explorando cuevas durante años. No va a olvidar todo lo que ha aprendido.

- Desde que fue herida en Austria ha estado diferente. - Señaló Gabrielle. – Está distraída. Empujada.

- Siempre está muy concentrada cuando entra en una cueva. Y este es un gran descubrimiento, una cueva inexplorada. No tenemos ni idea de lo que vamos a encontrar. Por supuesto que está excitada.

- Sabes que es más que eso; ha estado diferente durante toda esta excursión. Incluso antes que eso. Está callada. Joie no es callada. Ahora parece estar en otro lugar la mitad del tiempo. Siento como se estuviéramos perdiéndola, Jubal, como si algo la empujara a otro mundo a donde no podemos seguirla.

Jubal suspiró ruidosamente.

- Desearía poder decir que no sé de que hablas, pero esa es la razón por la que he venido a esta excursión. Yo también he estado preocupado por ella. - Extendió la mano y empujó a su hermana. - Muévete, ni siquiera puedo oírla ahora.

- No puedo moverme, Jubal. - Gabrielle sonaba asustada. - Realmente no puedo.

- ¿Estás atascada? - Juval estaba muy calmado, pero por dentro un oscuro temor estaba planeando sobre él.

- No. - Susurró Gabrielle. - No puedo moverme. ¿Has oído alguna vez el término "paralizado de miedo"? Creo que realmente lo estoy.

Joie se empujó hacia adelante mientras el techo se elevaba, permitiéndole caminar una vez más. La entrada se había abierto en una gran cámara. - Eh, vosotros dos, está mucho mejor aquí. Hay una gran galería. - Barrió con la luz del casco la zona a su alrededor, nada más que formaciones de estalagtitas rodeaban el gran abismo que se abría en medio de la cámara. Escaló en su aparejo mientras de esforzaba por mantenerse en la realidad.

- ¡Gabrielle!¡Jubal!¿Estáis bien los dos?

- Espéranos, Joie. - Ordenó Jubal. - Gabrielle tiene un mal presentimiento con esto y yo también. Creo que deberíamos reagruparnos unos minutos para hablar de ello. Esto podría ser más problemático de lo que pensábamos.

Joie luchó por contener la risa que burbujeaba fuera de ella llegada de ninguna parte.

- ¿Hablar de ello? Nadie tiene más problemas que yo ahora mismo, Jubal. No puedo retroceder. Tengo que hacer este descenso o vivir en una celda acolchada el resto de mi vida. No estoy bromeando.

Jubal cogió la pierna de Gabrielle.

- No está bromeando; parece al borde de la histeria. Muévela, Gabrielle. Ahora.

Jubal raramente usaba ese tono con ninguna de sus independientes hermanas, pero tuvo el efecto deseado. Gabrielle jaleó ante el hecho de que su hermano obviamente compartía su creciente temor por Joie.

Joie se sentó en el borde del precipicio, mirando fijamente abajo, al negro abismo. No levantó la mirada cuando sus hermanos se unieron a ella. Jubal descansó las manos sobre sus hombros. Gabrielle se sentó cautelosamente al lado de su hermana y la cogió de la mano.

- Cuéntanoslo. ¿Que está pasando, Joie? Siempre hemos estado unidos. No hay necesidad de ocultarnos nada.

- ¿Hay antecedentes de locura en la familia? - Joie continuaba mirando fijamente hacia abajo, hacia el pozo de oscuridad. - Porque si los hay, alguien debería habernos advertido.

- ¿Crees que estas loca? - Jubal se esforzó por entender. Joie era la que se reía todo el tiempo, la que se lo tomaba todo con humor. Iluminaba el mundo con su sonrisa, y ciertamente nunca había parecido sufrir depresión.

- Oigo voces. Bueno... - Se corrigió. - ...una voz. La voz. Todo el tiempo. Tenemos conversaciones. Largas conversaciones. A veces muy intensas y a veces cómicas. - Sentía el rubor creciendo bajo su piel y agradecía estuviera oscuro en la galería. - A veces sexys. Me encuentro a mí misma mirando fijamente el techo toda la noche para poder oír su voz y pasar tiempo con él. - Se encogió de hombros. - Incluso tiene un nombre. Traian Trogovise. ¿Cómo pude inventar un nombre como ese? Tiene acento. Un acento europeo, muy sexy.

Gabrielle apretó sus dedos alrededor de la mano de Joie.

- ¿Cuándo empezó esto? ¿Cuándo fue la primera vez que oíste la voz?

Joie se encogió de hombros, permaneciendo en silencio. Ni Jubal ni Gabrielle hablaron, esperaron por ella. Finalmente suspiró.

- Cuando fui herida en Austria. Sabéis lo mucho que odio los hospitales. Cuando me recogieron allí, hice mi pequeño acto de desaparición. - Miró a sus hermanos. - Pensé que estaba soñando cuando le vi por primera vez, pero había estado experimentando algunas veces con la proyección astral. Supongo que tuve éxito, no sé. Creo que conectamos porque ambos estábamos en una tormenta, en una batalla y heridos. - Se encogió de hombros desvalidamente. - Es la única explicación razonable para mí. No se marchó. Puedo oírle hablando conmigo, en mi mente. Encontró algo importante en las cuevas. Ya estaba planeando una excursión aquí con vosotros dos, así que me figuré que podría ver si era real.

- Joie. - La reprendió Jubal gentilmente. - ¿Comunicación telepática?¿Con alguien más? Sé que podemos usar la telepatía, pero nunca hemos encontrado a nadie más que pueda hacerlo.

- ¿Realmente es tan descabellado? Puedo llevarme a mí misma a cualquier otra parte. Sé cuando estoy en peligro. Tú eres fantástico imitando, y Gabrielle puede hacer todo tipo de cosas raras. Somos capaces de usar la telepatía los unos con los otros. ¿Es tan descabellado pensar que otros puedan usarla también? Tengo que bajar allí abajo. Tengo que saber si es real, si está ahí, en ese lugar. Le siento. No puedo explicarlo pero es como si se hubiera deslizado dentro de mí y le necesito. Necesito probarme esto a mí misma.

- ¿Por qué no nos lo contaste enseguida, Joie? - Preguntó Jubal.

- Porque no quiero que la voz se vaya. - Admitió Joie con total sinceridad. - Vi a un consejero. Dijo que me estaba tomando un descanso de la realidad, esquizofrenia, probablemente producida por el trauma del disparo. No quise señalarle que no era la primera vez que me alcanzaba una bala; no fue la peor herida ni será la última. No tomé

la medicación que me prescribió. Pensé que quizás no era tan malo vivir en un mundo de fantasía parte del tiempo. Todavía funciono y hago mi trabajo. - Se las arregló para sonreír débilmente, su sentido del humor aparecía en medio de tan seria conversación. - ¿Creéis que habrá mucha gente que quiera un guardaespaldas esquizofrénico? Tendrán dos por el precio de uno.

- Vamos, Joie, no puedes creer que te estés volviendo loca. Tú eres... - Gabrielle se detuvo para buscar las palabras correctas. - Tú eres tú. No puedes hacer nada. Eres excelente en todo. No puedes oír voces.

Joie sonrió a su hermana.

- Estoy definitivamente oyendo una voz. Ahora mismo me está diciendo que salga de aquí. Esta diciendo que es peligroso y que estamos todos en peligro mortal. Realmente ha usado la palabra mortal. Yo no uso esa palabra. ¿Crees que tengo una personalidad desdoblada? Siempre he preferido actividades masculinas. Siempre he sido una especie de marimacho. Quizás es solo mi lado masculino aflorando. Y solo vosotros sabéis como funciona mi mente, él es más sexy que yo.

- Quizás tu intuición te está diciendo que no hagas el descenso, Joie. - La previno Jubal. - No hemos planeado esto adecuadamente.

- No tengo elección.- Dijo Joie tristemente. - No esta vez. Tenemos el aparejo. Tenemos el equipo. Estamos todos vestido bastante apropiadamente. Puedo bajar y echar una mirada alrededor. Si no vuelvo en un par de horas, podéis ir a por ayuda.

Gabrielle sacudió la cabeza.

- Vamos todos. Estamos juntos, Joie. Si tienes que hacer esto, entonces lo haremos juntos como siempre hemos hecho.

- Pues deberíamos dejar de hablar y empezar a movernos. - Dijo Jubal decididamente.

Joie no iba a cambiar de idea. Fuera lo que fuera lo que la compelía a ese abismo negro era demasiado fuerte para luchar contra ello. Lo que era peor, el temor estaba todavía creciendo en su interior. Miró abajo hacia el agujero oscuro. El mal acechaba cerca, y tenía el presentimiento de que iban a encontrase con él cara a cara.

CAPITULO 3

- Joie, esto es muy raro. - Dijo Jubal suavemente, con temor reverencial. Dio un giro de trescientos sesenta grados, barriendo con su luz las paredes de la galería. El descenso había sido muy largo, más o menos sesenta y cinco metros. - Nunca había visto nada como esto. Que descubrimiento. Las formaciones de hielo son increíbles. Juro que he visto ya una veta de oro en más de un lugar. Hay demasiadas cuevas y galerías para explorar.

Gabrielle cautelosamente se movió alrededor de una escultura de hielo que se elevaba como una antorcha desde el suelo.

- Mirad esto. Cuando dirijo mi luz hacia ella desde este angulo, juraría que esta cosa tiene gemas dentro. Es tan brillante como un diamante pulido pero refleja la luz como si fuera roja como un rubí. - Un movimiento captó su atención, y giró la cabeza para observar a Joie mientras esta examinaba el hielo glacial que formaba la galería. - Ten cuidado, sospecho que una buena cantidad de virus aún desconocidos para nosotros podrían estar en insectos e incluso quizás en el interior de cuevas como esta. Estos microorganismos existen sin luz y con pocos nutrientes, encerrados dentro del hielo, aunque todavía con vida. Hay gran abundancia de información aquí abajo.

Joie ignoró a ambos hermanos. Ahora estaba muy cerca, casi podía sentirle respirar. En algún lugar en este laberinto de cavernas estaba esperándola. Ardiente. Enfadado por que ella le había desobedecido. Era real, no una voz en su cabeza, no una parte de una personalidad desdoblada. Era real, estaba vivo y sufría. Podía sentir su dolor, extendiéndose a través de su cuerpo, golpeando en su cabeza.

Cuéntame. Exigió. Obligándole a tratar con quien era ella realmente, no que quien él pensaba que debía ser.

Di a los otros que estén callados. Están en peligro. He tenido una batalla con el mismo enemigo tres veces desde que me encontraste en la cueva. Estoy prisionero y herido, y extremadamente débil. No puedo ayudarte mucho en la lucha, y el enemigo tiene poderes que no tienes posibilidad de comprender.

Joie le envió una imagen mental poniendo los ojos en blanco con exasperación. Siento lo del humo en mi cabeza, pero normalmente no me encuentro envuelta entre algodones para protegerme de toda la gente malvada del mundo. Hizo señas a sus hermanos en silencio, internándose fácilmente entre las sombras. Se movió a lo largo de las cavernas con seguridad, reconociendo su presencia ahora. Sabiendo que se estaba acercando a él. Dudo mucho que vaya a necesitar tu ayuda, Bombón, pero lo tendré en cuenta. ¿Cuantos son?

Hay uno conmigo ahora. Los otros volverán alimentados y en forma después de una orgía de muerte. No quieres encontrarte con ellos.

Entonces supongo que será mejor sacar tu culo de problemas y salir de aquí pitando.

No actúas como ninguna mujer que haya conocido.

Gracias. Aprecio mucho que digas eso.

Joie se dejó caer de rodillas y gateó a través de un estrecho pasadizo en forma de tubo. Jubal y Gabrielle la seguían muy de cerca. El firme goteo del agua recordaba a Joie el golpeteo de las ramas la noche del teatro cuando le habían disparado. Había un ritmo peculiar en las gotas, casi como si una mano invisible, no natural, guiara el descenso del agua. El tubo empezó a ampliarse hasta que pudo ponerse en pie otra vez.

Un sonido extraño y creciente asaltó sus oídos. Sonaba como un cruce entre una hiena riendo y un perro gruñendo viciosamente. Inmediatamente levantó la mano

extendida tras ella, indicando a Jubal y Gabrielle que se detuvieran mientras ella se acercaba más. Usó una alta columna de piedra y formaciones de hielo como cobertura.

Traian estaba literalmente clavado contra una pared de hielo. La sangre corría hacia abajo de cada hombro y pierna donde afiladas y retorcidas estacas habían sido introducidas a través de su cuerpo para clavarle como un insecto en una madera. Joie contuvo el aliento para evitar llorar con desmayo. No era extraño que pudiera sentir el dolor irradiando de él. Sabía que Traian había notado su presencia, pero no cometió el error de revelar su posición. Observaba a la criatura que flotaba sobre él con ojos fríos.

- Te veo nervioso, Lammont. - Observó Traian.

La criatura siseó y sin preámbulos inclinó la cabeza sobre el cuello de Traian hundiendo los dientes en el pulso que latía allí.

Joie pudo ver fácilmente los largos incisivos apuñalando la carne, algo que solo había visto en las películas. Se dejó caer al suelo, arrastrándose sobre el estómago, usando los codos para propulsarse cruzando el suelo entre dos columnas de hielo para conseguir una mejor posición de ataque. Se puso de rodillas detrás de una gran formación de hielo, con la mirada fija en su objetivo.

Es muy peligroso, especialmente ahora que esta lleno con la sangre de un antiguo. La voz de Traian estaba calmada apesar de que la horrible criatura estaba atormentándole.

Joie miraba fijamente esa horrible cosa. Era alta y escuálida, la piel estaba encogida alrededor del cráneo, casi como si estuviera muerta. Mechones de pelo salían tiesos, de un curioso color entre blanco y gris, mientras el resto del pelo colgaba sobre la grasienta y arrugada túnica. Tragaba la sangre, manchándose con ella labios y dientes, todo esto mientras emitía gruñidos con la garganta. Parecía más un animal que un hombre

Mi familia siempre me advirtió que si permanecía mucho tiempo bajo tierra podría acabar con un troll. A riesgo de parecer superficial, tengo que decir que no es muy guapo y no me atrae en absoluto. Su mano le movió a hacia la parte de atrás del cuello, deslizándose hacia abajo entre los hombros en un movimiento bien practicado, extrayendo el cuchillo que siempre llevaba.

La criatura levantó la cabeza alerta y miró alrededor de la gran galería con ojos suspicaces. Joie permaneció inmóvil, apenas respirando. El aire frío sopló a través de la cámara y tocó a Traian y a la criatura con dedos helados. Inmediatamente Lammont agarró una de las estacas que clavaban a su víctima en el hielo.

- Nada de trucos, antiguo. Tu sangre nos pertenece ahora. Los otros volverán pronto con una victima para obligarte a aceptar la oferta. Estas demasiado débil para resistir.

¿Qué es?

Es un vampiro. Un no-muerto. Y hay otros. Debes coger a tu familia y salir antes de que los otros vuelvan.

Traian observaba a su torturador intensamente. El vampiro se inclinó más cerca hacia la herida abierta en la garganta de Traian, su aliento era un empalagoso vapor verde mientras lamía la sangre con una gruesa y oscura lengua.

- Podría matarte en este instante. Una estaca a través del corazón. - Elevo una estaca de aspecto letal sobre su cabeza y soltó una carcajada maniática.

Los Vampiros son difíciles de matar. Solo tendrás una oportunidad. Ve a por el corazón.

Joie lanzó el cuchillo con precisión mortal. Voló como un cohete cruzando la cámara y se enterró profundamente en el pecho del vampiro. La criatura gritó, el sonido rompió el hielo de tal forma que afiladas dagas se desprendieron del alto techo y

llovieron hacia abajo como mortales proyectiles. Joie extendió su cuerpo sobre el de Traian, protegiéndole de la caída del hielo. El vampiro se derrumbó con dificultad, revolviéndose salvajemente, el sonido resonaba a través de la caverna, y después se hizo un súbito silencio.

Joie se echó hacia atrás lentamente, deslizando un segundo cuchillo fuera de la funda de su pantorrilla.

- No me pareció muy difícil. Si quieres, te daré una lección o dos.

- ¿Por qué has tardado tanto? - Preguntó Traian.

Se hizo a un lado cautelosamente alrededor de él, echando a un lado los grandes trozos de hielo.

- Me equivoque de dirección. Ya sabes como puede ser el tráfico en estos sitios. Se inclinó más de cerca para estudiar uno de los alfileres que atravesaban su hombro para sujetarle a la pared. - Siento señalarte esto, pero estás en un lío. ¿Qué era todo aquello del machote diciéndome que me quedara a un lado? Si me lo preguntaras a mí, yo diría que tienes una seria necesidad de ser rescatado.

Traian arqueó las cejas. Su piel parecía pálida, y estaba claramente débil por la perdida de sangre. Las heridas desatendidas de una reciente batalla dejaban escapar más de su preciado fluido vital. Tembló incontrolablemente, incapaz de mantener la temperatura de su cuerpo. Su pelo era negro y estaba manchado de sangre.

- Ciertamente estaba pensado algo. Tiene amigos. Volverán pronto, y cuando le vean, no van a estar muy felices. Y si no incineramos el cuerpo, se levantará de nuevo.

- Encantadora idea. - Dijo Joie y se volvió para mantener un ojo precavido sobre el repulsivo cadáver. - Tienes suerte de que viaje con un médico. Mi hermana Gabrielle está bastante loca, siempre escudriñando en un microscopio y aleccionándonos sobre que hay parásitos en la tierra, pero tiene cierta destreza.

Silbó suavemente para indicar a sus hermanos que entraran en la cámara de hielo.

Gabrielle evitó mirar hacia el vampiro mientras estudiaba las dagas de hielo que clavaban a Traian a la pared.

- Conoces a una gente muy rara, Joie. – Dijo. - Ni siquiera voy a preguntar donde le conociste a él.

- ¿Si saco las estacas, se desangrará hasta morir? - Preguntó Jubal.

- Hazlo de una vez antes de que los otros vuelvan. - Advirtió Traian. - O moriremos todos. Los vampiros son muy peligrosos. Habéis tenido suerte.

Joie resopló indignada.

- Fui rápida, precisa y muy buena. No hay necesidad de sentirse inferior. - Hizo una señal a Jubal incluso mientras lanzaba una sonrisa engreída a Traian. - Tengo un don.

Jubal agarró la estaca en el hombro derecho de Traian con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas. La sangre chorreó, pero Gabrielle presionó las palmas sobre la herida abierta. - El botiquín de primeros auxilios está en mi bolsa, Joie, pero no sé como vamos a llevarle a la superficie. Necesita sangre tan rápidamente como sea posible.

- Salgamos de aquí. - Ordenó Traian. - Realmente tenemos que apresurarnos.

- Haz lo que dice, Jubal. - Joie captó la sensación de urgencia emanando de Traian. Pequeñas líneas blancas se estaban dibujando alrededor de su boca perfectamente esculpida. - El vampiro se está retorciendo. - Para su horror, el cuchillo estaba vibrando, meneándose hacia atrás como si emergiera lentamente de la carne putrefacta. - Rápido... podemos tener un pequeño problema con este guapo. Parece que está volviendo a la vida.

- Cubre las heridas con barro. Rápido. - Dijo Traian.

Joie no quería apartar los ojos de la horrible criatura, pero la oscura compulsión en la voz de Traian la alarmó. Gabrielle le obedeció. Siempre meticulosamente cuidadosa sobre gérmenes y organismos, se llenó las manos de tierra y, antes de que Jubal pudiera detenerla, la untó sobre el hombro de Traian y el resto de los agujeros abiertos en su carne.

Sin advertencia, Traian alargó el brazo y arrastró a Jubal más cerca de él, murmurando algo que Joie no pudo captar. Inclinó la cabeza hacia la garganta expuesta de Jubal. Ni Jubal ni Gabrielle protestaron; en realidad, permanecieron los dos callados, como cautivados.

La furia ardió en Joie.

- ¡Demonio chupasangre!¡Tócale y estás muerto! No estoy bromeando. Suéltale o te arrancaré el corazón. Y no intentes usar tu voz conmigo, porque no funciona. - Mientras siseaba las palabras en una voz baja y ardiente, se movió para apuntar el cuchillo que sacó de la funda sujeta a su pantorrilla. A la vez que intentaba mantener al vampiro a la vista.

- Si no consigo sangre, todos vamos a morir. - Dijo Traian con calma. La miró, su mirada era firme y honesta.

Ella dejó escapar el aliento entre los dientes mientras agarraba a Gabrielle alejándola de él, tirando de su hermana para colocarla a su espalda.

- Suéltalos, ahora.

- Solo tenemos unos minutos.

- Entonces no malgastes el tiempo. - La mano no temblada. Ni tampoco su mirada.

Traian habló suavemente a Gabrielle y Jubal, y ambos reaccionaron inmediatamente, Jubal se apresuró a ponerse a salvo.

- Dinos que está pasando. - Dijo Joie. - No es como si hubieramos visto a un zombie aquí en el suelo, haciendo una lamentable imitación de Drácula.

- Soy un Cárpato, de la Tierra. Todas las historias que te conté eran ciertas, no eran para entretenerte. He vivido las batallas; ellos no son ficción. Necesito sangre para sobrevivir, pero no matamos para subsistir. He luchado contra vampiros durante cientos de años. - Su voz era tan firme como su mirada. - Este se levantará de nuevo, y tiene amigos. No puedo detenerlos, no sin sangre para recuperar mi fuerza.

Jubal agarró a Joie e intentó arrastrarla hacia atrás, lejos del hombre herido. Ella levantó su mano extendida.

- Está diciendo la verdad, Jubal. Puedo sentir que se acercan... ¿tú no? - Le pasó el cuchillo a su hermano, ignorando el tremblor de su mano. - Si estoy cometido el mayor error de mi vida, espero que me vengues.

Caminó hacia donde Traian permanecía desplomado contra el hielo azul, echando hacia atrás la cabeza mientras lo hacía. - Vamos entonces, pero recuerda, mi hermano acierta en la diana siempre.

Traian la tocó entonces, rodeándole la muñeca con sus largos dedos y arrastrándola lenta e inexorablemente hacia él. El corazón de Joie se saltó un latido, después empezó a machacar, si era de miedo o excitación, no lo sabía. Solo sabía que su boca estaba seca y sus entrañas derretidas de considerable alarma. Los ojos de él se volvieron oscuros, concentrados completamente en ella, ciegos a todo lo demás. A cualquier otro. La empujó al abrigo de su gran cuerpo.

Joie sintió cada músculo, fuerte, definido, erizado de poder. Debería haber olido a sudor y sangre, pero su esencia era masculina, limpia e invitadora. Sexy. El mundo parecía haber desaparecido. El peligro no importaba. Sus brazos se deslizaron alrededor de ella, manteniéndola tan cerca que su corazón latía con el mismo ritmo que el de él.

Colocó la mano sobre su pecho, sintió su corazón latiendo con fuerza contra la palma. Levantó la mirada hacia él y quedó instantáneamente pedida en la ardiente intensidad que vio allí.

Había una tormenta de emociones entre ellos, un oscuro caldero donde algo salvaje, como un vendaval bramaba sobre el suelo. Hipnotizada, ella solo podía mirarle. Las puntas de sus dedos rozaron el pelo de su cuello. Enviando fuego que corrió a través de su corriente sanguínea. Donde había sido impersonal y brusco con Jubal, era gentil, incluso atento cuando acercaba más a Joie. Inclinó la cabeza hacia la de ella.

Gabrielle soltó un pequeño grito de protesta, caminando hacia ellos con toda la intención de detenerle. Traian levantó la cabeza, sus ojos relucían con una extraña y fiera luz roja, paralizándola en el sitio.

Sus parpados bajaron, sus brazos de enroscaron alrededor de Joie posesivamente hasta que ella casi desapareció de la vista, completamente fundida en su abrazo. Había algo muy protector, incluso depredador en su postura.

Sus labios apenas rozaron la piel de Joie. Ella lo sintió. El roce de las alas de una mariposa, nada más, incluso ese leve toque enviaba calor que se propagaba por todo su cuerpo. Besó sus ojos hasta que los cerró. La sensaciones se incrementaron. Le susurró, en su mente, una íntima y suave letanía de palabras en una lengua antigua. Su voz la envolvía en terciopelo, un hechizo erótico de encantamiento que gustosamente la abrazaba.

Joie sintió su aliento caliente en la nuca. Su lengua arremolinándose sobre su pulso. Una vez. Dos. Su cuerpo entero se apretaba, cada músculo de contraía sin aliento. Esperando. Deseando. Sus labios flotando sobre su nuca enviando oleadas de calor hacia abajo, y se le debilitaron las piernas. Un brazo, por su propia cuenta, se deslizó hacia arriba y se enroscó alrededor de su cabeza, arrastrándolo más cerca, acunándolo hacia ella. Relámpagos ardientes penetraban en su piel. Enviando látigos de reflejos danzantes al riego sanguíneo, un placer que bordeaba el dolor. Nada la había preparado para el puro fuego erótico que penetraba a través de su cuerpo. Dejó escapar un suave gemido. Se movió impacientemente contra él.

Traian la empujó más cerca, imprimiendo su cuerpo en el de ella, sintiendo cada exuberante curva y cada suave y redondeada línea. Su compañera. Había esperado tanto. Resistido demasiado. No había nada que le alejara de ella con una barrera protectora. Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo e incluso así le aceptaba, aceptaba su necesidad de sangre. Exigía a través de su cuerpo con la fuerza de un tren de mercancías; sus reducidas y hambrientas células se empapaban; tejido, músculo y órganos dañados exigían sustento. Deseaba saborear el momento, saborear el primer bocado de ella, el primer toque de su piel.

Incluso mientras Traian luchaba para mantener el control, para empañar la horrorizada mirada de su hermana, temía que el no-muerto se retorciera para levantarse de nuevo y los dos vampiros irrumpieran a través del laberinto de cavernas para alcanzarles antes de que pudiera escapar. Tomó de Joie solo lo que necesitaba para tener fuerzas cuando llegara el momento de la batalla. No podía arriesgarse a dejarla demasiado débil para defenderse a sí misma. Podían tener más de una escaramuza con los no-muertos antes de que salieran del laberinto de cuevas.

Muy cortésmente, casi reverencialmente, deslizó la lengua sobre la herida para cerrarla.

- Gracias, Joie.

Sus brazos la sostenían, su cuerpo soportaba el peso del de ella.

Ella se estremeció mientras levantaba sus pestañas para estudiar su cara. Enseguida quedó prendada y sujeta en las profundidades de sus ojos.

- De nada.

- Odio interrumpir este festín de amor que estaís teniendo los dos. - Soltó Jubal. - Pero tenemos un pequeño problema. El cuchillo acaba de caer fuera del pecho de la cosa muerta, y está empezando a revolverse. No es una buena señal.

La voz de Jubal rompió el hechizo que Traian parecía haber tejido alrededor de Joie. Liberó su mirada con esfuerzo y miró hacia la criatura que desgarraba el suelo de la cueva.

- Parece enfadado. - Observó.

- No es el único. - Estuvo de acuerdo Traian. - Sus amigos se acercan rápidamente, y tienen el asesinato en mente.

El vampiro luchó por sentarse a medias en el suelo; sangre y saliva corrían hacia abajo por su barbilla. Sus ojos rojos estaban fijos sobre Joie con una mezcla de odio y temor.

Ella le miró.

- ¿Que diablos has hecho con mi cuchillo, demonio?¿Tienes la más mínima idea de lo que cuesta un cuchillo como ese? - Extendió la mano hacia Jubal exigiendo el cuchillo que le había dado. - Dámelo. Creo que voy a necesitarlo.

Traian la puso firmemente detrás de él e indicó a Jubal y Gabrielle que se movieran lejos del vampiro. Lo hicieron cuidadosamente. Estaba haciendo horribles ruidos, sus talones abrían profundas grietas en el hielo.

Jubal extendió a su hermana el cuchillo.

- Vámonos de aquí mientras podamos. Creo que no quiero encontrarme con ninguna más de esas cosas.

- Yo estoy fingiendo que nunca me he encontrado con uno. - Dijo Gabrielle firmemente.

Joie observó a Traian atentamente. Parecía estar reuniendo algo invisible en sus manos. Podía sentir la reunión de energía en la cámara. La galería estaba ahora templada, aumentaba el goteo del agua dramáticamente. Entre las palmas de Traian, brilló luz, una luz brillante anaranjada, que emitía calor. Parecía apenas más pequeña que una pelota de baloncesto, la energía se enroscaba e hilaba.

El vampiro gritó de rabia en un intento de levantarse, apuñalaba el aire con sus garras y golpeaba su retorcidas uñas rápidamente llamando. La bola dejó las manos de Traian, arrojándose a través de la cámara para pasar limpiamente a través del pecho del vampiro, dejando tras sí agujero abierto donde había estado el corazón. La criatura se derrumbó en el suelo, desmadejada e inmóvil, un asqueroso hedor invadió la caverna.

- Un pequeño truco muy útil. - Observó Joie. - Tienes que enseñarme a hacerlo.

Traian esbozó una sonrisa pícara.

- Finalmente algo te impresiona.

Un terrible aullido, como es de una jauría de demonios, resonó a través de las cavernas subterráneas, enviando escalofríos por la espina dorsal de Joie.

- Creo que esa es nuestra entrada para salir pitando.

- ¿Podemos escalar?¿Como sabremos donde están? - Preguntó Gabrielle ansiosamente.

- ¿Qué demonios son? - Exigió Jubal.

- Vampiros. - Respondió Traian. - Y vienen a por nosotros. Tenemos que salir de aquí ahora. - Señaló una pequeña abertura en la pared de hielo. - Por aquí. La sellaré detrás de nosotros. No los detendrá, pero los retrasará.

Gabrielle no esperó una segunda invitación. Agarró su mochila, se zambulló en la hendidura y resbaló hacia abajo por el tobogán de hielo. Jubal empezó a decir algo, se lo pensó mejor y la siguió dentro del túnel de hielo.

- En todas nuestras conversaciones , no se te ocurrió mencionar unos pocos hechos pertinentes como que eres una clase peculiar de hombre, al que le gusta la sangre y tiene vampiros y otras criaturas míticas a su alrededor? Podrías haber mencionado, solo una vez, que no estabas contándome agradables historias para dormir sino que era tu modo de vida. ¿No crees que podrías ser importante en el gran esquema de las cosas? - Joie arqueó una ceja hacia Traian.

- Considerando tu temor a estar volviéndote loca. Se me ocurrió que si empezaba a hablarte sobre que los vampiros eran reales y no ficción, podrías acabar suicidándote. - Su sonrisa fue lenta e increíblemente sexy mientras daba un paso atrás para permitirle ir delante. - Necesitarás tu mochila. Podemos estar atrapados aquí la mayor parte de la noche.

El tobogán de hielo era frío después del inesperado calor que Traian había generado en la cámara. Antes de que pudiera desaparecer hacia abajo deslizándose, él la sujetó entre sus brazos, apretándola contra su pecho. Escaló hasta el tobogán, se sentó con ella en el regazo y se empujó dentro del tubo espiral.

CAPITULO 4

Joie se deslizó hacia abajo, hacia el interior de un helado mundo de hielo azul y cristal, sabiendo que él tenía razón. Se habría suicidado ante la mera mención de vampiros.

- Todavía podría. - Murmuró ruidosamente. - No creo que tener un novio que tenga una fijación por morder el cuello sea demasiado sano.

- ¿Novio? - Ella oyó genuina diversión en su voz. - Nunca antes había sido el novio de nadie. - Sepultó su cara en el calor del cuello de ella. - Te dije que no vinieras. No tengo la certeza de conseguir sacar a tu familia de aquí con vida. Hay algo en esta cueva que los vampiros están decididos a encontrar. O proteger.

Sus brazos la mantenían acurrucada contra él, su cuerpo protegía al suyo del frío, de las astillas de hielo y los duros y dentados bordes que pudieran penetrar en el tejido y la piel. Ella se extendió, cogiendo un la gruesa abrazadera cristalina, y deteniendo la bajada hasta que se detuvieron.

- ¿Esta formación no es enteramente natural, verdad, Traian?

Hubo un áspero sonido, guijarros cayeron hacia abajo por el túnel alrededor de ellos. Traian se giró. Joie sintió la oleada de energía, de calor, de poder. Abrió su mente instantáneamente hacia él, inundándole con su fuerza y su energía, compartiendo generosamente todo lo que tenía, todo lo que era. El impulso de hacerlo debería haberla aterrorizado. No lo hizo. Ella le pertenecía. Hombro con hombro. Mente con mente. Estaban conectados de una forma que no podía entender, pero sentía que era lo correcto. Ella no confiaba en la gente, a parte de Gabrielle y Jubal. Era reservada por naturaleza y siempre muy cuidadosa con las relaciones cercanas, a pesar de eso en el momento en que oyó la voz de Traian, en el momento en que posó sus ojos sobre él, incluso cuando pensaba que era una fantasía, había sabido que era de algún modo parte de ella.

Debajo de ellos, oyó a Gabrielle gritar cuando los insectos la alcanzaron. Jubal murmuró suavemente consolándola. Sobre ellos, un grito de rabia y odio anunció que los compañeros del no-muerto habían encontrado el cuerpo sin vida. Traian empezó a canturrear con voz suave, sus manos se movieron rápidamente en un patrón que Joie no fue capaz de seguir, los movimientos era borrosos debido a su increíble velocidad.

- Vamos. - Ordenó,

Y soltó sus manos del agarre para que pudieran deslizarse hacia el fondo.

Podía oír el amenazador crujir del hielo. El tubo sobre sus cabezas estaba agrietado con un patrón de estrías que se extendían rápidamente hacia afuera. En la entrada, el hielo empezaba a caer a grandes trozos, algunos se deslizaban hacia abajo por el tuvo golpeándoles. Traian tomó tierra corriendo, con Joie entre sus brazos.

- ¡Rápido! - Llamó a Jubal y Gabrielle.

El ruido estaba creciendo tras ellos, un gran rugido, un estruendoso trueno mientras el tubo se derrumbaba sobre sí mismo. La tierra tembló bajo sus pies, y un amenazador retumbar emanó de las paredes y el techo que los rodeaban. Jubal cogió la mano de Gabrielle y siguió a Traian en una agotadora carrera a través de la estrecha entrada.

Joie se aferró a Traian, sintiéndose un poco tonta al ser llevada en brazos cuando él estaba tan horriblemente herido, pero el hombre ni siquiera respiraba con dificultad. Afiladas dagas de hielo caían del techo mientras se apresuraban a recorrer el túnel. Varias veces, Traian desvió un misil letal mientras corrían a lo largo del bien marcado camino. Se detuvo abruptamente, Jubal corrió hacia él. Muy lentamente Traian permitió a Joie ponerse sobre sus propios pies. Su brazo permaneció alrededor de ella. Estaban al

borde de un precipicio. Un puente muy estrecho, construido de hielo y piedra, era la única forma de cruzar. Parecía peligrosamente fino en algunos puntos y tenía un agujero obvio en una de las sección.

- ¿De donde demonios ha salido esto? - Exigió Jubal. - Esto no es un puente natural. ¿Quién podría haber excavado algo así?¿Podemos cruzarlo?

Traian lo estudiaba cautelosamente. Sacudió la cabeza.

- Empiezo a temerme que hemos tropezado con una cueva en la que no queríamos entrar. Me temo que este puente es una invitación a la muerte. Una trampa.

Jubal le miró fijamente.

- Si sabes algo, cuéntanoslo.

Cogió la mano de Joie y la empujó lejos de Traian. Ella estaba ya mirando hacia arriba, buscando otra forma de salir.

- Joie, afloja un minuto. - Ordenó Jubal. - No entiendo lo que está pasando aquí, pero puedo decirte algo, este hombre es peligroso. No le conocemos y no necesitamos asociarnos con él. - En realidad estaba empujándola trás de él, y la mirada de sus ojos fríos dejaba claro que estaba preparado para proteger a su hermana de un obvio depredador. - ¿Porque vamos a confiar en su palabra sobre nada?

Traian balanceó la cabeza alrededor, sus ojos brillaban amenazantes. Hubo un silencio. Joie apretó los dedos alrededor de la muñeca de su hermano.

- Creo que podemos hablar de esto en una ocasión más oportuna. Quizás cuando los demonios del infierno no estén dándonos caza.

- ¿Se te ha ocurrido que él es uno de ellos? - Exigió Jubal, mirando hacia Traian. - Bebió tu sangre, Joie. Eso debería decirte algo.

- Le dice que soy diferente. No totalmente humano. El hecho de que no la haya matado... o a ti, ya que estamos... le dice que no soy un vampiro. - Traian habló muy tranquilamente. - No permitiré que ella sufra ningún daño.

Joide hizo un movimiento para pasar a su hermano, pero él la interceptó dando un paso a un lado, permaneciendo entre ella y Traian. Ella le miró.

- ¿Qué pasa contigo?¿No irás a hacerte el macho estúpido conmigo, verdad, Jubal? Te quiero profundamente, pero no puedes ir en serio. ¿No viste esa cosa? Tenemos que salir de aquí y Traian conoce el camino. - Inclinó la barbilla para mirarle. - ¿Conoces el camino, verdad?

Gabrielle deslizó la mano en la de su hermana.

- Tengo miedo, Joie. Tengo el terrible presentimiento de que todos vamos a morir.

- Los vampiros están emitiendo miedo e imágenes de muerte para alimentar tus temores naturales. - Explicó Traian. - A veces cazan en estas cuevas. La red es muy grande y, como podéis ver, no toda naturalmente formada. Intento encontrar lo que están buscando, que lo encuentren no beneficia ni a la raza de los Cárpatos ni a la de los humanos.

Jubal asintió hacia la fila de heridas en el pecho de Traian.

- Has tenido unas cuantas peleas con ellos.

Él asintió.

- Si, y he notado cambios en su comportamiento. Ahora los vampiros están actuando en grupos. Normalmente van por su cuenta, o ocasionalmente un maestro vampiro podría usar a uno de los más nuevos como cebo en sus batallas, pero últimamente parecen organizados.

Jubal se deslizó una mano por el pelo agitado.

- Siento como si estuviera perdiendo la cabeza. Los vampiros son creaciones de Hollywood, criaturas de películas. No son reales. - Miró fijamente, con dificultad hacia

la boca de Traian, intentando ver sus dientes. - Te vi morder el cuello de mi hermana, y lo siento, pero eso te coloca en la categoría de vampiro por lo que a mi concierne. Tú te vas por tu camino y nosotros por el nuestro, y fingiremos que nunca te hemos visto.

La mirada de Traian se deslizó sobre Jubal, sus relucientes ojos tomaron un peculiar brillo rojo. Notó la postura agresiva de Jubal, como apretaba los puños.

- ¿Crees que puedes luchar conmigo? No hay forma de ganar. Soy más poderoso de lo que puedas imaginar, tanto como lo son los vampiros. Todavía no entiendes el peligro en el que estás.

- No parecías tan poderoso tendido allí mientras esa cosa te tomaba para cenar. - Soltó Jubal.

- Un punto a su favor, Traian. - Dijo Joie. - Pero no tenemos tiempo para esto.

Podía oír un ruido acompañando el goteo del agua. Un golpeteo suave, como ramas tropezando unas con otras al viento. La ponía nerviosa.

No hubo advertencia. Un momento antes Traian estaba de pie a la luz de sus cascos, y al siguiente un enorme y peludo lobo negro con un fila de dientes letales estaba en su lugar, con los ojos enfocados amenazadoramente sobre Jubal. Gabrielle gritó y se derrumbó hacia atrás. Jubal se extendió para alcanzarla, arrastrándola lejos del abismo a relativa seguridad junto al animal que gruñía.

Joie rodeó el cuello del lobo con el brazo libre.

- Absolutamente impresionante, pero no es algo que quiera llevarle a casa a mamá. - El corazón estaba latiendole tan ruidosamente que sonaba como un tambor en sus oídos. Incluso su boca estaba seca.

No tienes necesidad de temerme. Nunca te haría daño.

- ¿Por qué crees que tengo miedo de ti? - Exigió Joie - No te temo lo más mínimo. Estoy intentando mantenerte bajo control

Puede tener algo que ver con el cuchillo que estas sujetando contra mi garganta. Dijo Traian casualmente, con una leve diversión en la voz, como si la hoja que presionaba firmemente contra él no le importara lo más mínimo.

Y eso la asustó más que el hecho de que pudiera cambiar de forma para convertirse en un depredador. Bajó la mirada hacia el brazo enroscado alrededor de su cuello. La piel era espesa y suave, y su brazo estaba casi enterrado en ella. Pero podía sentir el mango del cuchillo en su mano. Dejó escapar el aliento y lentamente aflojó el cuchillo de su garganta.

- Solo estaba asegurándome de que estabas prestando atención. - Dijo mientras deslizaba la hoja de vuelta en su funda.

Traian tranquilamente se volvió a transformar a su forma verdadera.

- ¿Cuantas armas llevas encima? Pareces ser un arsenal ambulante

- Tú eres un ársenal ambulante. - Acusó Jubal. - ¿Joie, cómo has podido mezclarte con él? Y obviamente estas hablando con él telepáticamente.

Joie estalló en carcajadas.

- Suenas tan acusador, Jubal. Te conté que estaba hablando con él telepáticamente. Todos lo hacemos. No finjas que es tan raro para nosotros.

- Tenemos que trabajar para lograrlo. - Se quejó Jubal. -Tú pareces comunicarte con él sin esfuerzo.

- Jubal, podemos discutir todo esto más tarde cuando estemos bien lejos de aquí.- Dijo Joie. - Ese ruido de golpeteo me está volviendo loca. No me gusta el ritmo, no es natural.

- Quiero salir de aquí. - Dijo Gabrielle. - Joie, encuéntranos una salida.

Su voz temblaba, y sonaba muy desvalida.

- Vamos a salir. - Dijo Joie con confianza. - Si los dos machotes dejan de golpearse el pecho lo suficiente. - Lanzó un beso a su hermano. - Ya arreglaremos esto.

El goteo del agua era cada vez más insistente. Miró ansiosamente hacia Traian. Algo estaba mal. Él lo sabía. Ella lo sabía.

- Los cojeré a ellos para ayudarles a cruzar y volveré a por ti. - Dijo Traian a Joie. No tenía sentido intentar coger a su compañera primero. Estaba claro que nunca iría sin los otros, y no quería malgastar tiempo discutiendo. Extendió la mano hacia Gabrielle. - Ven conmigo.

Ella no le miró, sino que miró en cambio hacia su hermana.

- ¿Confias en él, Joie?

Joie levantó la mirada hacia Traian, notando las líneas grabadas en esa cara fuerte y eterna. La oscuridad profunda de sus ojos. Ojos viejos. Ojos que habían visto mucho. Era un hombre que había estado solo demasiado tiempo. Estaba mirando a un guerrero. Un hombre de honor. Joie extendió la mano para dejar una caricia a lo largo de su mandíbula con la punta de los dedos. El toque le sacudió. La sacudió a ella. La necesidad se cerró de golpe en su interior, una punzada que le empujaba sacudiendo su existencia. El calor inundó su cuerpo. La electricidad flujó entre ellos, relampagueando y encendiendo sus venas. Comprensión instantánea. Se sonrieron el uno al otro en mutuo entendimiento.

- Confío en él con mi vida, Gabrielle. Más importante aún, confío en él con las vuestras. Por favor ve con él ya. Tengo ese mal presentimientos que siempre tengo cuando estamos en peligro.

Gabrielle tomó la mano de Traian, permitiéndole atraerla hacia él. Todos miraban a Jubal.

- Demonios, Joie, soy tu hermano mayor y el hombre aquí. - Murmuró, sacudiendo la cabeza, pero fue obedientemente al lado de Traian.

Traian se inclinó para coger la barbilla de Joie.

- Volveré inmediatamente. No intentes combatir al enemigo. No deben poner las manos sobre ti. - Había una urgencia subyacente en su voz. Sus oscuros ojos miraban fijamente en a interior. - Mantente a salvo, Joie. Necesito que estés a salvo.

Estaba tomando a su familia para salvarlos por ella, cuando todo en él exigía tomarla a ella primero. Joie entendió su mirada inmediatamente, reconociendo lo difícil que le resultaba hacer lo que era importante para ella a pesar de sí mismo. Había una tormenta de emociones batiéndose en su interior, a pesar de que sus rasgos permanecían tranquilos, Solo sus ojos ardían con intensidad. Con posesión. Con promesas. Con pasión.

Su boca se cerró sobre la de ella, un beso duro que establecía su reclamo.

Ese beso le dijo que quería tenerla y nada se interpondría en su camino. Sintió su cuerpo temblar y saboreó su pasión, saboreó su miedo por ella.

Se apartó bruscamente, levantando a sus hermanos fácilmente, como si no fueran más que niños, transformándose en una criatura alada, medio hombre, medio pájaro, y volando a través del abismo hacia la oscuridad donde ya no pudo verle más.

Joie estaba sola en el lado izquierdo del borde del precipicio con la oscuridad presionando sobre ella. Con el extraño golpeteo rítmico y el goteo del agua. Con el corazón martilleando y la boca seca, se giró hacia el sonido, iluminando con la luz de su casco para ver lo que estaba trás de ella.

En los pequeños confines podía ver el agua goteando al otro lado de la caverna; no era clara, sino de un amarillo lechoso, y se recogía en un charco malholiente. Se movió cautelosamente, colocándose de forma que mantenía un ojo sobre lo que estaba recogiéndose allí. Algo malvado. Algo vivo.

Librodot

El agua ondeó en respuesta a una oscura perturbación bajo la superficie. La piscina se oscureció con una sustancia aceitosa, rebelando dos ojos rojos que brillaban con terrible malevolencia. Un escalofrío bajó por su espina dorsal. El pelo de sus brazos se puso de punta.

Traian. Automáticamente, sin un pensamiento consciente, se extendió hacia él, mostrándole la charca con su macabro secreto.

¡Muévete! Sal de su íinea de visión, Joie.

CAPITULO 5

Joie volvió la vista hacia los llameantes ojos rojos con horror, incapaz de apartar la mirada. Los ojos eran reales, la observaban, alguna terrible aparición que se proponía destruirla. Nunca había visto tanta malicia, un odio tan negro y emanar de ninguna entidad. Su cuerpo se rebeló, enfermó por la maldad que surgía del espeso fango.

Ante la advertencia de Traian, intentó apartar la mirada, pero estaba atrapada, incapaz de romper el contacto visual con las rojas llamas. Sus vías de aéreas empezaron a estrecharse, ahogada por un lazo invisible. Instintivamente sus manos volaron a la garganta como si pudiera encontrar los dedos invisibles que aprisionaban su cuello, pero no había nada allí. Cuando relampaguearon estrellas blancas sobre un fundido en negro, Joie notó aturdida que tenía solo unos preciosos segundos para romper el agarre invisible sobre su garganta. Alcanzó su cuchillo y llevó a cabo un movimiento simple, un tiro dirigido por la pura desesperación.

La hoja se hundió profundamente en el ardiente ojo izquierdo. Inmediatamente el agua burbujeó rezumando rojo y negro y la garra sobre su garganta se relajó, permitiéndole respirar. Un terrible aullido llenó la caverna, asaltando sus oídos. Tropezó alejándose de la venenosa charca, llenando de aire sus pulmones, tosiendo mientras su maltratada garganta protestaba.

Al momento siguiente Traian estaba sujetándola entre sus brazos, su cuerpo se apretaba contra el de ella, sus manos se movían sobre Joie asegurándose a sí mismo que estaba ilesa. Cuando la alzó, ella se apoyó a su fuerza, sin molestarse en fingir que el encuentro no la había agitado. Él se movió rápidamente a través del aire, tan rápido que el aire frío la golpeo en la cara, entumeció sus brazos y arrancó lágrimas de sus ojos. Enterró la cara contra su pecho, permitiéndose unos pocos momentos para recobrarse antes de enfrentarse con sus hermanos.

- Me estás enseñando el significado de la palabra miedo. - Dijo él.

- ¿En serio? Yo pensaba que era al revés. No creo que tu mundo sea el ambiente calmado que una mujer como yo debería disfrutar. - Su voz tembló, avergonzándola.

- Tener valor no significa no tener miedo.

- Cierto, pero nadie tiene que saber que estaba temblando en mis botas. Literalmente.

- Yo no soy nadie. Todavía no puedo creer que seas real. - Dijo suavemente. Sus labios se movieron contra su mejilla, un roce encendido como un aleteo, aunque ella lo sintió todo el camino hasta los dedos de sus pies. Esa pequeña caricia envió sangre apresuradamente a través de sus venas, su corazón saltó; su toque la confortaba como no podía hacerlo nada más.

- Estoy teniendo dificultades para creer que algo de esto es real. - Admitió Joie. - ¿Y que pasa con el lobo? Telepatía, de acuerdo, puedo aceptar eso. Incluso tu pequeño y extraño fetiche con la sangre, pero ¿no crees que transformarse en animales y volar a través del aire podría ir un poco demasiado lejos?

Sus brazos la apretaron posesivamente.

- ¿No disfrutas volando?

- No disfruto con nada cuando no tengo el control completo. Y no tenías que intimidar a mi hermano.

Sus brazos estaban enroscados alrededor de ella, presionando contra la parte inferior de sus pechos.

- No tendrás el control completo cuando te haga el amor, Joie. - Le dijo suavemente.

Ella cerró los ojos hacia el aterciopelado sonido de su voz. El peligro los rodeaba. Su familia estaba cerca. No parecía importar. Era tan consciente de él, su cuerpo dolía con la necesidad. Con el hambre. Con anhelo absoluto. Se sentía al límite y caliente; una terrible presión estaba creciendo en su interior.

Yo me siento igual.

Con frecuencia hablaba con su hermano y su hermana usando la telepatía, un secreto que compartían, pero esto era diferente. Era mucho más. Una intimidad que susurraba sobre noches eróticas y apetitos que nunca se saciarían ¿Por qué?¿Por qué tú?

Soy tu otra mitad. Nos pertenecemos el uno al otro. He estado buscándote por todo el mundo. Esperando por ti durante vidas.

Joie apretó el asidero en su camisa, adentrándose más cerca de su corazón. Ella era una mujer que se conocía bien. Una yonkie de la adrenalina. Una feminista. Una creyente de la justicia. Amaba su vida. Viajando de país en país. Un caso después de otro llevándola al corazón del peligro. Su tiempo de descanso lo pasaba excavando, haciendo rafting o esquiando. No era una mujer que quisiera o necesitara un hombre. No era una mujer que se aferrara a un hombre.

Joie levantó la mirada hacia Traian, la luz del casco brillaba sobre su cara. Este hombre había cambiado toda su existencia para siempre.

- No estoy totalmente segura de aprobarte.

La risa retumbó en su garganta.

- Afortunadamente, tu aprobación no es estrictamente necesaria. Los compañeros simplemente son. No tenemos elección en este asunto. Somos como dos imanes que no pueden separarse.

- Genial. No sé nada sobre ti excepto que no puedo llevarte a casa de mis padres. Mi familia es muy reservada, a propósito.

Él la puso cuidadosamente en tierra firme. Jubal y Gabriel se apresuraron hacia ella, rodeándola con sus brazos y apretándola firmemente.

- No lo había notado. - Dijo Traian divertido. - No estamos a salvo. Tenemos que mantenernos en movimiento.

- Espera, Traian. - Objetó Jubal. - Encontramos algo. Algo realmente importante. Dijiste que esos vampiros estaban cazando algo. Tienes que echar un vistazo a esto. Nunca había visto nada parecido.

Traian no había renunciado a la mano de Joie, incluso cuando sus hermanos la arrastraron entre sus brazos.

Ella se sentía un poco tonta dándole la mano... en realidad nunca lo había hecho, ni siquiera en el instituto. Pero había algo cálido y confortable, algo extraordinario en estar cerca de Traian.

- Puedes llevarme a casa de tus padres. - Le dijo suave y honestamente, mientras seguía a Jubal y Gabrielle a través de la estrecha entrada. - Nunca te avergonzaría, o los asustaría. Quiero conocerlos. Cualquiera que sea importante para ti es importante para mí.

Joie intentó evitar que su corazón se volviera loco. No era una jovencita, sino una mujer totalmente adulta. Un hombre no tendría que tener semejante efecto sobre ella, ni siquiera él. Había honestidad en su voz. Una sinceridad tan simple que la sacudió. No sabía nada sobre él, ni siquiera quien era realmente, aunque lo sabía todo. Sabía la clase de hombre que era. El conocimiento era instintivo, era lo único que sabía con certeza.

- ¿Dónde está tu familia? - Preguntó ella.

- Sólo tengo a mi gente. Mi principe. - Sus ojos brillaron con un negro profundo a la luz suave de las luces de los cascos. - Tú eres mi familia. Tu hermano y tu hermana

se han convertido en mi familia. - Arqueó una ceja hacia ella. - Y acabamos de conocernos. Un concepto muy extraño para ti, pero completamente natural para mí. Los compañeros son dos personas que se conocen y necesitan estar juntos, dos mitades del mismo todo. Encontrar una compañera es lo que todo hombre Cárpato sueña y anhela y por lo que lucha para mantener nuestro mundo unido, aunque pocos de nosotros conseguimos alcanzar tal tesoro. Nunca pensé experimentar un evento tan explosivo.

- ¿Estás defraudado por que no soy lo que pensabas que sería?

Traian bajó la mirada hacia ella.

- Todavía no comprendes el concepto de compañero. Estoy sorprendido e incluso asustado por la idea de una compañera humana, pero nunca podría sentirme defraudado por ti. Estamos hechos el uno para el otro. Nos completamos el uno al otro. Eres fascinante para mí. Siempre lo serás.

Joie se apresuró a alcanzar a sus hermanos, no queriendo que Traian viera la sonrisa complacida que no podría esconder. Jubal se giró hacia un nicho poco profundo en la pared, dirigiendo su luz al interior del hielo. Hubo un súbito silencio mientras todos ellos contenían el aliento. La criatura capturada en el hielo era grande, una bestia enorme con escañas que cubrían su cuerpo, una cabeza en forma de cuña, un cuello de serpiente, y una larga cola que terminaba en una púa afilada. Las alas estaban plagadas a lo largo del cuerpo. Tenía afiladas garras para raspar y rasgar. Un ojo estaba abierto de par un par y los miraba fijamente a través de la gruesa pared de hielo.

Joie dejó escapar el aliento lentamente.

- Esto no es dinosaurio.

- Tiene que ser. - Dijo Gabrielle. - No puede ser un dragón. No me digas que es un dragón. - Miró fijamente a Traian. - No hay vampiros. Tú no puedes cambiar de forma, y no hay dragones. El aire es malo aquí abajo y tenemos todos una alucinación colectiva. Nada de esto puede ser.

- ¿Es real, Traian? - Preguntó Jubal. Había temor, e incluso reverencia en su voz.

- Si, es real. No tenía ni idea de que estaba aquí abajo.

- ¿Crees que esto es lo que los vampiros están buscando? - Preguntó Joie.

Traian sacudió la cabeza.

- No tienen interés en los restos de un dragón. Pero esta es definitivamente una cueva usada por magos. Lo sospechaba. Podría ser una mina de oro de información para nuestra gente. Los magos tenían increíbles poderes y conocimientos. Sería aterrador pensar que los vampiros pudieran hacerse con cualquiera de los poderes que manejaban los magos. No toquéis nada. Debemos ser muy cuidadosos aquí. Los magos usaban hechizos y trampas para guardar lo que les pertenecía.

- Eso es lo que querías decir cuando mencionaste que el puente podía ser una trampa. Pensabas que los magos lo habían hecho. - Dijo Jubal.

Gabrielle levantó la mano.

- Estamos hablando de cosas que se encuentran en los libros de fantasía. Leyendas. Mitos. Nunca ha habido ninguna evidencia de la existencia de dragones. Ni aún cuando los dinosaurios vagaban por la tierra. - Extendió la mano para tocar a su hermana. - ¿Joie?¿tú te crees esto?¿Crees a este hombre? Vuela a través del aire. Se transforma en un lobo. Puede hablar contigo telepáticamente. Tomó tu sangre como lo haría un vampiro. - Había una suplica en su voz.

Traian empujó a Joie más cerca de él. Era muy consciente de la influencia de Gabrielle sobre Joie. Podía leer fácilmente la mente de su compañera, del mismo modo que podía recoger los pensamientos de sus hermanos. Joie amaba a su hermana y hermano y sacrificaría de buena gana su propia felicidad por ellos si fuera necesario.

Joie sentió la posesividad en el toque de Traian, sintió el roce de su mente en la suya. Le sonrió con convicción. Al mismo tiempo, alcanzó la mano de Gabrielle.

- La única cosa que importa es la familia. Y más que nada, queremos que cada uno de los otros sea feliz. - Explicó a Traian. - Sé lo que estoy haciendo, Gabrielle. Sabes que siempre confío en mis instintos. Sé que esto es lo correcto. No entiendo nada, pero quizás he estado preparándome para esto toda mi vida. Encajo con él. Tienes razón, no le conozco todavía, pero encajo con él. - Se frotó la cara, manchándosela de barro. - Tonto, pero auténtico.

Juval gimió.

- Joie, nunca pensé que te pusieras totalmente blanda y romántica con nosotros.

Gabrielle intercambió una larga mirada con Jubal y se giró hacia Joie.

- Bueno, supongo que tu vida con él siempre será interesante.

- Mis hermanas ya me han puesto el pelo gris. No sobreviviré a Traian rondando alrededor, aullando a la luna, y mordiendo el cuello de Joie. Y, para que quede claro, mantente alejado de mí, Traian. Tener a un mordisco de mujer mi cuello sería espeluznante, quizás, pero podría manejarlo. Tener un mordisco de un hombre en mi cuello está fuera de cuestión. - Dijo Jubal secamente.

- Ay, eso duele, Jubal. - Dijo Traian. - Realmente estaba esperando un bocado luego.

Se inclinó hacia abajo para acariciar la parte alta de la cabeza de Joie con su barbilla. Tenía que tocarla, recordarse a sí mismo que era real. Incluso cuando estaba hablando telepáticamente mientras investigaba el complejo de cuevas cuando los vampiros estaban frenéticos buscando, casi creía que la había imaginado.

Gabrielle consiguió sonreír.

- Bueno, encaja en nuestra rara familia, Joie. No puedo esperar a ver la reacción de mamá y papá.

- Necesito sellar este área, eso reducirá la velocidad de los vampiros, y sacaros a todos de esta cueva. - Dijo Traian.

- No estoy tan ansiosa por salir. - Respondió Joie, estudiando el enorme cuerpo del dragón. - Esto es un tesoro. Debe haber otras cosas fascinantes aquí abajo.

- Estás siendo cazada. - Dijo Traian severamente. - Voy a sacarte de aquí ahora. Volveré después y buscaré lo que los vampiros desean tanto.

- Cuando estés solo. - Dijo Joie.

- Cuando esté solo. - Confirmó Traian. Les urgió a atravesar la estrecha entrada. - No debéis tocar nada, no importa lo invitador que parezca. - Añadió como precaución.

Jugal miró hacia Joie.

- No es normal que estés de acuerdo en quedarte atrás. ¿Estás segura de que no te tiene bajo un hechizo? - Gimió. - Eso suena tan melodramático y estúpido. No puedo creer que lo haya dicho.

- Soy una profesional, Jubal, y no necesito apuntarme un tanto. Esta es su área de especialización, no la mía.

La entrada se abrió a una galería. Altas columnas de estilo gótico estaban esculpidas en las paredes. El alto techo de catedral era impresionante. Pilares de hielo y cristal formaban dos filas bajando la habitación, cada uno sujetando varios globos redondos de variados colores. Joie escudriñó en el interior del más grande, de un zafiro natural azul lechoso. Mientras lo miraba fijamente, el color ahondó, se oscureció, empezó a arremolinarse con alarmante velocidad. Hipnotizada, se movió acercándose. El suelo bajo ella se inclinó y ondeó. Se sintió empujada, dirigida, como si la esfera la llamara.

Traian dio una palmada ante sus ojos y la empujó lejos del globo.

- No los miréis. Gabrielle, aléjate de ahí. - Había urgencia en su tono normalmente calmado. - Jubal, mantenla cerca de ti. Puedo sentir el aura de poder de todos estos objetos. Hasta que sepamos que son, necesitamos mantenernos a distancia.

Joie estaba aturdida por lo rápidamente que había caído bajo la influencia del globo.

- Pensaba que los magos eran buenos.

- El poder absoluto corrompe. Es algo que uno aprende cuando mide la vida en tramos de cientos de años. - Traian se colocó cerca de Joie, manteniendo su cuerpo entre ella y los altos pilares.

Joie rió.

- No dejes que Jubal o Gabrielle te oigan decir eso. Si les cuentas que has vivido durante varios cientos de años podrían cambiar de idea sobre nosotros.

- Ya lo he oído. - Dijo Jubal. Estaba caminando justo al lado de Gabrielle, empujándola a través de la larga y amplia habitación. Había cristalinas estructuras de cristal de criaturas míticas. Pequeñas pirámides rojas de piedra estaban colocadas en arcos cincelados en las paredes. Era difícil no mirar fijamente las gemas y extraños objetos que los rodeaban, pero Traian estaba obviamente preocupado por su seguridad, y ellos eran también conscientes de las criaturas mortales que los seguían.

Una profunda explosión sacudió la red de cavernas. Se detuvieron al momento y miraron fijamente hacia la sólida pared delante de ellos.

- Tiene que haber una salida. - Dijo Traian. - Los magos no podían transformarse o volar. Eran más parecidos a vosotros. Debe haber una abertura que lleve a la superficie.

- Tenemos nuestro equipo. - Señaló Joie. - Podemos usarlo para escalar.

- No con vampiros pisándonos los talones. Ellos no necesitan equipo de escalada. Pueden usar el aire para perseguirte. Cayeron en la trampa que puse para ellos y estarán ocupados bajo un deslizamiento de barro, pero solo los retrasará. Buscad algo que no parezca estar bien. Habrá un vestíbulo que conduzca hacia arriba a la entrada.

- Como las rocas fuera de la cueva. El esquema estaba todo mal. - Dijo Joie. - Jubal, tú eres bueno con los esquemas. Búscanos la abertura, y rápido. Jubal es bastante infame en nuestra familia por su mente matemática. - Dijo a Traian.

- Puede ver un patrón en casi todo. Así es como gana todo su dinero.

Podían oír el rasgar, un terrible sonido amplificado por la acústica de la cavernosa habitación. Grandes garras excavaban la tierra, arallando para llegar hasta ellos. Se desplegaron, caminando a lo largo de la pared, examinando cuidadosamente cada superficie. Todo mientras seguín escuchando a los vampiros excavando un túnel furiosamente a través del barro y el hielo. El sonido se hacía más ruidoso y cercano, y Traian retrocedió, enfrentando la pared por donde las criaturas estaban a punto de irrumpir.

- ¡Lo tengo! - Dijo Jubal triunfantemente. - Estábamos esperando subir, pero no bajar. El suelo. ¿Ves el esquema en el suelo, Joie?

- Ábrelo. - Dijo Traian concisamente, sin mirar, su atención se centraba completamente en la pared más alejada.

Jubal estudió los patrones de cuadrados, pirámides y estrellas de piedra bajo las capas de hielo barroso. En el centro de cada símbolo había jeroglíficos, figuras talladas en cada piedra. Caminó sobre varios, tomándose su tiempo, eligiendo cada piedra cuidadosamente, siguiendo el esquema que podía ver extendido ante él.

Al fin una gran piedra se deslizó a un lado revelando escalones excavados en el hielo. Jubal dudó

- ¿Estás seguro de que este es el camino?

- Tiene que ser el camino. - Dijo Traian. - Coge a tus hermanas y vete.

Jubal era cauto, dirigió su luz hacia abajo por los estrechos escalones. Las escaleras parecían ser un puente sobre un oscuro e insondable abismo.

- Es otro puente, Traian. ¿Debo confiar en él?

- Tienes que hacerlo. Debe ser el camino de salida.

Jubal tomó un profundo aliento y caminó sobre el primer escalón, lo encontró sólido y extendió la mano hacia atrás para ayudar a Gabrielle.

- Apresúrate, Joie.

- Ven con nosotros, Traian. - Suplicó Joie.

El agua chorreó en una oscura y barrosa oleada desde el otro lado de la habitación. Los insectos entraron a raudales en la galería. La pared a la derecha de Traian se derrumbó en una charca que rezumaba lodo oscuro.

Dos criaturas horrorosas flotaron sobre el suelo de la cámara, abominaciones en la perfección de cristal de la habitación. Flacos y cadavéricos, estaban cubiertos de negra suciedad. Desnudando sus dentados y largos dientes, miraron hacia Traian con los llameantes ojos rojos llenos de odio venenoso.

CAPITULO 6

- Gabrielle, corre. - Urgió Joie. El miedo se abrió paso hacia sus entrañas, pero se quedó atrás para proteger a sus hermanos. - Jubal, vamos, no mires atrás.

Permanecería siempre entre sus hermanos y el peligro. Y no podía dejar a Traian. No le dejaría. No dejaría que se enfrentara a esos horribles monstruos por su cuenta. No le importaba que clamara que había cazado vampiros toda su vida, era incapaz de abandonar a nadie para que se enfrentara al peligro solo. Y de alguna forma, Traian estaba conectado a ella. Era parte de su sangre y sus huesos. De su corazón y su alma. Se quedaría con él.

Jubal agarró la mano de Gabrielle y tiró de ella bajando las escaleras en una carrera para salvar sus vidas. Detrás de él, la gruesa losa de piedra se deslizó de vuelta a su lugar, encerrando a Joie en la caverna sobre ellos. Estaba agradecida y aliviada de que su hermano la conociera lo bastante como para no malgastar un tiempo precioso discutiendo y sabía que podía contar con él para proteger a Gabrielle.

Sus dos cuchillos se habían esfumado. Joie siempre llevaba dos, pero los había usado ambos, uno con el vampiro que se alimentaba de Traian, el otro con el ojo de la charca. Se mantuvo a distancia de Traian, dejándole espacio para luchar. Podía saborear el miedo en su boca. No tenía pistola, ni cuchillo. Mi cinturón negro de cuarto dan no parece prometedor considerando que esas asquerosas cosas tienen garras amenazadoras y bocas llenas de dientes de tiburón. Podríamos usar una pistola o dos. Quizás una ametralladora.

Mantente cerca de mí. Te quiero donde pueda protegerte. Pueden mover la tierra, hacer que lluevan proyectiles desde el techo. No lucharan del modo en que tú esperas. Traian nunca antes había tenido en realidad experiencia con el miedo que retorcía las entrañas y calaba en los huesos. Nunca había tenido nada que perder. Ahora lo tenía todo. Una mujer cuya mente funcionaba con la suya, cuyo cuerpo todavía no conocía íntimamente.

He captado eso.

Por alguna razón esas simples palabras hicieron que se relajara, deseando sonreír. Joie no sucumbía al pánico fácilmente. No le faltaba valor y estaba dispuesta a luchar a su lado. No iba a desmayarse porque los vampiros fueran reales y hubieran venido con ideas de venganza y muerte en la cabeza.

No cuentes con eso. Su retorcido sentido del humor le dijo que estaba como una sombra en su mente, buscando una estrategia para derrotar al enemigo. Si consiguen ponerme las manos encima, estaré tentada a desmayarme. ¿Cuál es su mayor debilidad?

El ego.

Joie tomó un profundo aliento mientras las criaturas lentamente se estiraban en toda su impresionante altura. Ardía fuego en sus ojos. Un hedor sucio penetró en la caverna, ahogando totalmente el aire fresco y limpio y reemplazándolo por una pútrida sustancia espesa.

¿Cuál es el más fuerte?

Traian notó su calma. Aceptaba que tendrían que luchar para salir. Habiendo luchado con los mismos vampiros en tres ocasiones, Traian era bien consciente de sus fuerzas y sus capacidades. El de los incisivos sobre el labio inferior es extremadamente poderoso. Se llama Valenteen y es un maestro vampiro. El otro se llama Shafe. Puede haber más, así que estate muy alerta.

Bueno, demonios, y yo aquí esperando que podría echarme una siesta.

Traian se esforzó por mantener la cara inmóvil. Incluso en su desesperada situación, Joie podía hacerle saber como se sentía. Estaba preocupado por como podrías ser.

Joie golpeo con el pie.

- Si son los hermanos del troll. ¿Cómo estáis?¿Simplemente dejándoos caer por el vecindario? Me alegro de que no os molestarais en vestir formalmente. Solo estamos celebrando una pequeña reunión. - Deliberadamente camino cruzando los esquemas de piedra del suelo, manteniendo su atención centrada en ella. - Estábamos redecorando ¿Qué creéis?¿Demasiadas bolas de cristal? - Señaló a la más grande, de casi treinta centímetros de alto, que descansaba sobre un alto pilar de obsidiana negra. - Son muy valiosas. Puedes ver el futuro en ellas. Esta contesta preguntas y encuentra objetos. - Extendió la mano como si fuera a dar un golpecito a la lisa esfera.

Joie era totalmente consciente de que Traian mantenía su cuerpo entre ella y los vampiros. Las dos criaturas estaban de pie en un remolido de vapor y niebla, cubiertas de un rezumante negro. En el momento en que mencionó las esferas, miraron con ojos ávidos hacia el globo.

Sorprendentemente, Joie sintió un calor moderado a lo largo de su palma cuando la colocó sobre la bola.. El cristal había vuelto a la vida ante la proximidad de su mano. Durante un momento eterno, vio su propia cara retorciéndose en la niebla del globo, vio a Traian de pie tras ella, extendiéndose hacia ella, con amor grabado en cada línea de su cara, con hambre y deseo ardiendo en las profundidades de sus ojos. No podía apartar la mirada de él, de la intensidad de su amor. No podía sentirse de esa forma con respecto a ella, ¿verdad? No la conocía. ¿Como podían dos personas sentirse tan atraídas lo una por la otra, reconocer el amor tan rápidamente?

Aléjate de esa cosa.

Joie parpadeó, alzando la mirada. Blancos remolinos de niebla estaban llenando la caverna, consumiendo a Traian. Consumiéndola. En los pantanos de niebla, algo se movía. Algo oscuro y amenazador. Captó un vistazo de otra forma en las sombras enroscándose protectoramente alrededor de un objeto, pero no podía hacer nada con la blanca niebla y las sombras grises que emergían juntas. Una sombra oscura se cernió sobre Train.

¡Cuidado! Le agarró. Empujándole a un lado. Su impulso los llevó a ambos lejos de los vampiros y cerca de la pared exterior de la cueva. Una colección de armas adornaba el nicho más cercano. Gemas relucientes decoraban cuchillos amenazadores, largas lanzas y espadas. Allí estaba virtualmente un tesoro a la medida para Joie. Se lanzó hacia las armas, aunque algo la retuvo, alguna fina vibración de su sistema de alarma que la incitó a poner las manos a la espalda e ignorarlas.

Traian serenamente consideró la sombra negra que estaba emergiendo de la niebla de la caverna.

- La justicia ha llegado, Valenteen. - Dijo al maestro vampiro. - Un guerrero de la sombra se ha despertado y busca nuestras muertes. ¿Luchamos el uno con el otro?

Valenteen gruño bruscamente, sacudiendo la cabeza, alejándose de la gran criatura humeante que emergía de las sombras.

Joie retorció los dedos en la espalda de la camisa de Traian, espiando alrededor de él hacia la cosa que había identificado como un guerrero de la sombra. Era insustancial, formado de humo negro y gris en movimiento. Sus ojos brillaron de un rojo asustadizo, no como los ojos sangrientos de los vampiros, pero con una llama ardiente brillando fieramente.

No me importaría despertarme ahora.

Traian extendió la mano a su espalda, rodeándole la muñeca desnuda con los dedos. Gentilmente. Apenas allí. Pero el leve contacto, aún así fue suficiente. Estaban juntos. Era todo lo que importaba. Él la protegería del guerrero, de los vampiros.

¿Puedes salir de aquí por tu cuenta? Repentinamente se le ocurrió que él podía transformarse, quizás volverse insustancial como la niebla. Tal vez incluso excavar a través de la tierra y el hielo como habían hecho los vampiros.

El vampiro se disolvió, dejando tras él un charco de barro negro. Burbujeó y salpicó un brebaje venenoso hacia el guerrero de la sombra. Joie jadeó. Se hizo un extraño silencio. Una helada ráfaga de aire limpió el hedor de la cámara y empujó a la humeante criatura lejos de Traian y Joie.

Poco importa si puedo. Nunca te dejaría atrás.

Su voz era tranquilizante. Calmante. Constante. Confiable.

Jubal y Gabrielle están todavía en las cuevas. Jubal estará apresurándose a encontrar el camino de ascenso hacia la entrada. Es un buen espeleólogo, pero si van tras él... Mis hermanos no pueden protegerse por sí mismo de los vampiros.

Los dos vampiros se han quedado en esta habitación. No saldrán ni se moverán para no hacer notar su presencia al guerrero. No siento a ningún otro cerca. El guerrero de las sombras no ha atacado porque no hemos tocado nada. Si llamamos su atención, o cogemos algo que los magos hayan dejado atrás, golpeará.

Murmullos de voces. Llenando la cámara de tentaciones. Antes de saber lo que estaba haciendo. Los dedos de Joie estaban cerca de cerrarse alrededor de un cuchillo con una amenazadora hoja curva. La llamaba. Su palma picaba por sentir el arma en su mano. Cerró el puño, resistiendo la tentación. Las voces incrementaron su fuerza. Miró hacia las esferas, las vio todas activas, los colores claros se retorcían con vida, con matices más oscuros y chispeantes gemas.

Traian le sujetó las dos manos entres las suyas. Habla conmigo. Cuéntame de ti. Cualquier cosa que puedas pensar. Mírame sólo a mí. Mírame a los ojos. Me ves. Solo a mí

Sus manos eran mucho más grandes que las de ellas, envolviéndolas. Cuando ella obedientemente apartó la mirada de las dagas y cuchillos enjoyados, quedó atrapada en las negras profundidades de la mirada de Traian. El mundo se encogió para ella.

Alrededor de ellos, el humo y la niebla flotaban hacia arriba desde el suelo, creando un mundo entre nubes donde murmuraban voces, las palabras de una antigua lengua, áspera, todavía no impura, todavía no dominante. Los colores pulsaban en la habitación, estandartes luminosos desde las esferas, que estaban vivas con calor y energía.

Mírame solo a mí. Reiteró Traian cuando intentó volver la cabeza hacia las vibrantes luces. Es una trampa. Piensa en mí. Déjame decirte quien soy, que soy. Que necesito y deseo. Quiero saberlo todo sobre ti y tu familia. Háblame. Cuéntame quien eres realmente, que representas. Cuéntame que necesitas y deseas.

Su voz era hipnotizadora, arrastrándose hacia su corazón cuando ella pensaba que debía ser solo atracción física. Era sin duda el hombre más sexy que había conocido nunca. Estaban en peligro mortal. Había vampiros rondando por algún lugar en la habitación, esperando el momento de atacar. Un guerrero había vuelto a la vida desde las sombras guardando tesoros de siglos de antigüedad en un mundo de hechicería, aún así Joie estaba fascinada por el hombre que tenía delante. Has perdido el juicio.

Mi juicio está perfectamente.

Sonrió, un relámpago de deslumbrantes dientes blancos. Ella casi dejó de respirar.

Sabes que trabajo de guardaespaldas.

Estúpida profesión, colocar tu precioso cuerpo entre cualquier otro y el peligro.

Ella rió suavemente en su mente. Traian sintió el pulso vibrante a través de su cuerpo, tocándole en lugares que había olvidado hacía largo tiempo.

Has pasado el equivalente a varias vidas cazando vampiros. Estoy captando recuerdos muy interesantes en tu mente, a menos que te hayas pasado toda tu vida viendo películas de Drácula. Creo que has colocado tu precioso y muy sexy cuerpo entre el peligro y la gente muchas veces. Y no digas que eres un hombre y que eso lo hace diferente. Me molestaría en serio.

Gruñidos de odio se mezclaban con insidiosos cuchicheos. El vampiro más pequeño, el que Traian había identificado como Shafe, emergió del barro negro, siseando y escupiendo, arrastrándose cruzando el suelo sobre su barriga. Sus garras marcaron la tierra cuando intentó detenerse a sí mismo, evitar contestar los requerimientos. Sus ojos estaban fijos en la más grande de las bolas de cristal.

Incluso con los embriagadores ojos de Traian y su hipnótica voz, era casi imposible para Joie ignorar el drama que estaba teniendo lugar en el interior de la arremolinada niebla de la cueva. Las voces eran insistentes, canturreando con un ritmo firme, conduciendo al vampiro hacia el reluciente cristal. La codicia y el miedo se reflejaban en la cara de la criatura mientras se acercaba más y más. Mientras tanto, la sombra oscura del guerrero, el guardian de los tesoros de los magos, observaba desapasionadamente.

Joie se estremeció. El miedo era una entidad vida que respiraba estrangulándola. Algunas veces, a través de la creciente niebla que surgía del suelo de piedra, podía apreciar la armadura del guerrero; otras veces era tan insustancial como las nubes.

Train empujó a Joie entre sus brazos, arrastrándola firmemente contra su pecho. Sus movimientos eran deliberadamente lentos, cuidadosos, evitando llamar la atención del guerrero sobre ellos.

Vamos a flotar hacia arriba, Joie, simplemente flotaremos hacia el techo sobre nosotros.

Ella tuvo miedo. Luchar contra adversarios humanos era una cosa; enfrentarse a vampiros y guerreros hechos de humo y sombra era algo totalmente distinto. Deslizó la palma de su mano hacia arriba por el pecho de Traian, la sólida pared de carne y sangre la tranquilizó. Su brazo se enroscó alrededor del cuello. Cerro sus dedos allí, apretando el cuerpo firmemente contra el suyo. Su cuerpo enormemente masculino era duro como un roble. No había palabras para definir los músculos bajo su piel. Sintió sus pies abandonar el suelo y cerró los ojos, elevando una rápida oración.

Train observó al guerrero. Luces de colores vibraban a través de la cueva, iluminando la niebla haciendo que pareciera que había criaturas moviéndose en su interior. Fantasmas de magos, perdidos largo tiempo atrás. Apretó sus brazos alrededor de Joie. Encajaba perfectamente con él, su mente estaba cómoda en la suya, extrayendo conocimiento y estudiando tácticas. Podía sentirla allí, en su interior, compartiendo sus recuerdos y recogiendo información de sus batallas con vampiros, totalmente preparada para unirse a él cuando fuera necesario.

Más que nada, quería que ella le conociera como hombre. Quería tiempo con ella. Quería oírla reír, ver la calidez y aceptación en sus ojos como había imaginado durante sus charlas a larga distancia. Y quería alejarla del peligro. Las cosas iban a ocurrir rápida y ferozmente. Se concentró en una cosa. Mantener a Joie a salvo.

Flotaron más alto en la caverna, y Traian nubló su imagen con más neblina, más humo, para que parecieran parte de niebla. Cuidó de que sus movimientos fueran lentos, perezosos, y tan naturales como fuera posible, para que nada activara los instintos del guerrero.

La criatura de las sombras estaba inmóvil, incluso mientras el humo que formaba su cuerpo de retorcía y enroscaba en oscuras hilachas. Sus fieros ojos permanecían fijos sobre el vampiro que se arrastraba hacia la tentación del pulsante orbe de cristal. Shage se acercó más y más, extendiendo la mano hacia las visiones y promesas de riqueza y poder que se arremolinaban dentro del globo.

Triunfantemente el vampiro colocó sus palmas alrededor del llamativo cristal. En el momento en que tocó el globo, el guerrero de las sombras echó hacia atrás la cabeza y rugió. Durante un breve momento el humo alrededor se aclaró. Estaba en pie alto y erguido, vestido con una reluciente armadura de múltiples capas. Y entonces volvió el humo de nuevo, apresurándose a través de la amplia extensión del suelo, sin tocar el suelo.

Valenteen, el vampiro más viejo, surgió de la charca negra, cambiando a la forma de una serpiente. Se deslizó hacia la pared más cercana y empezó a excavar en la tierra. Joie se esforzó para mirar abajo, para ver al guerrero de las sombras mientras se lanzaba hacia el no-muerto que sujetaba la bola de cristal.

Tu luz. Apágala.

Su corazón saltó. Necesitamos la luz.

Veo bien en la oscuridad. Queremos escapar de esta cámara. Puedo llevarte a través de la salida de aire y no quiero llamar la atención del guerrero.

Cuando apagaba la luz, Shafe gritó espantosamente. Brillaron colores en la creciente neblina. Una mancha roja como la sangre empezó a invadir lentamente la niebla humeante. Se extendió como un virus. Una violenta explosión de luz y sonido se unió a la voz del vampiro que chillaba y aullaba hasta que Joie enterró la cara en el cuello de Traian.

Estaba temblando. Sus intestinos se anudaron.

Estamos casi fuera. No mires. Esto es una trampa y la sellaremos para que nadie más la encuentre.

Joie suspiró y le abrazó con firmeza. Esas no son buenas noticias. Suena como si los problemas Estás pensando que volverás mañana por la noche y encontrarás lo que los vampiros están buscando.

Tengo que encontrarlo. He estado en estas cuevas varias semanas, luchando con los vampiros una y otra vez. Destruyendo a más de uno, aunque se quedan. Esto es altamente inusual y me preocupa. Peor todavía es el hecho de que Valenteen no era el único maestro. Había otro en el grupo, Gallent. Fui capaz, después de varias batallas, de destruirle, pero estaba claramente con este grupo. Y sentí a otro...

Llegan en manadas. Sería mejor que buscáramos en Internet un sitio llamado "vampiros del mundo unidos".

Sobre su cabeza, él sonrió. No se me ha ocurrido probar ahí, pero si encontramos tal cosa, ¿te ofreces voluntaria para infiltrarte?

Soltó un pequeño gruñido de disentimiento y golpeó fuerte su hombro.

La salida de aire era estrecha, pero él manipuló sus cuerpos hasta que resbalaron a través, llevándolos a los niveles superiores. Tan pronto como sintió el suelo bajo sus pies, volvió a encender la luz, cogiéndole de la mano y corriendo a través del túnel hacia la entrada.

Valenteen no nos está siguiendo. Aunque es un maestro vampiro, no intentará luchar conmigo sólo.

Sus palabras la detuvieron. Joie quería asegurarse de que Jubal y Gabrielle habían conseguido ponerse a salto, pero la idea de que una criatura tan horrible y letal como un vampiro luchara con Traian a solas era aterradora. ¿Qué sabía de él, después

de todo? Era una voz que hablaba con ella en la noche. Un hombre que bebía sangre y cambiaba de forma.

- Soy un hombre de honor. Un hombre que ha encontrado a una mujer. La única mujer. - Puso una mano gentil sobre su hombro. - Sé que todo ha pasado demasiado rápido y no confías del todo en ello.

- Si no lo pienso, confío, y eso me asusta, Traian. No soy una persona particularmente confiada. Todo este tiempo pensaba que lo tenía todo bajo control. Te rescaté. Pero ahora estás diciendo que esas criaturas no te atacarán mientras estén solos.

- Soy un cazador ancestral. He sido puesto a prueba en la batalla durante más años de los que puedo recordar. Conozco las artimañas de los vampiros y tengo mucha experiencia en lo que hago.

No había arrogancia o valentía en su voz, solo aceptación y certeza.

- ¿Y esos vampiros?

- No deberían haber estado juntos. No deberían estar aquí, en las Montañas de los Cárpatos, tan cerca de nuestro principe y tantos de nuestros hombres. Estaba volviendo a mi tierra natal cuando me encontré con ellos. Sabía que estaban desesperados por encontrar algo en la cueva. A pesar del riesgo de enfrentarme contra tantos, era mi obligación para con mi gente quedarme y descubrir lo que estaban buscando. Incluso después de que me encontraras y reconociera quien eres, me quedé porque los vampiros estaban frenéticos por encontrar algo. No tenía ni idea de que esta era una cueva de magos.

- ¿Y qué significan los magos para los vampiros? Sé lo que significarían para los humanos. La mayoría de nosotros no cree en realidad en cuentos de hadas sobre magos y bolas de cristal. Y dragones. Eso fue genial, a propósito.

- Viste las esferas en la habitación. Antiguos hechizos y poder permanecían en ellas. No queremos que los vampiros, o cualquier otro, ya que estamos, consiga poner sus manos sobre cosas que estarían mejor guardadas. Los Cárpatos son de la Tierra. Tenemos dones, pero no utilizamos el poder de la misma forma que lo hacían los magos.

- ¿Es posible que alguno de ellos esté todavía vivo?

- Podría creerlo. Al menos creería que alguno de sus descendientes permanecen y han retenido su conocimiento, o al menos una parte de él.

Joie suspiró.

- Encantadora idea. Cualquiera que creara ese guerrero de las sombras no va a estar entre mis mejores amigos.

- Ni entre los míos.

Joie le siguió a través de la larga entrada, sin fijarse en la belleza y la magnificencia que la rodeaba como normalmente haría. Daba vueltas a la información en su mente.

- Creciste hace mucho tiempo.

Él le sonrió, sus dientes relucieron a la luz del casco.

- Bueno, sí. He vivido durante siglos. Apenas recuerdo a mis padres ya. - Su sonrisa desapareció. - El recuerdo de mis días de infancia se ha marchitado. Capto retazos a veces. Recuerdo los años justo antes de dejar mi tierra natal. La forma en la que el principe nos miró a todos. Vi en sus ojos. Su propia muerte, el declive de nuestra gente, su temor por todos los guerreros que estaba enviando lejos del hogar. Nuestras mujeres eran pocas, incluso entonces su número se estaba reduciendo. Pero después nos unimos con humanas. Ahora cuidamos de nosotros mismos e intentamos mezclarnos.

Ella escuchó el sonido de su voz y oyó el dolor que corría debajo. En su mente vio las batallas, algunas veces con amigos de la infancia. Vio sus demonios internos, los

insidiosos susurros de poder, la oscura manta que se extendía lentamente sobre él, llamándole. Y estaba siempre solo. En cada recuerdo, estaba siempre solo. Joie quería confortarle. Cogió su mano, entrelazando sus dedos con los de él. Pretendía que fuera un gesto breve, pero él afirmó su apretón.

- Yo crecí de forma muy distinta. - Dijo ella, agachando la cabeza para evitar una gran formación de cristal. - Muy familia es muy amorosa y está muy unida. Hablamos todo el rato y nos damos los unos a los otros toda clase de consejos indeseados. Mi padre cuenta ultrajantes historias. Solía entrar a escondidas en nuestro dormitorio por la noche con una linterna iluminándose la cara y contarnos historias de miedo hasta que gritábamos y reíamos y mamá venía corriendo a castigarle. Todos sabíamos que ella sabía lo que estaba haciendo, y en realidad ella se reía también. Una vez, después de leernos Cujo de Stephen King, puso crema batida en el hocico de nuestro enorme perro y lo metió en el dormitorio. Es un milagro que todos hayamos sobrevivido a su sentido del humor.

Se rió ante el recuerdo, compartiendo deliberadamente con Traian la calidez de su niñez, el amor de su familia.

- Todos estamos un poco locos, pero eso está bien para ti.

- ¿Crees que encajaré? - Llevó mano derecha de Joie hacia su pecho y la sostuvo contra su corazón.- No me importaría tener una familia después de todo este tiempo.

Era un hombre alto, de anchos hombros y ojos que habían visto demasiado, además el deje perdido de su voz hacía que le diera un vuelco el corazón. Joie le sonrió.

- No puedo esperar a que conozcas a mi madre.

CAPITULO 7

El aire nocturno era crespo y limpio y tan fresco, que Joie agradeció introducirlo en sus pulmones. El miedo se estaba disipando ahora que estaba a cielo abierto. Se sacó el casco de la cabeza para permitir que el viento pasara a través de su pelo. Extendió los brazos hacia la luna y rió suavemente.

- Adoro la noche. Adoro todo en ella. No importa si es tormentosa o no.

Giró la cabeza para mirar hacia Traian. Su cara era hermosa a la luz de la luna.

- Digna de un dios griego. - Murmuró, atónita de sentir tanto hacia él, de que sus emociones fueran tan fuertes y conectadas con él. Su pelo parecía seda negra alrededor de su cara y sus hombros. No había más que una mancha de barro en su cara. Cualquier rastro de sangre había desaparecido de su pecho, dejando solo las descarnadas cuchilladas en la carne.

Joie sacudió la cabeza, dio unos pasos alejándose de él, poniendo distancia entre ellos. Necesitaba espacio, necesitaba encontrar el equilibrio.

- Muchas gracias por dejarme estar de pie toda sucia y mojada mientras tú estás impecable y guapo. Ni siquiera voy a preguntar como lo haces.

Sus dientes relucieron hacia ella, más como la sonrisa de un lobo que de un hombre.

- Tengo mis secretillos. Estas temblando. Pásame tu mochila y toma esta chaqueta. - La envolvió en el calor de una chaqueta.

Joie decidió no preguntarle de donde había sacado la chaqueta.

- ¿Cómo encontraste la salida? Yo no podía ver nada.

Se dejó caer sentado, porque de repente se sentía cansada y quería sentir la tierra bajo ella. Traian había cambiado su vida entera en un parpadeo, y no quería pensar mucho en el extraño mundo en el que él vivía.

- Hay señales si sabes donde mirar. En los viejos tiempos, los Cárpatos y los Magos no eran enemigos. Vivían hombro con hombro y compartían los beneficios de ambas razas. Con frecuencia utilizábamos los mismos símbolos. Los vi mientras nos movíamos a través de las salas. - Se agachó a su lado, y tocó su barbilla con dedos gentiles. - Déjame llevarte de vuelta a la posada donde te hospedas. Estás cansada, hambrienta y quieres una ducha. Estás también muy preocupada por tus hermanos. No necesitas estarlo. Implanté los símbolos en la mente de tu hermano para asegurarme de que encontrarían el camino de salida rápidamente.

- Gracias, estuvo muy bien pensado. Estaba preocupada, aunque ambos son espeleólogos experimentados. Solo quería que estuvieran a salvo lejos de los vampiros y las trampas. Estarán preocupados por mí. Sé que Jubal odió dejarme atrás, pero quería poner a salvo a Gabrielle tan pronto como fuera posible. La llevará directamente a la posada. - Joie se deslizó la mano a través del pelo, apartándoselo de la cara. - Estoy cansada, Traian. Me siento como si pudiera dormir durante un mes.

Él la puso en pie, después la cogió en brazos simplemente apretándola contra su pecho. Joie rompió a reir.

- Esto es tan medieval. El macho cargando con la mujercita sobre la montaña. Oh, la humillación absoluta. - Apretó los brazos más firmemente alrededor de su pecho por si acaso pensaba bajarla. Dejó que su cabeza cayera hacia atrás mientras examinaba los cielos. - Si alguna vez le cuentas a alguien que te permití hacer esto, tendré que hacerte daño. Solo quiero dejar esto muy claro.

Traian deseó besarla. Más que nada, le parecía necesario inclinar la cabeza y encontrar esa boca con la suya. Sólo probarla. Fijar su reclamo.

- ¿Cuál es tu postura con respecto a los besos?

Joie miró fijamente su boca. La perversa y pecadora tentación .

- Estoy pensando en ello. - Concedió. - Si te permito besarme, me derretiré en el sitio. Es un hecho. Ya lo sé, y es muy humillante. Peor que ser llevada por ahí como si fuera un débil y desmayado fardo de feminidad.

- Cierto, pero podría ser peor. - Señaló él seriamente.

Ella suspiró y levantó la mano hasta su cara, la punta de sus dedos recorrieron su boca pecadora.

- Si. Pero hay otro punto a considerar, Traian. Vas a ser adictivo. Y después no seré capaz de sacarte de mi sistema y me quedaré destrozada cuando tengamos que separarnos, y eso es más de lo que puedo soportar, acabar llorando por un estúpido hombre. ¿Ves las complicaciones?

- Ummm. Veo que podría ser un problema si alguna vez nos separamos, pero somos auténticos compañeros y no tenemos más elección que estar juntos, así que en realidad no creo que tenga mucha importancia. En realidad, en estas circunstancias, ser adicta a mis besos podría ser un beneficio. - Sus fuertes dientes le pellizcaron el dedo.

- Esa cosa de los compañeros ¿ves? Eso es parte del problema. Tengo la aplastante necesidad de ser la dueña de mi propio destino. Creo que pasaré de ser una compañero si eso conlleva tener algún tipo de relación. Yo soy una mujer de desear. Hay una diferencia.

- Eso es bueno, Joie. No preveo ningún problema en absoluto, porque pensamos igual. Definitivamente soy un hombre de desear. Y deseo besarte.

Había una diabólica sonrisa en su cara, una que posiblemente no podría resistir. ¿Y quien quería después de todo? Su boca había descendido hacia la de ella, y Joie levantó la cara para encontrarse con él a medio camino. Pero este beso era su elección, y él necesitaba saberlo.

Sus labios eran suaves, rendidos e incluso invitadores. Después de tan largos siglos, Traian se sentía como si hubiera llegado a casa. No le importaba donde estaban, en que mundo estaban, ella siempre sería el hogar para él. La Tierra dejó de girar, justo como sabía que ocurriría. Explosiones de fuegos artificiales llovieron a su alrededor. Las ascuas abrasaban en las profundidades de su vientre y estallaron en llamas a través de su corriente sanguínea. Su cuerpo la conocía quizás más íntimamente que su alma, aunque en realidad todavía no la había tocado.

Joie no podía pensar, no podía respirar, olvidó incluso si era de noche o de día. Era imposible para su cerebro funcionar. Sólo podía sentir. Nada la había preparado para la tenaz presión que crecía tan rápidamente en su cuerpo, danzaban llamas a lo largo de su piel, creando un infierno en su interior. La pasión aumentaba más o más amenazando con explotar. El pecho dolía. Sus dedos encontraron la seda de su pelo, aplastando la espesa masa en su palma.

- No deberías ser capaz de hacerme esto. - Murmuró en el interior de su boca. En el interior de su corazón. - No permito que nadie entre.

- En realidad ya estoy dentro de ti. - Sus labios tomaron los de ella de nuevo, una y otra vez , en largos y adictivos besos que los sacudieron a ambos.

- Esto tiene que ser el factor peligro. - Dijo ella. - Es la única explicación lógica.

- ¿Existe la lógica? No lo puedo recordar. - No podía conseguir suficiente de ella. El barro de su cara su untó en la de él. Sus ropas, que estaban mojadas, empaparon las de él. Sus heridas ardieron, pero no podía sentir la incomodidad cuando su cuerpo estaba tan firme y duro de necesidad.

Su voz la sacudió. Era posesiva. Ronca. Perfecta. Una seducción en sí misma. Fue Joie quien se apartó, alejando su cara con las manos. Descansó su frente contra él.

- Necesito un minuto. No puedo respirar, o pensar, o desear nada que no seas tú.

La boca de él se arqueó en una sonrisa.

- ¿Se supone que eso debe detenerme?

Los ojos grises de ella estudiaron cada centímetro de su cara. Él podía ver su confusión.

- ¿Por qué me siento así?¿Tiene esto sentido para ti, Traian? No salto a las relaciones así. Sólo puedo pensar en hacer el amor contigo. No solo sexo salvaje, sexo deshinivido.

La sonrisa de él se amplió.

- Creo que besarte es la mejor idea que he tenido nunca.

No pudo evitar devolverle la sonrisa. La hacía feliz como no lo había sido nunca. Completa cuando no había sabido que una parte de ella estaba buscando.

- ¿Por qué tú? Ni siquiera eres humano.

- Toda tu familia tiene habilidades telepáticas. ¿Estás segura de que tú eres humana?

Ella estalló en carcajadas.

- Por favor, nunca le preguntes eso a mi padre. Es atroz, y te contará algunas historias absolutamente horribles y exageradas, y nos avergonzará a todos.

El ronco afecto en su voz le indicó que las ultrajantes historias de su padre en realidad nunca la habían mortificado y que amaba mucho al hombre.

- Eso me da esperanzas. Al menos sé que planeas presentarme a tus padres, pero la lista de pros y contras sigue aumentando. - Inclinó la cabeza para robarle otro beso. - Agárrate. Estoy a llevarte volando.

Ella hizo un ruido entre una carcajada y un sofoco.

- ¿Se te ha ocurrido que podría darme miedo volar?

- Estabas en medio de una proyección astral la primera vez que posé mis ojos en ti. - Le señaló.

- Pensaba que era producto de las drogas. - Admitió ella. - Había estado experimentando, pero en realidad no creía que lo estuviera logrando. Pensé que de algún modo me había hipnotizado a mi misma. Nunca abría sido tan abierta contigo si hubiera pensado que eras real.

Joie volvió la cara hacia el cielo, su cabeza descanso sobre el hombro de él.

- Entonces me alegro de que pensaras que me habías imaginado. Creo que me gustará mucho tu familia. No he tenido familia desde hace muchos años, la idea de tener una no se me ocurrió. Incluso ahora, cuando te observo con tus hermanos y siento el amor que sientes por ellos, me da envidia.

Su corazón dio un vuelco ante el anhelo en su voz. Joie nunca había pensado que sentiría algo tan intenso por un hombre. El simple tono que usaba podía hacerla sentir como una caricia de sus dedos, o envolverse alrededor de su corazón como un puño.

- Nunca he deseado entregarme a mí misma a nadie, no totalmente. - Admitió, levantando la mirada hacia él. - No toda yo. No quería que nadie viera en mi interior. ¿Pero tú ya lo has hecho, verdad?

- Si.

La sujetó muy cerca, protectoramente, se elevó en el aire.

Volaron a través de un cielo nocturno tan oscuro que era casi púrpura. Una manta de chispeantes estrellas sobre sus cabezas. Las pocos nubes de tormenta que quedaban flotaban bastante deshilachadas. A distancia, bajo ellos la tierra arrastraba

lejos montañas y valles, bosques y lagos que escondían secretos ocultos durante mucho tiempo. Una mezcla de lo viejo y lo nuevo.

El aliento de Joie se atascó en su garganta. Estaba medio aterrorizada y medio fascinada ante la forma que Traian había asumido. Tenía las enormes alas de un inmenso búho, aunque brazos humanos la sostenían contra el suave y emplumado pecho. Las plumas le hicieron cosquillas en la piel, enviando escalofríos hacia abajo por su espina dorsal cuando comprendió que era todo demasiado real.

¿No es mejor que pensar que estás loca?

La diversión masculina le habría ganado un golpe si hubieran estado en el suelo. Una alegría hilarante estaba sustituyendo al miedo. No estoy segura de si te quiero dando vueltas por mi cerebro. Era perfectamente natural pensar que estaba oyendo voces.

¿Incluso a pesar de que eres capaz de hablar con tus hermanos telepáticamente?

Eso es totalmente diferente. Siempre hemos sido capaces de hablar los unos con los otros, pero no con nadie más. Pensábamos que era cosa de los Sanders. Mamá y papá pueden hacerlo también.

Podría ser considerado arrogancia pensar que sólo tu familia era capaz de utilizar la comunicación telepática.

Las luces de la posada iluminaron el suelo bajo ellos. Traian bajó a tierra a cierta distancia del edificio, donde las sombras eran más oscuras. La música salía del edificio de dos pisos, flotando en todas direcciones. La gente se mezclaba en las terrazas y los balcones, algunos bailando, algunos hablando y otros apretándose los unos contra los otros.

- El festival. - Dijo Joie. - Lo olvidé. Mírame, estoy hecha un desastre.

- Te ves preciosa para mí. - Objetó Traian. - ¿Cuál es tu habitación?

- Segundo piso, tercer balcón de la izquierda. - Le sonrió. - ¿Vamos a entrar flotando?

- ¿Está cerrada la ventana?

- Eso no me detendría. Tengo habilidades ocultas.

Las cejas de Traian se arquearon.

- Estoy muy impresionado. Soy un cazador y estoy seguro de que esas habilidades podrían serme útiles.

Ella entrecerró la mirada, cerrando sus dedos detrás de su cuello.

- Son útiles para un guardaespaldas. Tengo un negocio, y sé que soy la mejor.

- Estoy seguro de que lo eres. - La llevó por el aire rápidamente, disfrutando de la forma en que se aferraba a él, apretando sus brazos y jadeando mientras se lanzaban hacia arriba.

No te rías de mí

No me estoy riendo.

Puedo sentirte riendo. Sabes, no es normal volar por el cielo.

Es normal para mí.

El suelo del balcón se sentía sólido bajo sus pies. Se soltó de su cuello inmediatamente.

- Genial, tenía que hacer esto con cientos de personas a mí alrededor.

- No pueden verte. Nos he escudado a sus ojos.

Ella le miró sobre el hombro.

- ¿Somos invisibles? Cielos. ¿Tu vida es tan fácil? No me importaría ser invisible en mi línea de trabajo. No me extraña que esas cosas estuvieran asustadas de ti.

- Ellos vuelan, y pueden ocultar su presencia también.

Joie abrió la puerta de su habitación.

- Qué perfecto para ellos. ¿De donde vienen?

Traian la siguió al interior de la habitación. Ella oyó su profundo suspiro y se volvió para enfrentarle.

- No me va ha gustar tu respuesta.

- Los vampiros son Cárpatos que han elegido entregar sus almas a cambio de un breve momento de poder, la emoción de la muerte. Nuestros hombres pierden sus emociones y la habilidad de ver en color después de los primeros doscientos años de existencia. Algunos antes y otros después, pero todos tarde o temprano perdemos todo lo que consideramos sagrado si no encontramos una compañera. Nuestra raza tiene pocas mujeres y menos niños. Estamos al borde de la extinción. Hay poca esperanza y más y más de nuestros hombres están convirtiéndose.

Había compasión en los ojos de ella.

- Que terriblemente triste para todos vosotros. Así que tú y los otros cazadores estáis obligados a atrapar a los vampiros. Aún cuando fueron una vez amigos de la niñez... o familia.

Él asintió, sorprendido de la enorme comprensión que leía en su expresión. Claramente vio lo que los otros no podían: profundo bajo la superficie, cada destrucción de un amigo de la infancia o un primo había arrancado trozos de su alma hasta que temió que no quedará lo suficiente. Su comprensión, la compasión que vertía sobre él, cambió algo. Lo sintió, sintió el primer toque sanador y el poder que esgrimía una compañera. Ella permaneció en pie allí con sus ropas mojadas y el barro manchado toda su cara, y era hermosa para él. Un nudo del tamaño de su puño se elevó por su garganta, y se giró alejándose de ella, temiendo dejarla ver las emociones que amenazaban con estrangularlo. ¿Como era posible que entendiera cuanto significara para él?

- Lo siento, Traian. Sé que ni siquiera puedo empezar a entender lo que debe haber sido, pero siento su peso en tu mente.

Más que eso, sentía lo solo que había estado. La intensidad de su dolor la sacudía. Su vida había sido severa. Fea. Yerma. Captó aterradores retazos de escenas de su pasado. Terribles batallas que duraron horas. Heridas graves. Muerte a su alrededor. Nadie que le reconfortara. Nadie a quien cuidar.

- Esto se está convirtiendo en un hábito.

Joie cerró los ojos brevemente, agobiada por el anhelo, pero la necesidad de envolverle entre sus brazos y simplemente sostenerle.

- Tengo que avisar a Jubal y Gabrielle. Puedo sentir que están cerca, así que estoy segura de que lo consiguieron. Cuando cogió el teléfono para marcar el número de sus habitaciones, le tremblaba la mano.

Traian esperó mientras hablaba con sus hermanos, asegurándoles que estaba bien y que se encontraría con ellos escaleras abajo después de ducharse. Estaba instantáneamente relajada, riendo, con la voz suavizada por el amor, y firme, con seguridad. Había olvidado mucho. Su simple tono de voz le trajo recuerdos de la vida antes de dejar su tierra natal para responder a la llamada de su príncipe.

Joie era incómodamente consciente de su aspecto ahora que Traian estaba mirándola .

- Necesito una ducha.

- ¿Eso es una invitación?

Ella le miró, los duros ángulos y planos de su cara. Sus oscuros ojos insondables. Si la atracción entre ellos fuera meramente física, Joie le habría tirado sobre la cama y desgarrado la ropa directamente. Pero él revolvía sentimientos a los que no estaba acostumbrada. Profundos y aterradores sentimientos para una mujer a cargo de su propio destino.

Viendo la indecisión escrita claramente en su cara, Traian sintió como si su mundo estuviera balanceándose en la punta de una aguja. Tenía miedo de moverse. Miedo de hablar. Sabía que su unión sería inevitable. La tendría. Era suya. Le pertenecía. Pero aún así quería que fuera su decisión. Quería que ella le quisiera del mismo modo en que él la quería.

- Es una ducha muy pequeña. - Dijo ella.

Puso ambas manos a la espalda y él pudo darse cuenta de tenía miedo de dar el siguiente paso. Pero lo dio porque era cualquier cosa menos cobarde. Levantó la barbilla y le sonrió invitadora.

No esperó a que llegara hasta él; dio los pocos pasos que los separaban y la deslizó entre sus brazos. Joie le sonrió.

- Esto se está convirtiendo en un hábito.

CAPITULO 8

El vapor empañaba el cristal claro de la puerta de la ducha, elevándose para enroscarse alrededor de los dos cuerpos que permanecían bajo el chorro de agua caliente. Joie dejó que el agua se vertiera sobre ella, empapando su pelo y piel, limpiando la suciedad de su cuerpo. El cubículo de la ducha era pequeño, obligándola a permanecer en estrecho contacto con Traian. Pensaba que estaba completamente preparada para la visión de su enormemente masculino cuerpo, pero se quedó casi sin aliento. Era todo puro músculo, de pecho amplio, y estrechas caderas. No se atrevió a mirar bajo su cintura. Este hombre no tenía modestia cuando se trataba de sus deseos. Y la deseaba.

- ¿Vas a seguir retrocediendo cada vez que consigo acercarme a ti?

Tenía un toque de diversión en la voz. Su tono era aterciopelado, resbalando sobre su piel expuesta, poniendo en alerta cada terminación nerviosa.

Su boca estaba seca.

- Es la única cosa segura que puedo hacer. Desde que te conocí, en lo único en lo que he pensado es en tenerte todo para mí, a solas y desnudo y... - Se arrastró hacia atrás de forma algo desesperada. Las fantasías eróticas eran maravillosas cuando él no estaba de pie ante ella, enorme y vivo y todavía casi un extraño. - Ahora no tengo absolutamente ni idea de lo que voy a hacer contigo.

- Te recuerdo claramente contándome que tenías una larga cola de amantes. - Dijo él, con las manos enmarcándole la cara, su pulgar le inclinó la barbilla para hacer que le mirara. - ¿Qué estabas planeando hacer con todos ellos?

Había algo de amargura en su voz y sus dientes blancos se unieron con un golpe definido. Joie intentó de dejar que una súbita sonrisa floreciera desde su interior hasta mostrarse en su cara.

- No eras real. Podía decirte cualquier cosa. - Era imposible apartar la mirada de la oscura intensidad de sus ojos, del hambre que habitaba en ellos. - Sigo pensando que esto ha sucedido demasiado rápido. En realidad no te conozco. ¿Cómo he terminado trayéndote a mi cuarto?¿Estando desnuda contigo en la ducha? Soy una persona reservada, y no muy confiada, y aún así aquí estas.

Hizo todo lo que pudo para evitar besarla. Traian sabía que podía echar a un lado fácilmente todas sus objeciones. La atracción entre ellos era mutua. Eléctrica. Lo consumía todo. Le respondería con la misma fiera necesidad que él sentía por ella.

- Joie. - Susurró su nombre, con voz dolorida. - Si quieres hablar de esto, sugiero que salgamos de la ducha y pongamos toda la habitación entre nosotros. Nos hemos tenido en mente el otro al otro durante semanas. Me conoces. Sabes más de mí de lo que la mayoría de la gente podría aprender en toda una vida. Conoces mi carácter y lo que soy. Y sabes que esto no es una aventura. Esto es para siempre.

- Para siempre. - Ella saboreó la palabra. - Eso es mucho tiempo, Traian.

El agua resbaló por su cuerpo y el vapor los rodeó cuando se apoyó en él de forma que las puntas de sus pechos presionaron contra el suyo. Lo sintió duro, fuerte y pesado con la necesidad de un hombre, una tentación y una súplica.

- Estás pidiéndome que tome una decisión, cuya enormidad posiblemente no puedo comprender. Amo a mi familia, Traian. Realmente les amo y nunca sería feliz sin ellos.

Él inclinó su cabeza hacia la de ella. Acercándose. Su boca estaba a centímetros de la de ella.

- Sé lo que te estoy pidiendo. y sé que tienes reservas sobre tu familia. No quiero volver a una existencia sin ti. Pasa tu vida conmigo, Joie. - La tentó Traian suavemente. Dejó leves besos en su cara, sobre la comisura de su boca. Sus dientes le mordisquearon el labio inferior. - Pasa varias vidas conmigo, una eternidad. Sé conmigo. Dime cuanto me deseas. Déjame ser parte de tu familia.

Ella le miró, vio la intensidad que ardía en sus ojos. Era tan ardiente como un hierro de marcar, chamuscando un camino hacia su corazón. Joie sintió el empuje de su necesidad, de su soledad. Era un depredador peligroso, no del todo humano. Más poderoso que nada que ella hubiera siquiera soñado. Y sexy. Tan sexy que paraba el corazón. Sus brazos estaban ya deslizándose alrededor de su cuello, su cuerpo amoldándose al de él.

- ¿Podemos estar juntos, Traian?¿Cómo? Dime como.

Porque había estado sola en medio de una familia que la amaba. Siempre rodeada de gente, amigos, familia, y siempre aparte. Nunca lo había sabido porque hasta que oyó su voz. Algo había estado perdido en la más profundo de sí misma, una parte esencial de ella.

- Puedes convertirte en lo que yo soy. Todavía Joie, todavía parte de tu familia, pero con los dones y las vulnerabilidades de mi raza. O puedo envejecer contigo. Mi fuerza se debilitará y seré más vulnerable a nuestros enemigos. Es tu felicidad lo que cuenta, Joie. Quiero estar siempre en tu vida.

Revolotearon mariposas en el fondo de su estómago. Sentía que estaba al borde de un gran precipicio. Joie intentó echarse atrás antes de que fuera demasiado tarde. La enormidad de lo que le estaba ofreciendo era a la vez aterradora e hilarante. La abrumaba con su soledad, con la intensidad de sus propios sentimientos, tan completamente extraños para ella. Intentó refugiarse en el humor.

- Ni siquiera sé que tal eres en la cama.

- Quiero que me conozcas y que sepas lo que te estoy ofreciendo. - Su boca resbaló sobre su cara, dibujando sus altos pómulos, su barbilla, moviéndose hacia abajo para encontrar el pulso que latía frenéticamente en su cuello. Su aliento templado la inundaba de calor, una tentación seductora tan poderosa que sentía que su cuerpo se endurecía por la necesidad.

Ella estaba en su mente, vio las posibilidades claramente. Sus dientes se hundían profundamente, haciéndola suya, introduciéndola en su mundo. O Traian se quedaba con ella como si fuera humano, envejeciendo con ella, con su enorme fuerza decayendo lentamente, siempre vulnerable a los enemigos. Dos elecciones. Dos mundos. Solo el espacio de un latido para decidir.

Sabía que tenía que contestarle, no porque él lo exigiera, sino porque la intensidad de sus propios sentimientos hacia él era tan grande, que necesitaba aclarar el futuro en su propia mente.

Sus dientes le pellizcaron la piel, su lengua se enroscó sobre el pequeño dolor. Sentía el latido de su nucleo más profundo, el estiramiento de los músculos que latían buscando alivio.

- Joie. - Suspiró su nombre de nuevo. - Te amaré hasta el final de nuestros días.

El agua resbalaba sobre ella, realzando su sensibilidad al placer. Oyó la honestidad en su voz. La pureza. Joie inclinó de lado la cabeza para darle un mejor acceso, cerró los ojos con anticipación. Estaba segura. Podía no entender porque era lo correcto, pero nunca había estado más segura.

Sus dientes se hundieron profundamente. Un dolor ardiente atravesó su cuerpo, dando paso instantáneamente a temblores de éxtasis. Estallaban relámpago en su riego sanguíneo, calientes látigos de placer la atormentaban. El calor crecía, amenazando con

Librodot

consumirla. Le sujetó, cerca, moviendo su cuerpo excitantemente. Debería haberla asustado, la forma en que se sentía, devorándola con ansia, un anhelo de lujuria más sensual que ninguna otra cosa.

Traian trazó cada línea y curva, cada hueco, grabando su cuerpo en la memoria, esperando el momento que ansió durante varias vidas. La prisa le golpeaba, el apetito sexual se mezclaba con un oscuro anhelo casi incontrolable. Durante varios siglos su apetito había permanecido insaciable, un hambre terrible que nunca podía ser suavizada, pero ahora la sangre de Joie satisfacía su inhumana necesidad. Pero su sexualidad permanecía insatisfecha. Duro, caliente y pesado de deseo. Su lengua se deslizó por los alfilerazos de su piel. Sus labios viajaron hacia abajo sobre su pecho. Antiguas palabras golpeaban en su cabeza, palabras de un ritual impreso en él desde su nacimiento. Una vez dichas, no habría vuelta atrás. Traian y Joie estarían unidos por toda la eternidad.

Un pequeño sonido escapó de la garganta de ella para instarle a seguir adelante. Su lengua jugueteó y bailó sobre el tenso pezón, atrapó las gotas de agua que adornaban su piel.

- Yo te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. - Sus manos dibujaron su cuerpo, resbalando hacia arriba para ahuecar sus pechos.

Su cara estaba oscura, su mirada intensa mientras miraba en el interior de los ojos de ella. Joie sintió un extraño tirón en las cercanías de su corazón. Una parte de ella saboreó el miedo, queriendo lloriquear para que se detuviera, pero otra parte abrazó sus palabras, entendiendo la importancia de cada promesa que contenían. Le deslizó las manos sobre el pecha, y se inclinó para saborear su piel, le mordisqueó con los dientes directamente sobre el corazón. Nunca había sido de las que muerden, pero algo la urgía a hundir sus dientes profundamente, para conectarlos a ambos. Enroscó su lengua sobre el duro músculo.

Estaba matándole. Su cuerpo dolía, un dolor agudo y fuerte; buscaba desesperadamente alivio.

- Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Tomo para guardarlo del mismo modo el tuyo. Tu vida, tu felicidad y tu bienestar me serán más preciados que la mía propia para siempre. Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado.

Las palabras se vertieron de él, el matrimonio ritual Cárpato, tan antiguo como el tiempo. Sintió miles de diminutos hilos que los ligaban, uniéndolos.

Cogió su barbilla en la mano, levantó su cara hacia la de él, encontrando sus labios casi a ciegas, deseando devorarla. Ella abrió su boca a la de él, fundiéndose en él. Traian la alzó en brazos, besándola salvajemente, y llevándola a la cama, acunándola en su regazo de forma que la pesada erección presionara firmemente contra sus nalgas. Susurró suavemente en su lengua, una orden firme, mientras con la uña se dibujaba una línea en el pecho.

Joie besó su garganta, sus labios se deslizaron bajando por su cuello, encontrando infaliblemente su pecho y la herida allí abierta. Una ardiente llama explotó dentro de él, una tormenta de emoción y sensación. La parte de atrás de su cabeza encajaba en su palma sujetándola, animándola a hacer el intercambio. El calor se vertió por su cuerpo. Ardía por ella, su cuerpo estada duro y dolorido, el placer se deslizaba a través de su cuerpo. Traian se movió, inclinando a Joie para hacerlo más cómodo, bajándola más para no romper la conexión entre ellos. Cuando estuvo seguro de que ella había tomado lo suficiente para un auténtico intercambio, susurró la orden para sanarse y cerrar la herida. Al momento su boca estaba sobre la de ella, robándole el aliento, dándole el suyo propio.

Joie no podía recordar como había terminado bajo él, con sus caderas empujándo entre las piernas. Sus manos estaban en todas partes, tocando, acariciando, incitando. No había un centímetro de su piel que no hubiera explorado. Oyó su propio grito estrangulado cuando hundió los dedos en su interior, sintió como sus músculos se cerraban firmemente a su alrededor. Preparada. Esperando. Desesperada por su invasión. Atrapó sus caderas con los dedos, empujándole hacia ella en un frenético intento de encontrar alivio. Nunca había querido o necesitado algo más que sentir su cuerpo en lo más profundo de sus entrañas.

Traian, seguro de que estaba preparada para él, alzó las caderas y se introdujo en ella con un largo y profundo golpe. Ella jadeó de placer, arqueándose hacia él, encontrándole empujón a empujó. Él gritó, incapaz de permanecer en silencio mientras se sumergía en ella. Ella era sedoso fuego y terciopelo mientras su feminidad le envolvía firmemente.

Joie se aferró a él, incapaz de hacer mucho más que sujetarle, elevando su cuerpo ansiosamente para encontrarle y conducirle más fuerte y más profundo, emergiendo juntos en un tango feroz que deseó que durara siempre. Estaban piel contra piel. Sus corazones latían al mismo ritmo salvaje. El aire crujía con electricidad, y salían chispas de cada terminación nerviosa. La presión creció y creció hasta que pensó que podría gritar de la alegría que explotaba a través de ella.

Entonces lo sintió en su mente. Sintió las sensaciones del cuerpo de él, la reunión de una inmensa fuerza, casi como un volcán. Caliente. Enorme. Un infierno de deseo y hambre mezclado con la intensa emoción y pura lujuria. La llenó con fuego y calor, una sobrecarga de presión creciendo desde los dedos de sus pies hasta lo alto de su cabeza. Al mismo tiempo, él sintió su reacción, las oleadas de placer que la inundaban, corriendo sobre ambos, consumiéndolos completamente.

Joie gritó su nombre, agarró su cuerpo con fuerza mientras rebasaban el límite juntos, lanzándose libres a través del espacio con salvaje alegría.

No podía respirar; su corazón latía fuera de control.

- Creo que he visto fuegos artificiales. - Susurró sobre su pecho.

Él rió suavemente.

- Creo que hemos producido fuegos artificiales. - Se tendió sobre ella, el cuerpo clavado al suyo, aún firmemente en su interior mientras la besaba lentamente. Totalmente. Despacio. Saboreándola. - Gracias por encontrarme, Joie.

- De nada, Traian. - Contestó. Se estaba moviendo ligeramente, y cada pequeño movimiento enviaba oleadas de placer a través de su cuerpo entero. - Puedo oír nuestros corazones latiendo. Los oigo de verdad, como tambores latentes. Y puedo oír la sangre moviéndose a través de tus venas. ¿Es esto normal? Porque si lo es, demonios.

Él rió suavemente, el sonido vibró a través de ella haciendo que sus músculos se apretaran incluso más alrededor de él.

- Piensa en bajar el volumen. Nuestras mentes son muy poderosas. Puedes controlar el volumen con un pensamiento. - Le mordisqueaba el labio inferior. - Piensa en ello y podrás oír caer un alfiler en el cuarto de al lado. Pero si quieres silencio, simplemente baja el volumen.

- No me siento muy diferente por dentro. Pensé que notaría cambios.

- No has pasado por la conversión, Joie. Se necesitan tres intercambios de sangre. Nosotros solo la hemos intercambiado una vez. - La atrapó firmemente entre sus brazos y giró, llevándola con él, para que le montara.

La llenaba completamente, todavía duro y grueso, con lo que cada movimiento enviaba placer danzando a través de su cuerpo. Sus manos le sujetaron los pechos.

Librodot

- Quiero verte. Todavía encuentro difícil creer que te he encontrado. Que estoy contigo.

Deliberadamente Joie se movió, un largo y lento movimiento hacia arriba y abajo como si montara una gruesa vara. Le sintió estremecer de placer y arquear la espalda, apretando sus pechos entre las manos, consiguiendo un mejor ángulo para introducirse más en su interior.

- ¿Qué estás esperando?

Se vio a sí mismo, sudado y húmedo, a través de los ojos de ella.

- Quiero dar tiempo a tu cuerpo para acostumbrarse a los cambios.

Fue difícil pronunciar las palabras, difícil tener un pensamiento coherente mientras ella le aferraba tan fuertemente con los muslos, montándole más fuerte y más rápido con largos y profundos embates. El fuego lamió sus entrañas, las llamas erupcionaron sobre su piel hasta que el calor se apresuró a su centro mismo, recogiéndose allí y rugiendo fuera de control.

Dejó que el éxtasis sexual se extendiera sobre él, a través de él, tomando posesión de él, todo mientras observaba el cuerpo de ella deslizándose, la forma en que sus músculos se movían bajo la piel, la forma en que sus pechos empujaban bajo sus palmas y sus pezones se tensaran, tentándole. El puro goce en su cara. Sus pensamientos, completamente concentrados en dar a ambos placer, eran suficiente para hacerle rebasar el límite. Aumentó el ritmo, empujando hacia arriba, conduciéndola cuando bajó hacia él. Cada golpe le robaba el aliento, le robaba el corazón. El cuerpo de ella acariciaba el suyo. Estaba húmeda, caliente y firme. Llevándole al límite y dejándole deseando más. Sintió sus músculos contraerse, agarrando, apretando y agarrando hasta que ambos ardieron juntos en llamas.

Joie se tendió a su lado, incapaz de moverse, deseando reír de alegría. Sus dedos encontraron los de él, enredándolos y sujetándolos. Creía en vivir la vida a tope, pero siempre había pensado que lo haría sola. Por primera vez en su vida, se sentía completa y absoluta satisfacción. Completa y absoluta paz.

- Yo me siento exactamente igual. - Dijo Traian. - No puedo evitar preguntarme si de haber sido tú la Carpato y yo el humano con una amorosa familia hubiera sido capaz de confiar como tú lo has hecho. No sabes lo que tu fe y confianza significan para mí.

Joie volvió la cabeza, con una sonrisa traviesa en la cara.

- He decidido que me gustó volar, y cambiar de forma sería genial. Y si haces algo tan tonto como engañarme o escaparte con otra, soy muy buena con el cuchillo.

El arqueó una ceja.

- Pensaba que estarías preocupada tener que dejar la comida. Huele bien. Incluso la he probado de vez en cuando.

- Nadie ha dicho nada de dejar la comida. - Lo miró suspicaz. - Hay ciertas cosas que una mujer no puede hacer, Traian. El chocolate en cierto momentos del mes es esencial para la salud. No necesariamente para mi salud, sino para la de todos los hombres de los alrededores. No voy a dejar el chocolate, ni siquiera a cambio de excelente sexo.

El se levantó apoyándose en un codo, la yema de sus dedos le dibujó un círculo alrededor de los pecho.

- El chocolate es importante, ¿eh?

- Esencial. Absolutamente esencial. Eso no es negociable.

- ¿Qué clase de chocolate debes tener?

- Chocolate oscuro, por supuesto. ¿Hay de alguna otra clase?

El zambulló la cabeza para coger su pecho con la boca y succionar con fuerza sólo para sentir su reacción. Su lengua se enroscó sobre el pezón antes de besarla. Su beso fue largo, lento y completo. Cuando levantó la cabeza, rió suavemente al ver su expresión. Ella le miró fijamente, asombrada, tomándose los labios con una mano maravillada ante el sabor del chocolate oscuro en su boca.

- ¿Cómo has fecho eso?

- Lo necesitas y te lo doy... así es como funciona. Creo que querrás ver a tus hermanos esta noche.

Le dejó levantarla.

- ¿Cada vez? ¿Puedes hacer eso cada vez? Guau. Creo que me va a gustar este asunto de los compañeros.

Traian rió, apenas capaz de creer la felicidad que surgía de su interior. Apenas atreviéndose a creer que Joie era real.

CAPITULO 9

Joie permanecía en pie en el umbral de la puerta del salón, su mirada examinaba la multitud como siempre hacía, logrando una percepción de la muchedumbre, captando al único que probablemente causaría problemas, al único que parecía más interesado en ellos de lo que debería. Notó a un hombre alto y de pelo oscuro en la esquina que levantó la mirada cuando entró caminando con Traian. Rápidamente apartó la mirada de ellos, mostrando un repentino interés por su bebida, pero diría que los estaba observando cuidadosamente. Un segundo hombre atrajo su interés. Estaba sentado en una de las sillas de respaldo alto cercanas al fuego, con un periódico en las manos. Era bajo, delgado y llevaba gafas de lectura. Estaba mirando por encima del borde hacia Gabrielle.

Jubal se volvió y saludó a Joie. Gabrielle levantó la mirada, soltó un grito alegre, y se apresuró hacia ella. Joie se preparó para ser prácticamente arrollada cuando su hermana se le lanzó encima, abrazándola alegremente. Sobre el hombro de Gabrielle, notó que el hombre de las gafas paseaba su mirada de ella a Traian. El reconocimiento fluctuó en su cara, dobló cuidadosamente el periódico y lo puso en la mesilla que tenía delante antes de levantarse.

Train, advirtió Joie. Gentilmente puso a Gabrielle a un lado y un poco a su espalda.

Traian exploró la habitación, se quedó ligeramente sorprendido cuando comprendió que el hombre delgado era humano y aun así reconocía quien y que era Traian. Notó con diversión que Joie había intentado colocar su cuerpo entre él y el extraño. La ola de alegría y afecto, un ligereza en su corazón y su alma, le hizo temblar. No podía recordar que alguien en su larga vida se hubiera preocupado por él o intentado protegerle. Ese pequeño gesto significaba un mundo para él.

Detrás de eso estaba su fe en él. Había hecho un salto de fe, comprometiéndose con su forma de vida, con su mundo. Creía que él buscaba su felicidad por encima de la propia, y quería darle felicidad a cambio. Sentía el loco deseo de cogerla en brazos y volver corriendo a la habitación, donde podría hacerle el amor una y otra vez. La miró, dejando que la idea brillara débilmente en su mente, llenando de calor sus ojos.

Joie rió.

- Para ya.

Gabrielle volvió la mirada de su hermana a Traian e hizo un ruido grosero.

- Oh, no, Joie, te dejamos sola con él unos pocos minutos y le seduces ¿no?

Joie se encogió de hombros impenitentemente.

- Tienes que admitirlo, es muy ardiente.

- Se lo diré a mamá.

- Bueno, allá tú, si dices una sola palabra a mamá, le contaré que estas pensando aceptar ese trabajo para estudiar el virus Ébola. Sabes lo que hará cuando oiga eso.

- No te atreverías. - Dijo Gabrielle. Empujó el hombro de Joie mientras el delgado forastero se aproximaba, intentando sin éxito hacer a su hermana a un lado pero tener una mejor vista. - Esto es una locura, Joie. Hay algo más en un hombre que músculo. - Sonrió abiertamente a Traian. - No te ofendas ni nada de eso.

- No lo haré. - Le aseguró él.

- Tienes la lengua fuera, Gabrielle. - Susurró Joie.- Deja de coquetear con él. Te estás cayendo a sus pies, este debe tener un coeficiente intelectual de doscientos. - Miró hacia Traian. - Ningún hombre al que haya mirado nunca podría sostener una

conversación normal. Creo que puede ver directamente a través de sus cerebros. - Codeó a su hermana. - Se te están saliendo los ojos de las órbitas.

- Solo estaba mirando. - Siseó Gabrielle. - Al menos no me tiro sobre él y me exhibo reconstituyendo a trolls recién salidos de la tumba.

- Me encantó que hiciera eso. - Señaló Traian

- Si, bueno, supongo que sí, bajo esas circunstancia. - Concedió Gabrielle. - Pero tiene un gran mordisco en el cuello. Si mamá lo ve habrá consecuencias.

Traian desnudó sus dientes blancos y fuertes hacia ella.

- Creo que podré manejar a tu madre.

Gabrielle y Joie se miraron la una a la otra y rompieron a reír.

- Es imposible, Traian, incluso para ti. - Dijo Joie.

El hombre se detuvo delante de ellos y extendió la mano hacia Traian, aunque Joie notó que su mirada continuamente se volvía hacia Gabrielle.

- Soy Gary Jansen. Me envía Mickhail Dubrinsky. Me pidió que trajera sus disculpas, pero circunstancias desafortunadas le impidieron venir él mismo. Era necesario allí, dijo que si le reclamaba usted enviará a Falcon. El hermano de Mikhail está en Italia en estos momentos, así me envían a recoger información y ayudarle en lo que pueda.

Traian estrechó la mano de Gary firmemente.

- Soy Train Trigovise. Esta es mi compañera, Joie Sanders, y su hermana, Gabrielle. Confío en que el príncipe y su compañera estén bien.

- Raven ha estado enferma. - Dijo Gary brevemente.

Traian captó el eco del pensamiento de Gary. Aborto. Joie deslizó su mano en la de él, una oferta de condolencia que traicionó el hecho de que era una sombra silenciosa en su mente. Podía no entender la importancia de las noticias, pero podía sentir su dolor.

- Necesitamos hablar en algún lugar tranquilo. - Dijo Traian. - Tengo noticias que el príncipe debería oír.

Jubal se unió a ellos, deslizando un brazo alrededor de sus dos hermanas y esperando ser presentado. Traian lo hizo mientras seguían a Gary desde el salón a la comparativa tranquilidad de su habitación.

- Agradable. - Comentó Jubal. - Nosotros estamos en el segundo piso con pequeños balcones. Esto es estupendo. - Miró fuera a través de las puertas dobles hacia la espaciosa terraza. - Joie, debimos haber pedido planta baja.

Un sonrojo se extendió bajo la piel de Gary, y miró hacia Gabrielle mientras se apresuraba a recoger la ropa de una silla.

- Siento el desorden.

Gabrielle le sonrió.

- Deberías ver mi habitación. Estuvimos en una cueva, y nuestras ropas están asquerosas. Solo puedo pensar en darme una ducha. - Se sonrojó sin razón aparente, alejándose de Gary para estudiar la terraza en la que Jubal parecía tan interesado.

- Mikhail quería preguntarte porque no le diste simplemente la información cuando pediste que alguien se reuniera contigo aquí. - Dijo Gary.

- Tendría que haber usado el vínculo telepático común, los no-muertos habrían oído lo que decía. - Dijo Traian. - Nunca he intercambiado sangre con el príncipe y no dispongo de un vínculo telepático privado. Era mejor mantener mis noticias en secreto.

Gary asintió hacia los hermanos Sander.

- Perdóname por preguntar, pero... ¿estas seguro que todo el mundo en esta habitación es de confianza?

- Estoy más seguro de ellos de lo que estoy de ti. - Respondió Traian.

Gary sonrió, relajándose por primera vez.

- Eso es suficiente para mí. Puedo entregar a Mikhail tus noticias, aunque me pidió que te llevara de vuelta a casa tan pronto como fuera posible. Está llamando a los antiguos que su padre envió fuera. Necesita sus conocimientos para tomar decisiones sobre la inminente guerra con los no-muertos.

- ¿Donde está su sucesor? Temo que la vida de nuestro príncipe está en peligro. No me gusta el hecho de que los no-muertos se atrevan a esconderse tan cerca de nuestra tierra natal.

- Gregori está en los Estados Unidos pero volverá pronto. Falcon y Jacques permanecen cerca del príncipe.

- Hay muchas cuevas sin descubrir en esas montañas. - Dijo Traian. - Volví a la tierra en una de ellas y tropecé con varios vampiros. Están cazando algo bajo tierra y están tan ansiosos por encontrarlo que me atacaron, en vez de evitarme como sería normal. Tuvimos varias batallas. Destruí a dos, aunque más de un maestro vampiro viaja con ellos y son extremadamente poderosos. Estaba seriamente herido después de una de las batallas, y me encontraron en mi lugar de reposo. En vez de matarme, decidieron usar mi sangre para poder continuar buscando. Joie y sus hermanos me encontraron. Joie mató a uno de los vampiros.

- Algo así. - Corrigió Joie cuando Gary la miró con admiración. - La maldita cosa destrozó mi cuchillo favorito. Traian tuvo que incinerarlo antes de que estuviera acabado del todo. - Él no es como tú, Traian. Es humano.

A pocos humanos se les confía el conocimiento que tiene él sobre nuestra gente. Mikhail debe respetarle mucho para enviármelo.

- Los vampiros son difíciles de matar. - Dijo Gary. - Y más con un maestro vampiro en las cercanías, es demasiado peligroso para enzarzarse en una batalla. - Se frotó el puente de la nariz.- Yo soy un bioquímico, no un cazador, pero he visto los resultados de lo que un vampiro puede hacer a los humanos. Es aterrador.

Gabrielle se estremeció visiblemente.

- Creo que Joie estaba divirtiéndose allí abajo en la cueva, pero todo lo que yo quería era esconderme bajo la cama. Y todavía pienso en los virus y en que tocamos todos algún mircrorganismo allí abajo. - Puso una mueca. - Creo que dejaré la caza de vampiros a los expertos. Si nunca vuelvo a ver u oír a otro, seré feliz.

Joie le sonrió.

- Y yo aquí planeando hacer de esto mi nueva carrera.

- Eso no tiene gracia, Joie. - Dijo Jubal. - Lo que haces ya es bastante malo. Haces que nos salgan canas a todos. Mantente lejos de esas cosas.

- ¿Cómo has conseguido mezclarte en todo esto? - Preguntó Gabrielle a Gary curiosamente.

Él pareció tímido.

- En realidad desarrollé un compuesto para paralizar el sistema de los Cárpatos, pensando, por supuesto, que eran vampiros. El compuesto se convirtió en un veneno y fue usado para torturar y diseccionar a todo el que la sociedad humana de cazadores de vampiros consideraba un no-muerto. Cuando intenté enfrentarme a ellos y rescatar a una de sus víctimas, conocí a Gregori. - Se encogió de hombros. - No puedo describir a Gregori o lo como fue conocerle, pero cambió mi vida. A la sociedad le gustaría verme muerto, así que para protegerme, Gregori me envió aquí a ayudar con la investigación. Me gusta esto y he hecho grandes amigos, así que me quedo.

¿Quien es Gregori? Había mucho respeto en la voz de Gary. Joie era curiosa.

Es el sucesor del príncipe. Un gran cazador y sanador. Su compañera es la hija del príncipe.

Joie levantó la mirada hacia Traian.

- Puedo ver que los Cárpatos tienen una sociedad compleja. ¿Por qué no hemos sabido de su existencia hasta ahora?

- Tenemos mucho cuidado de no mezclarnos con el mundo humano. Ha sido nuestra forma de actuar durante siglos y nos ha funcionado bien. Desafortunadamente, nuestra raza está al borde de la extinción. - Traian acercó a Joie hacia él. - Sin compañeras, no sobreviviremos.

- ¿Compañeras? - Repitió Jubal.

- Nosotros nos emparejamos de por vida. Un hombre encuentra a la mujer que es su otra mitad, la liga a él, como hacéis vosotros con una ceremonia de matrimonio. Si ella es humana y no vive completamente en nuestro mundo, puede ser muy difícil. Los compañeros no pueden separarse durante largos períodos de tiempo. Tenemos un fuerte vínculo telepático y debemos tocar nuestras mentes la una con la otra con frecuencia o cada uno empieza a sufrir por el otro. Como los Cárpatos no podemos adaptarnos del todo al mundo humano, es normalmente mejor para el humano adaptarse a nuestro mundo. - Explicó Traian.

Jubal y Gabrielle intercambiaron una larga y aprensiva mirada.

- ¿Qué es lo que hace exactamente ese vínculo?

- Jubal. - Protestó Joie.

- No, Joie, quiero saber de qué está hablando. - Jubal no miró a su hermana sino a Traian. De hombre a hombre. Esperando una respuesta. Exigiendo una.

- Joie ha consentido en entrar totalmente en mi mundo, Jubal. - Dijo Traian, con voz baja y sin inflexión. - La protegeré, cuidaré y buscaré su felicidad por encima de todo. La conversión no la apartará de vuestra familia. Nunca sería feliz lejos de vosotros. Espero que tú, tu hermana y vuestros padres seréis capaces de aceptarme en vuestro mundo, en vuestra familia, de la misma forma que sé que mi gente aceptará a Joie en el mío.

Jubal juró suavemente y se alejó de ellos para miran fijamente hacia fuera, al interior de la noche.

- Joie, ¿lo has pensado detenidamente? ¿Sabes lo que te está pidiendo?

Joie fue hacia su hermano, puso los brazos alrededor de él.

- Nunca había sentido que perteneciera verdaderamente a nadie, Jubal. Aceptaba que era diferente, y si, he sido feliz porque me gusta mi trabajo y amo a mi familia entrañablemente, pero quiero más que eso. Traian me ofreció más, y agarré la oportunidad con ambas manos.

- ¿Tú has oído lo que estás diciendo? Esto no es un matrimonio humano, Joie, en el que puedes dejarlo si las cosas no funcionan.

Traian se colocó al lado de Joie, sus dedos se entrelazaron con los de ella.

- Los compañeros no sólo quieren estar juntos, Jubal, necesitan estarlo. Encuentran la forma de que las cosas funcionen. Un hombre Cárpato sabe lo que hace feliz a su compañera y hace todo lo que está en su poder para hacerlo por ella. Y funciona en ambos sentidos. Tenemos siempre comunicación telepática entre nosotros, así que, en cierto modo, estamos acostumbrados a vivir cada uno en la cabeza del otro. Sé que esto puede ser un gran cambio, y estoy intentando con todas mis fuerzas dar a Joie tanto espacio como necesite. Pero en realidad está aprendiendo muy rápidamente.

- Esto es lo que yo quiero, Jubal. - Dijo Joie. - Alégrate por mí.

- Te conozco, Joie. No vas a quedarte satisfecha sentada a un lado mientras hay vampiros rondando por ahí. Vas a intentar salvar el mundo.

Joie no podía mentir a su hermano.

- Probablemente. Por otro lado, no tengo intención de dejar mi trabajo. Creo que Traian podría trabajar conmigo.

Librodot

- Aquí es donde es necesario que tengas fe en mí, Jubal. - Dijo Traian. - No puedo permitir que nada le ocurra a Joie.

Jubal se rió sin humor.

- No conoces a Joie si piensas que vas a estar protegiéndola. Más probablemente, será al revés.

- Perdonad por interrumpir, pero he estado rodeado de la raza de los Cárpatos desde hace algún tiempo. - Dijo Gary. - Traian es un antiguo hombre Cárpato. Es mucho más poderoso de lo que podéis imaginar. No permiten que sus mujeres corran ningún peligro.

- Pero no has conocido a nadie como Joie antes. - Señaló Jubal. - Es la guardiana del mundo.

- Deja de meterte conmigo, Jubal. Al menos yo voy detrás de gente, no de pequeños organismos que no puedes ver y sobre los que no puedo hacer nada.

- Eh. - Objetó Gabrielle. - No dirijas el objetivo hacia mí.

Una pequeña sonrisa curvó la boca de Traian.

- Creo que me estás infravalorando a causa de nuestro primer encuentro, cuando estaba prisionero. He sobrevivido a incontables batallas con los no-muertos, Jubal. Un maestro vampiro es mucho menos poderoso que nuestro mayor cazador. - Miró hacia Gary. - Mikhail debería saber que están viajando en grupos, y he oído perturbadores rumores de que están planeando algo. También creo que es importante descubrir lo que sea que están buscando. Los vampiros siempre buscan poder. Nunca malgastarían tiempo trabajando en algo a menos que el resultado fuera más poder.

Gary asintió.

- Se lo contaré.

-Volveré a la cueva justo antes de que caiga el sol mañana. Espero sorprenderlos antes de que se levanten. En todo caso, intentaré a toda costa descubrir lo que buscan.

- ¿Por qué justo antes del anochecer? - Preguntó Jubal curiosamente.

- Soy débil y vulnerable mientras el sol está alto. - Admitió Traian sin vacilación. - El vampiro está también en su momento más vulnerable. Si me levanto antes que ellos, puedo ser capaz de destruirlos antes de que reúnan fuerzas.

- Bueno, por supuesto voy contigo. - Dijo Joie.

Traian se llevó la punta sus dedos a los labios, respirando aire cálido sobre su mano.

- Puedo viajar más rápido solo, Joie. Y todavía no has aprendido a evitar que lean tu mente. Me pondrías en peligro porque tus pensamientos estarían desprotegidos.

La mirada de Joie fluctuó hacia Gary. El hombre asintió.

- Son aficionados a leer nuestros pensamientos e incluso a controlarnos. Traian puede acercarse a ellos sin que sean conscientes de su presencia, pero te notarían en el momento en que te acercaras.

Joie frunció el ceño.

- No me gusta la idea de que vayas solo. Hay varios de ellos, y has admitido que hay más de un maestro vampiro. Podría ayudarte. ¿Puedes bloquearles para que no lean mis pensamientos?

- Probablemente, pero sería más trabajo a realizar, más energía a gastar. Tengo que ir rápido y directo y salir del mismo modo.

Jubal inmediatamente se puso del lado de su hermana.

- ¿Qué tal si nos quedamos cerca, esperando, solo por si tienes problemas? - Sugirió.

Gabrielle asintió.

- Creo que sería lo mejor, Traian. Podemos no ser capaces de incinerar las cosas, pero podriamos retrasarles para tí.

Traian los miró a los tres. Familia. Solidaridad. Jubal y Gabrielle podían no estar de acuerdo con la elección de Joie. Podían tener miedo por ella. Pero cuando contaba, estaban a su lado. Inclinó la cabeza y besó a Joie delante de ellos. Era eso o humillarse a sí mismo mostrando las lágrimas que brillaban en sus ojos. Fuera como fuera, un nudo en la garganta amenazaba con estrangularle.

- Gracias por permitirme ser parte de tu familia, Joie. Son maravillosos. - Levantó la mirada hacia Jubal. - Aprecio la oferta, pero será más seguro para mí que os quedéis aquí, lejos de donde los no-muertos puedan apreciar una amenaza para ellos. Si necesito ayuda contactaré con Joie inmediatamente.

Miró hacia Gary por encima de sus cabezas, y el mensajero del príncipe asintió cuidadosamente. Cuidaría de la compañera de Traian y su familia. Una cuestión de en el mundo Cárpato.

CAPITULO 10

Joie estaba soñando con una boca caliente, húmeda que tira fuertemente de su pecho, con manos que acarician su cuerpo. Con labios que viajan abajo por su piel desnuda hasta su ombligo, besos y mordiscos atormentadores sobre su estómago. Manos en sus muslos que tiraban de sus piernas para separarlas. Estaba ya húmeda, invitadora.

Abrió los ojos mientras oleadas de sensaciones estallaban a través de ella como un regalo. La riqueza del sedoso pelo negro de Traian se deslizaba por su piel, la vista era más erótica de lo que había podido imaginar. Sus dedos se movía dentro de ella, buscando caminos secretos por los que se derramaba fuego a través de sus venas. Después su lengua ocupó el lugar de las manos, adentrándose profundamente, saboreando, atormentando y acariciando hasta que lloró de alegría y su cuerpo ya no le perteneció. Oleada tras oleada, orgasmo tras orgasmo ondearon a través del su cuerpo, haciéndola convulsionarse y saltar mientras él la sujetaba firmemente, devorándola con la boca, reclamándola, alimentando su placer.

Apretó los puños entre su pelo, sujetándole mientras la cabalgaba salvajemente, mientras la tierra se movía y su cuerpo estallaba en pedazos.

Tomó posesión de ella entonces, entrando en la, empujando sus caderas hacia él, arremetiendo profundamente con poderosos empujes mientras ella llegaba una y otra vez al salvaje clímax que parecía interminable. Estaba en todas partes, en su cuerpo, en su mente, sus corazones latían al mismo ritmo. Ella podía sentir la intensidad de sus emociones, una profunda ola de anhelo y amor, de necesidad y hambre absolutas, de cariño y lealtad, más allá de lo que podía entender, pero absolutamente real.

Joie se aferró a él mientras su cuerpo trotaba saliendo de la tormenta de entremezcadas emociones, cada empujón más profundo y más fuerte en una unión feroz y poderosa.

Traian oyó truenos rugir en sus oídos, estallaron relámpagos en su sangre, rabió fuego en sus entrañas hasta que la conflagración emergió unida hasta el centro de su cuerpo. Su vaina femenina era calor ardiente y firme, y suave terciopelo, la fricción era una sensación increíble. Inclinó las caderas, buscando arrastrarse al interior de su cuerpo, su casa, su santuario después de varias vidas de soledad. Quería darle el mundo, deseaba provocar en su cuerpo las mismas llamaradas de pasión y placer que ella había prendido en él. Sintió sus músculos cerrarse a su alrededor. Echó hacia atrás la cabeza, dejando su cuerpo explotar con la intensidad de un volcán, empujando profundamente, llevándola con él, sujetándola cerca de él mientras estallaban a la luz del sol, la única vez en su vida en que podría abrazar algo así. La movió entre sus brazos, presionando el cuerpo de ella a lo largo del suyo.

- No te marches nunca. - Le susurró en la oreja. - Nunca me dejes enfrentar años interminables solo.

Joie le sujetó la cara entre las manos, echándole el largo y sedoso pelo hacia atrás y mirándole fijamente. Cada línea grabada en sus hermosos rasgos masculinos, colocada allí por batallas y años de conocimiento de que cosas horribles caminaban por la Tierra. Colocada allí por la cruda soledad.

- Te querré siempre, Traian. Encontraremos nuestro camino juntos.

Él se inclinó hacia ella, besándola gentilmente, con exquisita ternura, con un amor tan aplastante en el corazón que no podía ponerlo en palabras, pero intentó mostrárselo adorando su cuerpo. La besó una y otra vez, largamente, besos embriagadores, con su cuerpo encerrado en las profundidades del de ella, y sus manos

enterradas en su pelo. Dejó vagar la boca por su garganta, bajando hacia sus pechos, buscando infaliblemente su corazón.

Joie sintió el remolino de su lengua, y su corazón latió de anticipación. Su cuerpo se apretó alrededor de él. Ardiente dolor la atravesó, dejando paso inmediatamente al placer. Le acunó la cabeza mientras él se alimentaba, mientras su cuerpo se movía lenta y eróticamente en lo más profundo de ella. La sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca. Se retorció desvalidamente bajo él, arqueando sus caderas hacia arriba para encontrarse con él, los pechos le dolían ansiosos. Cuando la mano de él cubrió un pecho, su pulgar resbaló encima de la tensa cresta de un pezón, ella presionó la cabeza más cerca de ella, ofreciendo más.

Traian deslizó la lengua sobre las heridas, saboreando la tentación de su pecho antes de encontrar su boca para compartir el sabor de sus esencias vitales. Se tomó su tiempo, su boca exploró completamente, torturando y danzando hasta encontrar la de ella.

- Entra en mi mundo Joie. Un paso más cerca.

En ese momento ella estaba envuelta en una neblina de ensueño, consciente de las sensaciones del cuerpo de él mientras se movía inquietamente, desenfrenadamente bajo él. Cuando movió la boca contra su pecho, tomando su preciado regalo, él le acarició la garganta con los dedos, los pechos. Su cuerpo se endureció dentro de ella, moviéndose con mayor fuerza e intención.

Sintió las llamas calientes, blancas y puras, ardiendo en sus venas, latiendo a través de él.

Debía haber estado horrorizada, pero no lo estaba. Estaba alborozada por ser capaz de darle tanto placer, tanta felicidad. Deseaba entrar totalmente en su mundo, deseaba mucho más. Se movió agresivamente hasta él explotó en su interior con toda su fuerza y poder, hasta que sintió la recolección de cada terminación nerviosa, cada músculo y flujo de sangre, hasta que volaron juntos más y más alto.

Deseo más tiempo contigo. Deseo tocar tu cuerpo y conocerlo de la misma forma en que tú conocerás el mío. Deseo ver las cosas que tú has visto y hacerte sentir de la misma forma que tú me haces sentir.

- Tenemos tiempo. - Dijo él. - Todas las cosas con las que fantaseas, todas las cosas que te importan... tenemos tiempo para todo. - Muy gentilmente la hizo dejar de alimentarse, cerrando la herida de su pecho. La tendió en la cama, sus manos gentiles y amorosas acariciaron la piel desnuda mientras conducía hasta dejarla totalmente fuera de control. - Tengo que irme, Joie. Hemos dormido todo el día, y casi está anocheciendo. Tengo que encontrar al maestro vampiro antes de que se levante.

- ¿Tienes idea de donde buscar? - Dibujó su cara, su boca, con la punta de los dedos.

- Espero que no haya dejado la cueva. Eran reluctantes a salir antes, pero no habíamos descubierto todavía las trampas de los magos. Es un lugar peligroso, incluso para los no-muertos. Quizás especialmente para los no-muertos.

- Prométeme que contactarás conmigo si te ves en problemas. - Lo miró directamente a los ojos, insistiendo en la verdad.

- Eres mi compañera, Joie. Si me veo en problemas, lo sabrás. - Inclinó la cabeza para besarla. Lentamente. Demorándose en ello. Vertiendo su corazón y su alma en ello.

Al instante, Traian se había ido. Joie tendida entre las sábanas, miraba fijamente al techo, con el corazón latiendo de miedo. Se había ido, deslizándose a través de la ventana, una nube de vapor estremeciéndose en el aire. Todavía no se había puesto el sol, pero sintió como si el sol hubiera bajado en su mundo.

Es solo el efecto de nuestra conexión. Estoy contigo. Siente con tu mente como debe hacer un Cárpato. Te llevará tiempo aprender nuestras costumbres, lo sé, pero no puedo dejar que el sufrimiento te envuelva cuando estoy vivo, bien y capaz de alcanzarte.

Decidida a combatir su dolor. Joie se sentó. Es asombroso lo fuerte que es el sentimiento. Y es aterrador pensar que esta emoción es más fuerte que la lógica. Sé donde estás, pero todavía tengo la necesidad de tocarte. No tiene ningún sentido. Joie se consideraba a sí misma una mujer muy lógica. No le gustaba este sentimiento fuera de control, un temor negro que le robaba su sentido común y su capacidad de razonar. Levantó la barbilla. Estaban teniendo lugar cambios en su cuerpo y mente, pero eso no significaba que se dejara llevar por la melancolía. Estaré perfectamente bien, Traian. Preocúpate de ti mismo. Me colgaré a Jubal y Gabrielle mientras estás fuera.

Y Gary. Él conoce tanto a los no-muertos como a mi gente. Quédate cerca de él.

Joie hizo el equivalente mental a poner los ojos en blanco. Traian, vas a tener que cambiar tu desfasada actitud hacia las mujeres. Debe ser tu edad. Ese hombre necesita protección. Vive en otro mundo, como Gabrielle. Puedo verlo en él. Está más en casa en un laboratorio que luchando con vampiros.

Pero conoce a los vampiros. Quédate cerca de él.

Podrías haber mencionado tu arcaica actitud y tu obstinación cuando estabas tan explosivamente encantado esta mañana.

La suave risa de él resonó en su cabeza, y después le sintió deslizarse fuera de su mente, dejándola con un sentimiento de pérdida. Decidida a no ceder ante la extraña reacción a su separación, Joie tomó una larga ducha caliente. Era casi imposible estar bajo la cascada de agua sin pensar en Traian, pero se concentró en imaginar como decir a sus padres que estaba esencialmente casada.

Gabrielle asomó la cabeza en el baño.

- ¡Deprisa! Jubal y yo estamos cansados de esperar por vosotros dos. Y será mejor que no estéis llevando a cabo ninguna perversión en esa pequeña y diminuta ducha. - Sonaba más esperanzada que nada.

- ¿Como has entrado en mi habitación, pequeña entrometida? - Joie lanzó una prenda de ropa húmeda con precisión mortal. - Estaba cerrada.

Gabrielle chilló cuando la ropa le dio de lleno en la cara.

- Estoy comprobando tus malos hábitos. ¿Estás sola ahí dentro? Porque no quiero ver ningún cuerpo desnudo.

- Traian ya volvió a la cueva.

- Si no fuera tan magníficamente protector, tendría miedo de que fuera un troll, le gusta mucho estar bajo tierra. ¿Qué vas a decir a mamá y papá? - Esta vez hubo alegría en la voz de Gabrielle.

- He estado ensayando. - Admitió Joie. Salió de la dura, envuelta en una toalla. - Se me ha ocurrido mentirles. Y pensaba que preferías los hombres superficiales. Te vi coqueteando con Gary anoche.

- No coqueteaba. - Resopló Gabrielle indignada. - Nunca coqueteo. Solo que era bastante mono. - Suspiró profundamente. - Oh, quien fuera delgada y guapa.

Joie la miró fijamente.

- Tú eres guapa, idiota. Sólo estás loca. Está Jubal rondando por la habitación, porque necesito mi ropa.

- Te conseguiré algo presentable. - Gabrielle desapareció.

Joie la oyó reírse tontamente. Gabrielle nunca hacía algo tan indigno como reírse así. Sin vergüenza, Joie se dio cuenta de que podía oír solo pensando conscientemente en ello. Gary se había unido a sus hermanos en la habitación.

Joie habló hacia la puerta.

- ¡Hola! Odio recordároslo a todos, pero estoy plantada aquí, desnuda en el baño. Largaos o tiradme algo de ropa.

Jubal gimió.

- Eres tan nauseabunda, Joie. No necesitaba esa imagen visual. Gary, deberías intentar tener un par de hermanas con inclinación a atormentarte. Se ceban en mí de una forma que no te creerías.

Gabrielle le lanzó un beso.

- Impedimos que tu vida sea extremadamente monótona y aburrida.

Joie cogió el bulto de ropa que su hermana tiró dentro del baño.

- Gracias por acordarte de mí.

- Te recordaba. Sólo que no me pareció tan importante.

Gary se puso en pie cuando Joie entró en la habitación.

- Traian ya se ha ido, ¿verdad? Me figuré que se levantaría lo antes posible. Hay nubes bloqueando la luz solar. A veces manipulan el tiempo para proteger sus sensibles ojos. - Sonrió a Joie. - Quiere que consiga que bebas algo de zumo esta noche.

Joie se presionó una mano sobre el estómago.

- No creo que eso vaya a ocurrir, pero seguro que Gabrielle y Jubal están hambrientos.

- Famélico. - Concordó Jubal instantáneamente. - Pensé que Joie iba a dormir para siempre.

- Estás acostumbrado a un horario distinto. - Dijo Gary. - Yo trabajo en el laboratorio y olvido el tiempo. Si estoy en algo prometedor, no parece que necesite dormir.

- Yo igual. - Dijo Gabrielle. - A veces levanto la mirada y han pasado dos días. - Intercambió una larga sonrisa de complicidad con Gary.

Jubal lanzó las manos al aire.

- Empieza a haber tensión aquí. Voy por comida. Vamos, Joie. Estés o no hambrienta necesitamos permanecer juntos.

Esperaron mientras Joie buscaba su funda de pantarrilla y se la ataba a la pierna. Gary alzó una ceja, pero Gabrielle solo se encogió de hombros, con una sonrisa tímida. Estaban acostumbrados a Joie, y que siempre iba armada con algo letal.

Joie fue consciente del momento exacto en que se puso el sol. No vio los tonos naranja y rojos, pero en medio una conversación risueña que tenía lugar a su alrededor, simplemente lo supo. Sintió los súbitos estremecimientos de la tierra cuando los vampiros se alzaron. Su corazón saltó de miedo ¡Traian! Se extendió hacia él. Le tocó. Sintió su inmediato confort. No había descubierto el lugar de descanso de los vampiros. No habían estado en el suelo de la cueva de los magos.

- ¿Joie? - Gabrielle tocó su mano. - ¿Estás bien?

Joie miró a través de la mesa hacia ella y se las arregló para sonreír.

- Es sólo que desearía estar con él.

No había necesidad de decir su nombre.

Una sombra oscura pasó sobre la posada, moviéndose rápido, tanto que por un momento se hizo un silencio en el comedor y la gente se miró los unos a otros inquietos. Gary reaccionó instantáneamente. Cogió la muñeca de Gabrielle y se levantó tan rápido que su silla cayó hacia atrás.

- Venid conmigo, ahora mismo. - Tiró de Gabrielle hasta ponerla en pie y empezó a abrirse camino a través de las mesas, arrastrándola con él.

Jubal miró su comida con pesar mientras Joie le daba una palmada en la parte de atrás de la cabeza.

- Podría ser tu última comida si no te mueves. - Le advirtió.

- Podría ser mi última comida de todas formas. - Gruñó él. Pero ya estaba en pie y apresurándose tras Gary y Gabrielle.

- Llámale Joie. - Ordenó Gary sobre su hombro. - Llama a Traian y consigue que vuelva. No tenemos mucho tiempo.

Joie no dudó. Había demasiada urgencia en la voz de Gary. Traian. Están aqui. Los no-muertos están aquí en la posada. Gary dice que es urgente que vuelvas tan rápido como sea posible.

Haz lo que dice Gary. Sabrá que hacer hasta que yo sea capaz de volver. No pueden ponerte las manos encima. Ve a por el corazón si tienes que defenderte. Con frecuencia inyectan veneno en el riego sanguíneo y son geniales embaucando y cambiando de forma.

Pero el ego es su debilidad.

Una de sus pocas debilidades.

Gary abrió de golpe la puerta de su cuarto.

- Rápido, entrad y poned todo lo que podáis encontrar sellando las rendijas de puertas y ventanas. - Lanzó camisas a Gabrielle mientras se apresuraba hacia las puertas que conducían a la terraza. - Tendremos que encerrarnos aquí. Intentarán hacer que salgamos, usando la compulsión. Jubal, hay un pequeño reproductor de CDs en el escritorio. Pon algo de música molesta de la colección y sube el volumen. Súbelo mucho.

Joie cerró las puertas detrás de ellas y empujó el armario contra ellas.

- El ojo de la cerradura, Gabrielle... algo que vaya bien. - Si los vampiros podría hacer lo que había visto hacer a Traian, no veía como iban a mantenerlos fuera. - Así que ¿porque están aquí?

- Probablemente porque tú estás aquí. - Respondió Gary. - La forma más segura de atraer a un hombre Cárpato es ir tras su compañera. Querrán que uno de vosotros los invite a entrar. Si ois una voz hablando dulcemente, es una trampa. Poneos algodones en los oídos, poneos las manos sobre las orejas. Haced algo para evitar escuchar. Si alguno ve a otro ir hacia la puerta o incluso hablar, invitando a alguien a la habitación, detenedle, incluso si eso significa golpearle.

Pasaron sombras cruzando la ventana, moviéndose de un lado a otro como si buscaran algo. Se alzó viendo, tanto que las ramas de los árboles raspaban contra la posada con un chillido enfermizo. Las nubes se deshilacharon y deshicieron, lanzando horrorosas apariciones atravesando la luna. Una mancha cubrió el cielo, embotando lentamente las estrellas, arrastrándose insidiosamente hasta que casi toda la luz de hubo extinguido. El viendo aullaba contra la ventana, golpeando las puertas de la terraza, cargado de voces. Suaves. Hábiles. Dulces e incitantes. Voces suplicantes. Llorando en busca de ayuda. Una mujer llamaba fuera justo detrás de la puerta, suplicando entrar, su voz se elevaba sobre el viento.

- ¿Joie? - Gabrielle buscó a su hermana en busca de guía.

Gary estaba cerca de ella y puso un brazo a su alrededor protectoramente.

- Traian volverá pronto. Podemos aguantar hasta entonces.

Jubal dobló el volumen del reproductor de CD para que sonara ruidosamente. Algo agarró el pomo de la puerta y lo sacudió con fuerza. la puerta se sacudió y astilló. Joie saltó para poner su cuerpo entre la puerta y sus hermanos.

- Gary, sácalos de aquí. - Ordenó.

- Créeme, estamos más a salvo dentro de esta habitación que en ningún otro sitio. Y es menos peligroso que nos mantengamos unidos. - Dijo Gary. Se adelantó para colocarse a su lado. - Jubal vigila las ventanas. Si ves algo que parezca humo o niebla

intentando entrar a través de una rendija, tapónala con una camisa, mantas, cualquier cosa con tal de dejarlo fuera.

La puerta estaba siendo golpeada de nuevo desde fuera, lo bastante fuerte como para mover el marco. Gabrielle se tapó la boca con la mano para impedir que escapara un grito.

- No puedes entrar. - Dijo Gary, sin levantar la voz. - No has sido invitado y no puedes ganar la entrada a esta habitación.

Una risa maniática saludó las palabras de Gary. Un gran peso se estrelló contra la puerta y empujó firmemente. La madera empezó a encorvarse hacia dentro.

CAPITULO 11

Con forma de búho, Traian atravesó como un rayo el cielo oscuro. Joie no tenía ninguna oportunidad contra un maestro vampiro, incluso con el vasto conocimiento de Gary sobre los no-muertos. Lo mejor que podían hacer era esperar entretener a los vampiros hasta que él llegara. El viendo aumentó tanto que las ráfagas lanzaban madera y ramitas por el aire como misiles. Un tornado de nubes se retorció y deshilachó amenazadoramente, desde el suelo al cielo, un monstruo oscuro y turbulento saltando con sus voraces dedos extendidos hacia él. Voló a través de la invisible barrera, golpeó con fuerza el obstáculo y cayó abajo hacia el suelo.

La masa negra se estiró ampliamente, formando una horrible cabeza con la boca totalmente abierta y grandes y huesudos brazos, que se estiraron para alcanzar el cuerpo de la lechuza mientras daba vueltas hacia el suelo.

Traian se transformó en negras gotas de vapor, emergiendo de la oscura masa, extendiéndose para evitar ser detectado. El tornado decayó en los cielos como si nunca hubiera existido, dejando tras él una extraña calma y un cielo claro.

Una red de plata cayó desde las ramas de los árboles, una manta sólida y fina de cuerdas tejidas. Traian ya estaba cambiando de nuevo, aterrizando agachado en el suelo. La red le golpeó el brazo pero se deslizó fuera, aterrizando a varios centímetros de sus pies. Es dolor relampagueó a través de su cuerpo. Ardientes marcas rojas aparecieron inmediatamente en la piel donde su carne había estado en contacto con la reluciente red. Miles de picoteantes insectos volaron hacia su cara, formando una sólida pared, programada para encontrar y atacar. Traian se disolvió para evitarlos, deslizándose de vuelta al bosque para aferrarse a la rama de un árbol transformado en una rana.

Extendió sus sentidos, intentando localizar a su oponente. Los maestros vampiros raramente se revelaban, especialmente en la batalla. Traian sabía que el no-muerto le había deliberadamente sacado de la posada con la esperanza de atraparle y destruirle. Estoy luchando por todos, por nuestras vidas. Si puedes evitar la confrontación, hazlo. Sino, ve siempre por el vampiro más peligroso y a por el corazón. Nada más podrá abatirlo. Retrásalo. Aguanta. Intenta evitar la batalla.

Esperó, su corazón latía un poco demasiado fuerte, el temor invadió su mente hasta que ella contestó. Su voz era calmada y serena, incluso confiada. No pienses en nosotros como personitas mortales, Traian. Podemos manejar a estos tipos muertos. Pero no dejes que te hagan ni un solo arañazo o me perturbaré. Y nunca me has visto perturbada.

El alivio casi le agobió. Estaba ilesa. He aprendido el verdadero significado de miedo. Siempre he acudido a la batalla sin nada que perder. Sin importarme los sentimientos.

Bueno, es mutuo, Traian, así que no empieces a compadecerte de ti mismo. Tengo unos a tipos horribles a la puerta, así que voy a tener que dejarte.

Joie le hacía desear reír. Sonaba como si estuviera hablando por teléfono con él y un vecino se hubiera dejado caer a pedir prestada una taza de azúcar. No te confíes demasiado. No podía evitar prevenirla, aunque sabía que eso la molestaría.

Es un paseo por el parque. Preocúpate de ti mismo.

Podía ver los insectos desplegándose, volviendo, volando a través de los árboles buscando cualquier signo de él. Y los bichos siempre volvían a pulular alrededor del mismo tronco podrido de un árbol caído. Te quiero, Joie, y no puedo hacerlo sin ti. Mantén eso en mente cuando decidas cual es la mejor forma de manejar la situación. Estás decidiendo por los dos.

Ella siseó entre dientes. Podía oírlo claramente, la irritación y el enfado de una mujer que había traspasado los límites de su paciencia. Su corazón dio un curioso brinco, una extraña reacción a su exasperación feminina. Por alguna inexplicable razón, se sentía alegre.

La pequeña rana saltó a lo largo de la rama del árbol, llevando buen cuidado en confundirse con las hojas y ramas. Estaba a alguna distancia del árbol caído, y el suelo que se extendía hasta él estaba cubierto de restos. Traian miró fijamente hacia el cielo, deshilachando las nubes. A su orden mental, un relámpago chispeó sobre el enorme caldero. La ardiente energía blanca se hiló formando una pelota, atravesando las nubes y lanzándose hacia el suelo. El aire crujió de electricidad.

Traian saltó de la rama, cambiando a su verdadera forma, con las manos dirigiendo las largas hebras de energía, lanzando la bola mientras de confundía de vuelta entre los árboles. La esfera se deslizó hasta el centro del árbol caído, taladrando un agujero ennegrecido por todo lo que encontró a su paso hasta golpear el suelo, formando un profundo cráter. Látigos blancos colearon y crujieron dentro de la depresión.

Se elevó vapor negro del tronco del árbol para mezclarse con las oscuras nubes deshilachadas. Un terrible y penetrante aullido de rabia llenó el aire, agudo y obsceno, hacía trizas los nervios y agujereaba los tímpanos. Los árboles se estremecieron y temblaron. Césped y hojas se arrugaron. La explosión golpeó a Traian en la espalda y le hizo caer hacia adelante, deslizándose entre los árboles. Se las arregló para echar la cabeza atrás antes de golpearse.

Inhaló rápidamente, notó el nocivo y sucio olor a carne quemada, y supo que se había anotado un tanto. Llovió fuego desde el cielo, ascuas al rojo vivo que prendían el follaje. Llamas hambrientas lamieron el césped y las hojas, corriendo raudas por los árboles. Traian extendió los brazos, dio una orden, y las nubes se abrieron, vertiendo una cortina de agua sobre las llamas crecientes. El cielo sobre sus cabezas estaba negro a causa del humo y las deshilachadas nubes. Era imposible decir donde estaba el vampiro. Tenía la suficiente experiencia como para no hacer notar su presencia en el espacio en blanco del aire. Eligió mezclarse en el caos que le rodeada, esquivando la batalla ahora que estaba herido.

Trian intentó una última táctica, sabiendo que el vampiro desaparecería durante muchos años, evitando todo contacto con los cazadores para sobrevivir. Tenía una última oportunidad para sacarlo a la luz, y Traian la usó, arriesgándose a revelar su posición para enviar un requerimiento a la noche. Su llamada fue pura e imponente, su voz era la de un antiguo en pleno poder ordenando al vampiro tomar tierra.

Durante un breve momento la horrorosa criatura se perfiló en el cielo, una aparición tan malvada y siniestra como solo una criatura con siglos de conducta depravada y asesina por el mero goce de observar sufrir a otros podía serlo. Bajó la mirada hacia Traian con los ojos llenos de odio, sus afilados dientes apretados en desafío.

Un sonido estalló en la cabeza de Traian, subiendo de volumen, una orden de muerte y destrucción. Cada célula su cuerpo reaccionó. Era una maraña de terminaciones nerviosas, paralizadas, obligadas a abrirse.

Soy tu amo.

El eco reververó a través de los músculos y el tejido de Traian, a través de cada órgano.

¡No! El susurro de Joie fue un suave y sensual contrapunto a la venenosa orden. Tomó tu sangre. Esta usando eso como un arma contra ti. Desconecta su voz. No tiene poder sobre ti, sobre nosotros. No importa lo fuerte que sea, Traian, o lo que sea. Somos fuertes. Puede encontrarte a través de tu sangre, pero no puede obligarte a obedecer.

Estúpida mujer. Estoy en su mente, su mente me pertenece. Es mi pelele, y pronto todos los otros lo serán también. No puede matarme, pero yo puedo encontrarle en cualquier parte. Y pensando en él, puedo encontrarte a ti y a tu penosa familia. Únete a mí. Un día gobernaré a Cárpatos y humanos por igual.

Joie rió deliberadamente, sonó como una ráfaga de aire fresco, alejando la negra muerte del corazón de Traian y aclarando su mente. Tú eres el único estúpido aquí. Sólo hay uno para mí. Te destruiremos porque no eres más una podrida cáscara vacía. Y si me preguntas a mí, eres sencillamente asqueroso.

Traian sintió la rabia del monstruo, explotando en su cabeza, en sus venas, mientras se sangre ardía, pero estaba libre de la terrible parálisis. Dio una palmada con las manos y extendió ampliamente los dedos, alargando los brazos hacia el vampiro, que estaba disolviéndose en el cielo. Un relámpago y arqueó y chisporroteó. El vampiro gritó una vez, y un olor pútrido contaminó el aire nocturno.

Mátala. Mátalos a todos.

Un trueno resonó en el suelo. La tierra se ondeó y tembló y la tormenta rabió, un huracán salvaje se deslizó hacia el bosque y el pueblo

Están cabreados.

Esta vez había miedo en la voz de ella. Traian estaba ya corriendo hacia la posada, haciendo todo lo que podía para apaciguar la tormenta asesina.

Valenteen es peligroso más alla de toda creencia, Joie. Sea quien sea este maestro, él controla a Valenteen, y esto es a la vez sorprendente y terrorífico. Nunca he visto dos maestros correr juntos, ni a uno controlando a otro.

Apresúrate, están irrumpiendo a través de la puerta. El corazón de Joie estaba latiendo tan fuerte que temía miedo de que le estallara saliendo del pecho. Podría no haber sido una buena idea decirle que pensaba que era asqueroso.

La posada entera tembló, las paredes oscilaban como movidas por un terremoto. La puerta de la terraza se combó y astilló de nuevo cuando algo la golpeó con tremenda fuerza. La habitación de lleno de susurros, suaves e insidiosos susurros de dulces voces.

Gabrielle gritó y se puso las manos sobre los oídos. Dio varios pasos hacia la puerta, asintiendo con la cabeza, sus labios empezaron a moverse. Gary saltó a su lado, arrastrándola hacia atrás, tapándole la boca con la mano. Puso los labios contra lsu oreja.

- Están intentando obligarte a que los invites a entrar. No debes escucharlos.

La puerta estalló por la mitad. Un negro enjambre de insectos voló entrando en la habitación con la lluvia y el viento. La densa nube de picoteantes bichos atacó la carne expuesta, mordiendo viciosamente. Gary tiró una manta sobre la cabeza Gabrielle, envolviendo su cara y brazos para protegerla de lo peor de las mordeduras. Jubal maldijo y se golpeó la cara y el cuello en un frenético intento de mantener los insectos lejos de él.

Joie aguantó estoicamente enfrentando al monstruo que estaba a su puerta.

Su sonrisa era una terrible parodia, como lo fue su inclinación de saludo. Parecía pagado de sí mismo mientras observaba la negra horda de insectos mordiendo a los ocupantes de la habitación. Joie sabía que estaba mirando algo mucho más horrible que la criatura que había apuñalado en la cueva. Le hizo señas con dedos como garras, y sintió un tremendo empuje. Fueron sólo las viciosas mordeduras de los insectos lo que le impidieron atravesar la habitación y salir a la terraza. No tenía ninguna duda de que la mataría. De que los mataría a todos. Se esforzó por mantenerse dueña de su propia mente, a pesar de que aún oía su suave voz estorbando y ordenando.

- Dime porque estás haciendo lo que te ordena. - La única arma que tenía era adular el ego del vampiro. Entretenerlo con la esperanza de que Traian llegara antes de

que Valenteen pudiera incitarla a ir hacia él. - Está claro que tú eres mucho más poderoso. ¿Por qué sirves a tal criatura? - Se obligó a mostrar interés y admiración en su voz. - Encuentro difícil creer que un hombre como tú necesite a alguien como él.

El labio de Valenteen se curvó, exponiendo sus ennegrecidas encías.

- Le permito pensar que me controla. Me satisfacer seguir sus planes. Ambos buscamos lo mismo. Si lo encuentra, se lo arrebataré.

Joie estaba siendo compelida hacia adelante, un lento paso cada vez. Se esforzó por detenerse extendiendo la mano hacia Jubal. Los dedos de su hermano se apretaron sobre ella instantáneamente, agarrándola sin vacilación.

- Por supuesto que lo cogerás. Es un tonto pensando que puede tratarte con tan poco respeto. He recorrido todo el mundo y nunca había encontrado a un hombre tan poderoso como tú. - Intentó insertar una nota de flirteo en su voz, pero sus habilidades interpretativas no llegaban tan lejos. - Deberías liderarlos a todos. Todos se beneficiarían de tus conocimientos.

A pesar de la mano de Jubal que la refrenaba, estaba tirándo hacia adelante. Joie se sentía como una marioneta. No podía detener su cuerpo que se dirigía hacia la mano que la llamaba con señas, incluso con Jubal intentando sujetarla hacia atrás.

Valenteen asintió con la cabeza.

- Es verdad que tengo mucha experiencia liderando. Quizás matarte no es la mejor opción. Quizás atraerte a mi lado nos serviría a ambos mejor.

Jubal soltó su mano y la cogió por la cintura, levantándola y llevándola lejos del umbral. En seguida el vampiro cerró la mano, mirando la garganta de Jubal. El hermano de Joie se vino a bajo con fuerza, ahogándose y tosiendo, luchando por respirar. Los insectos instantáneamente se lanzaron sobre él, atascando su garganta, atacando su cara expuesta. Gary hizo ademán de agarrar a Joie, pero ella sacudió la cabeza y deliberadamente caminó hacia la terraza.

- Ayuda a Jubal. - Ordenó. Mantuvo la mirada sobre el vampiro, intentado parecer fascinada. Traian estaba cerca. Estaba con ella, moviéndose en su mente, dándole fuerzas. El vampiro creía que estaba todavía compeliéndola a obedecer su orden, pero con la ayuda de Traian, ella se movió por su propia cuenta. No miró atrás para ver si Gary era capaz de luchar contra los insectos. Intuitivamente supo que era mejor para todos que mantuviera la atención del vampiro centrada en ella.

Se le retorció el estómago ante la perspectiva de estar tan cerca de tan malvada criatura. Podía verle claramente ahora, sin la ilusión que el no-muerto ofrecía a sus víctimas. La carne colgaba de sus huesos. Mechones de pelo se aferraban a su cuero cabelludo. Sus largas y gruesas uñas tenían la forma de garras ganchudas, afiladas, retorcidas y negras. Sus ojos eran rojos y rayados de amarillos. Había tal malevolencia aferrada a él que la enfermó y llenó el aire alrededor.

En lugar de intentar dejar de moverse hacia él, Joie tenía que obligar a sus temblorosas piernas a dar otro paso. La impaciencia cruzó su cara.

- Unirme a un hombre tan poderoso y saber que con seguridad dominará a todos alrededor suena buena idea. Siempre he admirado la fuerza.

A centímetros de su mano extendida, Joie tropezó intencionadamente con un trozo de la puerta astillada y se tambaleó. Se protegió poniendo la palma de la mano contra el suelo, su cuerpo se giró ligueramente, dándole un precioso segundo para deslizar la mano a lo largo de su propia pierna afianzando el cuchillo que llevaba en la funda, ocultándolo contra su muñeca.

Valenteen se inclinó sobre ella, la saliva babeaba por su boca mientras la agarraba del pelo y tiraba para ponerla en pie. La arrastró hasta apretarla contra su

cuerpo, tirando de su cabeza hacia atrás para exponer su garganta, y hundió profundamente los dientes, sorbiendo mientras bebía.

Joie notó el fiero dolor de un ácido ardiendo mientras le abría una enorme herida en la garganta. Se le enturbió la visión, y el suelo se tambaleó mientras sus piernas se volvían de goma. Podía oír el sonido de su corazón, aunque no podía sentirlo latir. No emitió ningún sonido de protesta, no forcejeó, entregándose de buena gana. Algo de tensión abandonó el cuerpo del no-muerto. Con cada gramo de fuerza que poseía, con todo lo que era, Joie le enterró el cuchillo profundamente en el pecho, conduciendo directamente hacia su corazón.

Levantando la cabeza, Valenteen gritó horriblemente, el sonido hizo añicos los cristales de las ventanas. Agarrando su pelo, él tiró de ella hacia atrás mientras su cuerpo luchaba por mantenerse en pie a pesar del cuchillo de su corazón. Con su otra mano la agarró por la barbilla con la intención de romperle el cuello.

Chorreó sangre de la herida de su garganta cuando él retiró la mano. Joie cerró ambas manos hacia atrás sobre el puño que la agarraba del pelo para sujetarle la mano sobre la cabeza. Se dejó caer, dándose la vuelta y poniéndose en pie rápidamente, rompiéndole los huesos de la mano. Él aulló mientras la soltaba, rasgando hacia ella con sus venenosas garras.

Traian emergió de la oscuridad, con los ojos llameantes, alejando al vampiro de Joie, retorciéndole con fuerza la cabeza. El mango del cuchillo cayó inútilmente al suelo de la terraza, con la hoja completamente destruida por el ácido de la sangre del no-muerto. El puño de Traian se disparó, hundiéndose profundamente, siguiendo el rastro del cuchillo. Valenteen igualó el movimiento, introduciendo su mano buena en el pecho de Traian, a través de músculo y tejido, buscando el corazón.

Traian lo consiguió primero.

Mirando directamente a los ojos del vampiro, retorció el arrugado y ennegrecido órgano sacándolo y tirándolo a un lado. Un relámpago se arqueó en el cielo, hilándose hasta formar una brillante esfera blanca que engulló al vampiro. Valenteen desapareció en cenizas y carbón, completamente acabado. Es corazón estaba incinerándose cerca. Traian bañó sus manos y brazos en la energía, extrayendo el ácido de su carne para poder atender a Joie.

Ella se sentó en el suelo, estudiándole con una especie de temor. No podía hablar a causa de la herida de su garganta. Simplemente se sentó allí, con las manos presionando la herida para intentar detener el flujo de sangre. Gabrielle gritó y corrió a su lado.

- Ayúdame, Jubal, está perdiendo mucha sangre. Ayúdame.

Gary la cogió del brazo y retrocedió, llevando a Gabrielle con él.

- Sólo Traian puede ayudarla ahora.

Jubal miró hacia el Cárpato.

- Hazlo. Sea lo que sea lo que tengas que hacer. Pero no dejes que muera.

Traian miró sus caras, hinchadas y rojas por las picaduras de los insectos. Se agachó y cogió a Joie entre sus brazos, acunándola contra su pecho. Joie se recostó contra él, con sus pestañas bajando lentamente.

CAPITULO 12

- Traian - Dijo Gary serenamente. - Tú estás casi en tan mala forma como ella. Necesitas sangre rápido. Usa a Jubal mientras consigo tierra para cerrar las heridas. Te daré más sangre en cuanto vuelva.

- Ella no quiere que use a su familia. - Dijo Traian. Había automáticamente ralentizado el ritmo cardíaco de Joie para que perdiera menos sangre. Enterró la cara en la garganta de ella, cerrando la terrible herida lo mejor que pudo con sanadora saliva.

- ¿A quién demonios le importa lo que ella quiera? - Soltó Jubal. - Sólo objetó porque pensó que eras un vampiro. Si necesitas nuestra sangre para salvarla, tómala. Era obvio que eso no le ha hecho daño ni a ella ni a Gary. Gabrielle, ayuda a Gary con lo que sea que necesite.

- El jardín tiene tierra rica. - Instruyó Traian.

Permaneció en pie un momento, con arrugas marcadas en la cara, el pecho rasgado y abierto, la debilidad y el miedo mezclados con turbulenta rabia en sus ojos. Después salto al balcón del segundo piso sobre sus cabezas y se apresuró a lo largo de la barandilla hasta encontrar la habitación de Joie.

Jubal tomó las escaleras, atravesando a toda prisa la entrada para irrumpir en la habitación de su hermana. Cerró la puerta de golpe, y se aproximó a la cama donde estaba tendida. Joie estaba pálida, casi gris, su respiración era tan superficial que casi no existía.

- ¿Puedes salvarla? Dime la verdad, Traian. ¿Es posible?

Un puño parecía haberse cerrado sobre su corazón. Traian elevó sus ojos negros como la medianoche, y tan fríos como el hielo, hacia Jubal.

- No permitiré ningún otro resultado.

- Gary dijo que necesitabas sangre. - Jubal se sentó al lado de su hermana y la cogió de la mano. - Joie lo significa todo para nosotros. Puedo ver que lo significa todo también para ti. No voy a fingir que entiendo vuestra relación, simplemente estaré agradecido por ella.

Traian murmuró suavemente, ahorrando a Jubal el miedo inicial mientras le abría una vena de la muñeca y se alimentaba. Perdóname, Joie. Sé que no quieres esto. La fuerza fluyó a su vacío cuerpo. Si quiero salvarnos, esta es nuestra única opción. Los dos estamos heridos. Si puedo conseguir suficiente sangre, sobreviviremos.

Hubo un pequeño revoloteo en su mente. Un toque, no más, como la caricia ligera de unos dedos en su cara. Traian cuidadosamente cerró las heridas en la muñeca de Jubal y acercó a Joie hacia él antes de liberar a su hermano del encantamiento.

Jubal se deslizó de la cama para sentarse en el suelo

- Asumo que tienes mi sangre.

- Si, gracias. - Replicó Traian formalmente. – Habéis sido todos mucho más que afortunados. Cualquier vampiro es difícil de derrotar, pero los maestros vampiro han vivido durante siglos y siglos, creciendo en fuerza y poder. Utilizan a otros como cebos y títeres y se mantienen lejos del peligro de la batalla. Sacrifican a los peones y se largan cuando hay cazadores por la zona.

Traian puso las manos sobre las terribles heridas de Joie. Parecía haber salido de su propio cuerpo, mirando fijamente al vacío. Jubal podía ver las profundas arrugas de su cara, palideció visiblemente como si su fuerza estuviera derramándose lentamente fuera de él.

Gary y Gabrielle irrumpieron en la habitación. Gary colocó un cuenco de rica y oscura tierra en el suelo al lado de la cama, y Gabrielle dejó varias hierbas en un segundo cuenco. Gary extendió velas hacia Jubal.

- Colocalas por la habitación y enciéndelas. No queremos ninguna luz artificial encendida, solo las velas. Gabrielle, mezcla las hierbas juntas en el cuenco. Queremos que se mezclen las esencias. - Puso su mano sobre el hombro de Traian. - Joie fue toda una sorpresa para Valenteen. Estuvo maravillosa, increíble. Ni siquiera dudó. Nunca se le ocurrió a un vampiro que una mujer pudiera ponerse entre otros y el peligro. Y desde luego nunca pensó que estuviera deseando hundirle un cuchillo en el corazón.

- Usó mis recuerdos. - Explicó Traian mientras mezclaba saliva con la tierra y taponaba las heridas de la garganta de Joie. - Lo aduló y calmó, esperando que yo conseguiría llegar a tiempo. Y cuando no lo logré, hizo lo que siempre hace, ponerse valientemente a sí misma en peligro para poder acercarse lo suficiente como para estar segura de que lo destruía.

Gary tomó un poco de la mezcla y lo colocó en el pecho de Traian.

- Incluso con todo lo que sé, era tan poderoso, dudo que hubieramos sobrevivido.

- Era un maestro vampiro y corría con otro maestro mucho más poderoso. - Traian alzó la cabeza para mirar a Gary. - Nunca vi al otro con claridad. Tomó mi sangre en la cueva, aunque no puedo recordarle. No puedo acercarme a nuestro príncipe. Tendrás que ser tú quien le haga llegar toda la información. Hasta que el vampiro sea encontrado, y dudo mucho que vaya a permanecer en este país ahora, me mantendré lejos de Mikhail. No podemos arriesgarnos con su vida.

- Él no lo verá del mismo modo. - Señaló Gary.

- Sé que tengo razón. No debería arriesgar su vida entrando en batalla del modo en que lo hace. Su cometido es servir y liderar a nuestra gente, no cazar vampiros. Tenemos muchos cazadores y un sólo líder. Su hermano es fuerte y poderoso, pero ha sido dañado por la tortura que soportó. No puede liderar. Si el vampiro o los humanos se las arreglan para matar a Mikhail, temo que nuestra raza quedaría mortalmente herida.

Traian no levantó la mirada hacia Gary para ver si estaba de acuerdo con él o no. Estrechó a Joie entre sus brazos. Debes aceptar mi sangre, Joie. Esto te convertirá a mi raza, y no es una experiencia agradable por la que pasar.

De nuevo sintió su toque, gentil, enternecedor, sobre su cara, aunque todavía descansaba inmóvil entre sus brazos. Una sonrisa débil apareció en su mente como si ella encontrará su advertencia divertida. Giró su cuerpo levemente, no queriendo malgastar fuerzas enmascarando su presencia a los otros. El consolador aroma de las hierbas y velas se mezclaba con los sonidos del canturreo en su mente mientras otras voces a lo lejos se unían a al ancestral canto sanador. Tomó la mínima cantidad de sangre posible de ella y rápidamente abrió sus propias venas. Ella aceptó su sangre de la misma forma en que había aceptado todo lo que a él concernía, con completa fe. Le humillaba que así fuera.

Cuando hubo tomado lo suficiente para un intercambio, Traian la tendió gentilmente.

- Quizás todos vosotros deberíais salir de la habitación. Ella no querría que la vierais así.

- Necesitas sangre y cuidar de ti mismo. - Señaló Gary. - Estás más débil de lo que piensas, Train. Toma mi sangre y permíteme ayudaros a los dos en esto. Sé lo que ocurrirá. Gabrielle y Jubal pueden esperar en sus habitaciones.

- Nos quedaremos. - Dijo Jubal con decisión. - Es nuestra hermana.

Gabrielle observó como Traian caminaba hacia Gary. Debería resultarle repulsivo, pero en cambio estaba fascinada. Le pareció un momento noble, uno ofreciéndose para ayudar al otro. Gary parecía no sentir ningún temor o repulsión por ofrecer su sangre, como si fuera algo cotidiano.

- Si esto va a ser caótico, Traian, Joie me querría aquí para ocuparme de lo que necesite. Es muy meticulosa con ciertas cosas. - Gabrielle levantó la barbilla, preparada para luchar por su derecho a quedarse.

- Tu herida es profunda, Traian. Necesitas acudir a la tierra. Incluso con mi sangre, no tentrás suficiente fuerza para sanar la cuchillada. Casi alcanza tu corazón. - Dijo Gary. Pero estaba mirando hacia Joie.

El primer espasmo de dolor cruzó su cara y envió temblor a través de su cuerpo.

Traian sintió el dolor que la consumía, un fuego ardiente con la fuerza de una antorcha en el centro de su cuerpo, extendiéndose hacia afuera como una explosión. Se unió con ella, intentando tomar el golpe del dolor, decidido a hacer su iniciación a su mundo tan fácil como fuera posible. Train quedó asombrado con los hermanos de Joie, estaba seguro de que se horrorizarían y asustarían cuando empezaran las convulsiones, cuando Joie estuviera violentamente enferma y fuera imposible controlar las oleadas de absoluto dolor. Trabajaron juntos como un equipo, parecían entender que no podía hablar directamente con ellos. Toda su atención estaba puesta en bloquear tanto dolor como fuera posible, ayudando a Joie a través de la conversión.

Gary mantuvo la habitación limpia y llena de los consoladores aromas de las hierbas y velas. Todos ellos recogieron las palabras del antiguo canto sanador. Gabrielle limpió las gotas de sangre de la frente de Traian. Él intentó sonreírle débilmente, pero toda su atención estaba claramente en su compañera.

En el momento en que pudo hacerlo, Traian indujo a Joie a un profundo sueño. Exhausto, alzó la mirada hacia todos ellos.

- Tengo que llevármela lejos unos pocos días. No seremos capaces de contactar con vosotros, pero está viva y sanará rápidamente.

Evitó toda referencia a la tierra. La familia de Joie ya tenía bastante en que pensar sin conocer los detalles de a donde la llevaría.

Gabrielle se inclinó y le dio un beso en lo alto de la cabeza.

- Cuida de ella. Dependemos de ti. No lamento que te encontrara, no después de ver la forma en que has cuidado de ella.

Traian podía ver que estaba parpadeando para contener las lágrimas.

- Gracias, Gabrielle. Tan pronto como sea posible, os la traeré.

- Me quedaré aquí con ellos. - Se ofreció Gary.

Traian sacudió la cabeza.

- Advierte a Mikhail. No quiero enviarle información por si el que tomó mi sangre pudiera encontrar la forma de usarme contra él. Hazle saber que hay algo en la cueva de valor para los vampiros y que hay numerosas trampas. Entenderá cuando le digas que es una cueva usada por los magos.

Gary asintió con la cabeza.

- Jubal y Gabrielle pueden venir conmigo, si quieren.

Traian se levantó, con Joie en brazos.

- Marchaos entonces, esta noche. Las reglas que siempre hemos aplicado a los vampiros parecer estar cambiando rápidamente. Estaréis a salvo bajo la protección de Mikhail.

Se deslizó hacia afuera sobre el balcón, al interior de la noche, donde pertenecía. Donde estaba cómodo. El viendo sopló en su cara, rizando su pelo, trayéndole mensajes de las criaturas a su alrededor.

Se lanzó a los cielos, con la dormida Joie entre sus brazos, y se dirigió a una pequeña cueva que recordaba de sus días de juventud, una cueva de curación con manantiales de agua caliente y piscinas de agua glacial. Lejos bajo él se extendía su tierra natal, un lugar que no había visto durante muchos años. La visión le trajo a la memoria recuerdos de sus padres y sus amigos de niñez.

Estaba en casa y sujetaba a su compañera entre sus brazos.

Ella nunca estará a salvo. Siempre estarás ligado a mi. Te he perdonado la vida, pero puedo tomarla siempre que quiera. Y tomaré la de ella.

Traian no dudó. Envió un golpe de trueno ensordecedor de vuelta por el camino mental que el vampiro había iniciado, una saeta de relámpago rayó a través del cielo como una lanza enviada hacia una presa. Rápidamente, cambió su propia posición, totalmente preparado para una guerra en el cielo.

Una explosión de dolor estalló en la cabeza de Traian. Había acertado, ciertamente se había anotado un tanto.

Pagarás por esto.

Soy un guerrero ancestral. No te temo ni a ti ni a ningún otro de su especie. Si quieres perseguirme a mí o a los míos, daré la bienvenida a la oportunidad de llevarte tu sentencia de muerte. Traian se movió de nuevo, esperando la represalia. No había mostrado miedo o aprensión, ni siquiera respeto, y los vampiros estaban acostumbrados a que sus presas los admiraran.

Una lluvia de piedras calientes cayó del cielo. Traian protegió a Joie, cubriendo su cuerpo con el suyo propio como una manta. Las piedras cayeron inofensivas a su alrededor, pero el ataque fue un esfuerzo desganado. El vampiro estaba huyendo y simplemente había querido provocar miedo a Traian.

Él abrazó a la dormida Joie más cerca de él.

- He sido un guerrero mucho tiempo, apenas conozco otra existencia. Ni siquiera un maestro vampiro puede cambiar mi forma de pensar. Si viene a buscarnos, Joie, no le volveré la espalda. No te alejará de mí, ni a mí de ti.

Le hizo esta promesa en voz alta bajo las estrellas. Y la llevó profundamente bajo la superficie de las cavernas curativas.

CAPITULO 13

Joie despertó rápidamente. Un momento antes estaba inconsciente, y al siguiente estaba totalmente consciente. Oyó la firme caída del agua, el retumbar de la vida golpeando la tierra. Sabía donde estaba y como había llegado allí. Se sentía diferente, completamente viva, aunque le dolía todo el cuerpo y sentía la garganta sensible. Giró la cabeza para mirar al hombre que la sostenía. Traian estaba tendido a su lado, con sus brazos alrededor de ella, una mano sobre su estómago desnudo, con los dedos extendidos. Estaban tendidos en un profundo agujero con la húmeda tierra de una cueva. Lo supo, lo vio, aunque debería haber sido imposible, enterrados en la tierra como estaban.

- Estoy viendo lo que tú has visto. - Supuso.

Su voz era diferente, cascada, no del todo como sonaba antes.

- Si. - Sus dientes le pellizcaron el hombro. Estamos en una cueva que solía usar para nadar cuando era un jovencito.

Joie miró a su alrededor, extendiéndose y tocando la tierra húmeda.

- Es una suerte que no sea una fanática de la limpieza. ¿Las camas no son apropiadas cuando estas herido?

- La tierra nos sana. - La besó en el cuello, deslizando su lengua sobre las heridas de su garganta. - Podemos limpiar cualquier rastro de suciedad fácilmente. Nuestras heridas fueron antes cubiertas de tierra pero ahora están muy limpias. Las cubriré de nuevo antes de que volvamos a dormir de nuevo.

- Que encantador. ¿Hay gusanos en esta camita de tierra en particular? Y... ¿no se me ocurrió mencionar los gusanos en ninguna de nuestras charlas?

- No creo que lo hicieras.

- No había razón para hacerlo. - Enredó sus dedos con los de él. La mano sobre su estómago estaba aliviándola de alguna forma que no entendía. Sus entrañas dolían.

- ¿Has estado usando un bate de beisbol conmigo?

- No. La conversión es difícil.

Ella no quería recordar el horror de ese dolor aparentemente interminable. La completa pérdida de control. La desvalida sensación que tenía o que vio en los ojos de él. Especialmente la mirada de los ojos de él. Suplicando perdón. Parecía culpable, aterrorizado de perderla. Recordó las lágrimas de roja sangre que le habían caído sobre la cara.

- Si, lo fue. Para ambos.

Traian le colocó la parte alta de la cabeza bajo su barbilla.

- ¿Que pasa con Jubal y Gabrielle? Debe haberles asustado ver a ese pequeño y sucio vampiro rasgándome la garganta.

Él sintió el temblor que la recorrió y la apretó más contra su cuerpo.

- Estuvieron increíbles. - Todavía tenía problemas para creer que ninguno de ellos lo había mirado con reproche. Y Gabrielle había sido tan generosa en sus palabras de despedida. - Están los dos bien. Gary los llevó con nuestro príncipe. Están con Mikhail y su compañera, bajo su protección. Me gustan mucho tu hermano y tu hermana. Nunca había pensado en ello antes. Vivimos en el mundo con los humanos y los protegemos, pero mantenemos a nuestra raza a salvo, siempre nos mantenemos aparte. Esta es la primera vez que tengo un contacto tan directo con humanos. Gary es un hombre extraordinario y obviamente de confianza para nuestro príncipe. Siento genuino afecto y admiración por Jubal y Gabrielle. Nunca habría esperado sentirme así.

Traian le frotó la nariz con la yema de los dedos, y después trazó su boca.

Joie sonrió y le mordisqueó suavemente la mano. Él la tocaba continuamente, como si buscara la certeza del contacto físico.

- Será mejor que sientas un profundo afecto por ellos. Es la única cosa segura que puedes hacer con esos dos. Y con mis padres también, debo añadir. Van a volverte loco, así que tendrás que quererles, o acabarás hartándote. No puedo esperar a que conozcas a mi madre y mi padre.

Estalló en carcajadas ante la idea.

- ¿Por qué haces eso? - Preguntó Traian suspicazmente. - Tienes una forma perversa de reír cada vez que mencionas lo de presentarme a tus padres.

- No te preocupes, te protegeré de ellos. Jubal, Gabrielle y yo siempre vamos juntos a visitarlos. Si formamos equipo, tenemos una oportunidad.

- Soy un Cárpato. - Señaló él.

- Como si eso fuera a importar. Pero sigue pensando así si quieres. - Su mano voló hacia su propia garganta, todavía enrojecida y dolorida por el ataque. - ¿Cómo no voy a despertarme magnífica y perfecta? - Joie miró hacia él. - Tuve visiones de un hacedor de milagros.

- Eres magnífica y perfecta. - Parecía confundido. - Te desperté antes para darte más sangre, pero estarás de vuelta a la tierra hasta que esté totalmente curada. - Ella le tocó el pecho. - Ambos lo estaremos.

Giró la cabeza para mirarle directamente, y se le cortó la respiración en la garganta.

- Oh, Traian, déjame ver. - Su levantó poniéndose de rodillas a pesar de que él intentaba refrenarla con las manos. - Estás realmente herido.

Sus ojos reflejaban preocupación, afecto. Sus manos se movían por el pecho de él con golpes ansiosos y acariciadores. Traian contuvo la respiración, sorprendido de la oleada de emoción que se derramaba a través de él.

- No es de gran relevancia, pero se agradece la preocupación.

- Es de gran relevancia. - Le contradijo ella. - ¿Cómo haces esa cosa de sanar? ¿Puedo hacerlo yo? ¿Funcionaría?

Estaba ya inclinada sobre él, con la lengua deslizándose por los bordes de su magullada piel.

Traian cerró los ojos. Su lengua estaba aliviándole, una gentil caricia que le tomó por sorpresa. Estaba intentándolo con el canto sanador mentalmente, las palabras eran suaves y vacilantes, aunque lo hacía bien. Sus ojos ardían, su garganta se atascaba, e incluso si pecho se cerró. No se le había ocurrido que ella intentaría cuidar de sus heridas.

- Estúpido hombre. - Murmuró ella. - Por supuesto que voy a cuidarte. Necesito cuidarte.

Él no abrió los ojos, temeroso de que ella pudiera ver lágrimas allí.

- Creía que eras una mujer del tipo desear.

- Cierto, pero las mujeres pueden cambiar de idea todo el tiempo. Ahora mismo necesito hacer esto. - Rió, y su aliento fue cálido contra la piel desnuda. - Te sorprenderías de las cosas que necesito hacer.

Su boca se estaba moviendo peligrosamente hacia abajo

- Oh, no, no lo harás. - Objetó él. - Necesitas sanar primero, Joie. Voy a darte sangre y ponerte de nuevo a dormir.

Ella rió de nuevo, soplando aire cálido sobre la punta de su erección.

- ¿De veras? - Su lengua lo lamió poco si fuera un cucurucho de helado. Retorciéndose, danzando y haciéndole cosas ultrajantes. - Estoy volviendo a ser una mujer del tipo desear. Deseo un montón de cosas ahora mismo. Y deseo que me desees

Librodot

lo suficiente como para dejar de preocuparte sobre si puedo o no hacer el amor en mi delicada condición. Y deseo tu cuerpo dentro del mío. Y lo harás, Traian. Me he enamorado desesperadamente de ti, así que, que te zurzan, tienes unas cuantas responsabilidades.

Procedió a mostrarle exactamente lo que quería decir.

FIN

Librodot